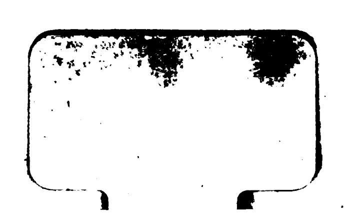



SIGILLVM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV ANG
VE RI TAS
CHRISTO ET ECCLESIAE



RAMÓN DE CAMPOAMOR

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

DOLORAS

Y CANTARES

DÉCIMOSEXTA EDICIÓN

MADRID
LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
JACOMETREZO, 72

1882

DOLORAS Y CANTARES.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

EN VERSO.

Los Pequeños poemas.—Un tomo en 8.°, tela, 4,50 y 5 pesetas.

Poesías y Fábulas.—Quinta edición. Contiene: *Ternezas y flores.*—*Ayes del alma.*—*Fábulas.*—Un tomo en 8.° mayor, 4 pesetas en Madrid y 4,50 en provincias.—Encuadernados 1 peseta más.

El drama universal.—Poema en ocho jornadas; primera edición, de gran lujo, 8 pesetas en Madrid y 9 en provincias.

—Idem tercera edición, 3 pesetas en Madrid y 3,50 en provincias.—Encuadernado, 1 peseta más.

Colón.—(Poema).—En preparación una nueva edición.

Epístola Necrológica de D. Luis González Bravo.—1 peseta.

El Palacio de la Verdad.—Comedia en tres actos.—2 pesetas.

Guerra á la guerra.—Dolora dramática.—1 peseta.

Dies Irae.—Drama en un acto.—1 peseta.

Cuerdos y Locos.—Comedia en tres actos.—2 pesetas.

El Honor.—Comedia en tres actos.—2 pesetas.

Pensamientos.—Extracto de sus primeras obras.—1 peseta 50 céntimos en toda España.

Los Buenos y los Sabios.—Poema en cinco cantos.—2 pesetas en Madrid y 2,50 en provincias.

El Amor y el Río Piedra.—Poema en tres cantos.—2 pesetas en Madrid y 2,50 en provincias.

EN PROSA.

Polémicas con la democracia.—Segunda edición, aumentada.—Un tomo en 8.° mayor, 3 pesetas en Madrid y 3,50 en provincias.—Encuadernado, 1 peseta más.

El Personalismo.—Apuntes para una filosofía.—5 pesetas en Madrid y 6 en provincias. (Agotado).

Lo Absoluto.—3,50 pesetas en Madrid y 4 en provincias.



Campoamor

DOLORAS

Y CANTARES

POR

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

DÉCIMOSEXTA EDICIÓN
ÚNICA COMPLETA

MADRID
LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
JACOMETREZO, 72
1882

Imprenta Central á cargo de Victor Saiz, Colegiata, 6.

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN.

CARTA-CONTESTACIÓN

Á D. ÁLVARO ARMADA Y VALDÉS,

CONDE DE REVILLAGIGEDO.

Mucho agradezco las lisonjeras expresiones con que califica usted las últimas producciones que he tenido el honor de someter á su buen juicio, y con el mayor placer voy á dar á usted algunas explicaciones sobre la palabra *dolora*.

Dice usted que no le agrada el término *dolora*, porque como no le halla ninguna etimología, nada revela á su razón, y que, por consiguiente, no tiene para usted más mérito que el de cualquier otro sonido informe.

Antes de contestar á esta observación, quiero enterar á usted del género de poesía al cual aplico yo la palabra en cuestión.

Hace tiempo que deseaba ensayarme en una clase de composiciones en las cuales, así como en una semilla van contenidas todas las partes de un árbol,

se reuniesen los principales atributos de la poesía lírica, uniendo la ligereza con el sentimiento y la concisión con la importancia filosófica. Como sucede generalmente, la ejecución no ha correspondido á la belleza del tipo que me había forjado en la mente; pero esto importa poco, pues si yo no he hecho más que formular de un modo imperfecto el pensamiento que acabo de indicar, otro vendrá detrás que más dichosamente reduzca á práctica lo que yo he tenido la desgracia de dejar sólo expuesto en teoría.

Me dice usted que yo no he trazado ninguna senda *nueva*, pues ya ha habido escritores que en algunas de sus poesías reunieron las cualidades que yo creo indispensables para constituir la *dolora*.

Efectivamente, algunas de las poesías ya escritas pertenecen por su concepto y por su expresión á esta clase de composiciones; y sin pretender yo haber descubierto ninguna idea perdida en los abismos del pensamiento humano, lo único que me he propuesto al escribir las DOLORAS ha sido reducir á *sistema* un género de poesía en el cual algunos autores sólo se han ensayado inconexa é *incidentalmente*. Creo que la poesía, por muy selecta que se ostente en sus formas exteriores, siempre debe tender á agrandar el catálogo de verdades conocidas; y fundado en esta creencia, he escrito estas DOLORAS, que, aunque sean muy imperfectas, se pueda decir de ellas para que sirva de base para su definición ulterior:—Que deben ser unas composiciones ligeras en su forma, y en las cuales *indispensablemente* tiene siempre que presidir un pensamiento filosófico.

Esta es la historia del género de poesía.

Volvamos ahora á la historia de la palabra.

—«¿Qué significa *dolora?*»—me pregunta usted en el primer párrafo de su carta. Respuesta:—Sig-

nifica una composición poética, en la cual *se debe hallar unida la ligereza con el sentimiento, y la concisión con la importancia filosófica.*—«¿Y por qué significa eso?»—vuelve usted á preguntar, suponiendo con acierto mi contestación. Respuesta:—Porque yo *quiero* que lo signifique.

Hay un argumento que no tiene réplica, y se lo voy á presentar á usted porque resulta en mi abono.—O la *dolora* es un género *nuevo* de poesía, ó no lo es. Si lo es, la palabra que signifique ese género tiene que ser *nueva* enteramente; y en este caso, poco le debe importar á nadie que la palabra pertenezca al reino animal, vegetal ó mineral, etc.; y si no lo es, tampoco hay nada perdido, pues cualquiera tiene derecho para dar á las *doloras* un segundo bautismo, aplicándolas el nombre del género de poesía conocido al cual crea que pertenecen.

Después de dicho lo que antecede, me parece superfluo todo cuanto se pudiera añadir sobre este particular.

A pesar de todo, no dejaré la pluma sin hacerme cargo del fundamento que usted cree que yo he tenido para introducir esta malaventurada palabra. (Y á propósito, el asunto no merecía que un ingenio como el de usted se ocupase tan detenidamente en una cuestión tan insignificante.)—«Yo bien comprendo, dice usted, que á unas composiciones que, por muv ligeras que sean, por su tendencia filosófica siempre producen en el alma cierta clase de *dolor*, con un fundamento bastante plausible se las pueda llamar *doloras*.»—Ya sabe usted que todos los que hemos respirado en nuestra niñez el purísimo aire de nuestras montañas, en general no sabemos más que decir la verdad, y por lo mismo me perdonará usted que le exprese con franqueza que la razón no me parece demasiado concluyente, aun-

que, si á usted le gusta, me daré por muy servido con que esa explicación satisfaga en parte sus escrúpulos literarios.

Últimamente concluye usted diciendo:—«¡Es imposible que la historia de esas palabra, aun cuando usted no quiera darme noticia de su verdadera etimología, no tenga su origen en los *misterios de su corazón!*»—Protesto contra la tendencia de esa observación insidiosa, y reclamo el derecho que indisputablemente me asiste para abroquelar mi alma tras el antemural del silencio, poniéndola al abrigo de las inoportunas observaciones que pretende usted hacer con su adorable suspicacia.

Sin embargo, á pesar de que los secretos de *cierta clase*, hasta procuro yo olvidarlos para no darme razón de ellos *ni á mí mismo*, la venialidad del sentimiento que usted procura sorprender en el fondo de mi corazón, me autoriza para que diga á usted cuatro palabras *al oído* sobre este asunto exclusivamente personal.

Por consiguiente, hasta la vista.

Sólo me resta suplicar á usted por el respeto que me inspira su talento, y por la amistad que sus inequívocas muestras de afecto han despertado en mi corazón, que jamás haga usted á nadie partícipe del secreto que piensa confiarle á usted su amantísimo paisano y verdadero amigo, que le quiere entrañablemente,

CAMPOAMOR.

PRÓLOGO DE LA TERCERA EDICIÓN.

He aquí un volumen pequeño, muy pequeño, que ha promovido una asonada literaria; un libro que ha llenado de espanto el corazón de toda una sociedad; una obra que lleva tras sí el anatema de nuestros Aristarcos modernos. Cuando hemos oído ese grito de horror ó de zozobra que por todas partes cunde, como si se tratara de conjurar una desastrosa calamidad, no hemos podido menos de alargar la mano, tomar un ejemplar, abrirlo y examinarlo con toda la imparcialidad que nos caracteriza. Y ahora que estamos penetrados de las tendencias de todas esas inspiraciones recogidas como flores en un gracioso ramillete, nos atrevemos á preguntar á los que se han resentido de tal publicación: ¿qué significa ese grito, esa cruzada que se levanta para combatir la verdadera filosofía? ¿Qué significa esa alarma hipócrita de una sociedad que quiere aparecer llena de virtudes, cuando sólo lleva en el alma un germen fecundo de vicios y disolución?—Quiere decir: que cuando le han arrojado ese libro donde está reflejada su conciencia, se ha asustado de verse desnuda; quiere decir: que esa

sociedad, falta de razones para defenderse, ha tomado el medio de gritar lastimosamente, fingiendo una moralidad que está muy lejos de tener; esto significa que, acostumbrada á cubrirse con una máscara engañosa, quiere salvar á toda costa sus apariencias, con el objeto de seguir haciendo daño á esa humanidad crédula y abandonada en el caos de sus ilusiones. Es verdad que amarga el saber que siempre van unidos en esta vida la esperanza y el desengaño, el placer y el dolor, el espíritu y la materia, espantoso contrasentido, origen de esa lucha perpetua que tiene el hombre consigo mismo; pero es más triste aún que el alma, desprevenida de toda realidad, encuentre el hastío donde soñó una fuente inagotable de dichas, donde pensó encontrar la felicidad eterna. Las Doloras del Sr. Campoamor no son más que una verdad, y como tal han debido admitirse, si bien con el sentimiento de que son una verdad que lastima.

A esto se dirá que hay verdades que no pueden decirse, y á esta réplica, que sólo puede salir de los labios de un hombre interesado en el juego del mundo, diremos nosotros, *que Dios no echó á la tierra la verdad para que anduviera tapada y escondiéndose de los hombres á cada paso, sino para que brillase siempre con esa luz que emana del cielo, de quien es hija*. Hay verdades crueles, porque hay ilusiones aventuradas que debían desecharse como ensueños fantásticos de imposible realidad. ¿Sería cruel decir á una hermosa que en medio de cien adoradores hace alarde de sus encantos:—Todo eso será ceniza algun día?—Sería cruel cuando no tuviera el convencimiento de que al nacer había entrado en el mundo para envejecer y morir. Dígase hoy á una mujer: el hombre que te jura amor te miente; y la mujer volverá la cabeza sonriendo y extrañando que se le haga una adver-

tencia semejante, porque sabe muy bien que la verdad es hoy una planta exótica. Esta mujer no se lastima del desengaño, porque si tal hiciera, habría hombres que pudieran dirigirle iguales reconvenciones. Los hombres que han recorrido el campo de la vida, y han recogido sus flores, y en cada flor han hallado una espina, esos hombres son la expresión de la humanidad entera, que ha atravesado todo el espacio que Dios le había concedido, tropezando hoy en un placer, y cayendo mañana en un dolor. Podrá decirse que arrojar un libro tan desnudo de fe á la generación que nace, es quererla privar de entusiasmo, es querer matar el espíritu para dar lugar tan solo á los goces materiales. No, no es esto lo que quiere significarse. Es decirle al hombre que nace:—Aquí no hay nada; donde está el todo es allí, en el cielo. Este es el campo de los merecimientos; atraviésalo con planta firme, sin que te asusten los dolores ni te engañen los placeres, que Dios premiará tu constancia.— Las Doloras de Campoamor son el grito del hombre que ha llegado al término de su viaje, que lo ha sufrido todo, que todo lo ha gozado, y que ansioso de mostrar á los que vienen el camino que ha cruzado, se para un momento, resume y dice:

—«Cuna de rosas al nacer hallamos.
—¡Mentira! Abrojos al nacer nos dan.
—Rosas, la vida al comenzar, hollamos.
—¡Falso! Los piés por entre abrojos van.»

Verdades como éstas hieren el corazón, arrancan lágrimas á los que se han formado otro mundo ilusorio en la cabeza, del cual piensan salir, en alas de la esperanza, para la gloria; pero el hombre que se ha familiarizado con estas verdades se forma distinta esperanza, una esperanza que se realiza,

y aunque paga el tributo de lágrimas cuando nace y cuando muere, en el monento en que una alma pura se desprende de los lazos de la vida, apostrofa al que queda de esta suerte:

«¿Para qué llorais perdida
esa prenda de amor tierno,
si por un lugar eterno
dejó un lugar de partida?
Si es la vida
caos de dudas y penas,
¿quién la muerte, al que bien quiere,
no prefiere,
si el que vive, vive apenas,
y resucita el que muere?»

¿Podrá decirse que esto es siempre desconsolador para la sociedad que no ha tenido juventud, que este es un salto considerable que da nuestra literatura de la infancia á la vejez?—Sin meternos ahora á desentrañar las causas que nos detuvieron un día en medio de nuestra marcha, diremos que era altamente ridículo y que revelaba suma impotencia el estar girando todavía por el círculo de amores pastoriles, endechas y suspiros ardientes, arroyos que se deslizan, árboles que se dibujan y demás asuntos tan trillados que no merecían ya la pena de tomarse en consideración. Teníamos, pues, necesidad de una poesía nueva que llenase las exigencias de la época, que revelase las debilidades del siglo, que corrigiese las costumbres; en una palabra, un poesía puramente filosófica. Seguir en este género el estilo de Cienfuegos, nuestro primer poeta filosófico, no era adelantar, era quedarse estancado esperando á que la generación se hiciera por sí sola, y obrara con la única influencia del tiempo. Corregir las costumbres aconse-

jando, era hacerse maestro de aulas, y no salir del método rutinario. ¿Qué hacer, pues?—Desnudar á la sociedad de sus oropeles, y presentarle un espejo que le hablara hasta avergonzarla: esto es lo que necesitaba, y esto es lo que ha hecho el Sr. de Campoamor. Y por este espejo fiel han pasado á la par el hombre engañando á la mujer, y la mujer burlando al hombre; uno y otro oprimiéndose á la vez, arrancándose mutuamente las hojas del corazón y arrojándoselas á la cara, fingiendo unas veces derramar lágimas de desesperación, pero en la realidad riendo siempre hasta de su misma impotencia. Creemos que una sociedad que se ve llena de tantas deformidades debe avergonzarse si aun conserva instintos religiosos en su fondo, siquiera por lo que debe esperar, y no lanzar esos gritos exasperados, que no son más que ayes de dolor por haber sentido en su rostro el látigo del filósofo. La sociedad que tiene por base dos principios tan violentos como son el egoísmo y el interés, bajo los cuales los sentimientos se reducen á guarismos, merece ser tratada sin compasión, como una ramera impúdica que prescinde de todo instinto de virtud á la vista de una moneda. ¿Qué es lo qu ese pretende hacer con la humanidad, dejando que alimente sin treguas sus ilusiones?—Hacerla más estúpida, más indolente, más criminal de lo que es. Desengáñense esos críticos que miden los libros con el más pequeño compás de su entendimiento: las Doloras de Campoamor no son tan perniciosas como creen, y acaso muchos tampoco lo creen; pero quieren salvar las apariencias tan solo por el qué dirán.—Que dejen correr ese volumen, para que, clavando en él los ojos, pueda la mujer arrepentirse de su debilidad, y avergonzarse el hombre de su crimen; para que alguno, viendo en él la copia exacta de su conciencia, bus-

que la expiación de sus faltas en sí mismo, obrándose quizá de esta manera lo que no han podido conseguir los mejores socialistas, que es la reforma de las costumbres. ¿No se asomará el rubor á las mejillas de la mujer que, después de jurarnos constancia, falta al amor que habíamos depositado en ella, cuando encuentre con esta reconvención?

«Despues ¡ingrata! ¿qué hiciste?
¿Fué el ruido de un beso aquél?
Bien te oí cuando dijiste:
«No hice otro tanto con él.»
¡Ay Victoria!
¡cuán frágil es tu memoria!
ruega á Dios que siempre calle
aquella fuente del valle...»

¿Y qué dirá el hombre que leyendo la historia de la niña que dejó el cielo por ver á su amante, detenga sus ojos en estos versos?

«Durmió el ángel á su lado,
y, de otra esfera anhelante,
sus alas cortó el amante,
y en ellas al cielo huyó;
y al encontrarse la niña
víctima de un falso trato,
llorando vió que el ingrato
subiendo al cielo cantó:
Es la constancia una estrella
que á otra luz más densa muere,
pues quien más con ella quiere
menos le quieren con ella.»

¿Quién no ha sacrificado el amor de una mujer por llegar al fin que se ha propuesto? ¿Quién no ha pisado el corazón de la que más nos haya amado en

este mundo? ¡Oh!... todo hombre es verdugo, á lo menos una vez en su vida... fuera de los que lo son mientras viven. Y estos hombres ¿podrán leer con tranquilidad semejante acusación?... ¿No tendrán un momento para arrepentirse? ¿No verterán una lágrima en memoria de la mujer que inmolaron á un capricho, á un nombre ó á una especulación? ¿de esa mujer que creyó encontrar una senda de flores al nacer, y sólo halló espinas que destrozaron sus plantas á los primeros pasos? ¡Oh! si al entrar en el mundo hubieran dicho á esa inocente:

«En la edad de las pasiones,
á vueltas de mil enojos,
hallarás
aire, sombras é ilusiones;
nada más, luz de mis ojos,
nada más.»

Es muy seguro que no se hubiera tomado la pena de amar tanto por tan poco, y ningún aliento hubiera ajado la pureza de su frente. Pero como hasta aquí hemos convenido en dejar al alma sus ilusiones, por eso sucumben á la seducción tantas y tan cándidas mujeres, que no han tenido ni luz en los ojos para ver el abismo, ni luz en el corazón para evitar el peligro. En un siglo como el nuestro, en el que tanto ha adelantado la ciencia lógica; en un siglo tan positivo, siglo de mercaderes que con todo especulan, sin cuidarse de los afectos del alma, necesitábamos saber con quién nos las habíamos para no dejarnos engañar impunemente. Hace poco tiempo, cuando estábamos pugnando por reunir y coordinar tantos elementos encontrados para organizar nuestra sociedad, hubiera sido chocante que se hubiera anatematizado lo que no era más que imposibilidad; pero ahora que com-

ponemos algo, aunque no es mucho; que empezamos á tener principios en política y principios en literatura; en una palabra, ahora que somos una sociedad, debemos examinarla con atención, y ver si con ella podremos llegar á un fin bueno. Algunos se han atrevido á decir á hurtadillas: «esto no marcha;» pero poco resueltos á sostener sus principios, han dejado que su voz se pierda entre el ruido de las disputas políticas, y se han metido en la concha, sin hacer otro esfuerzo para moralizar las costumbres. Compoamor, no; Campoamor ha comprendido la sociedad en que vive, y como hombre que posee una verdad, se ha puesto frente á frente de ella, y ha dicho: «Eres pobre, y tu organización es raquítica: eres una gran mentira compuesta de muchas mentiras. Tu hombre del siglo XIX se ha puesto el *sentimiento en la piel* para no afectar al corazón; la *conciencia* la lleva en el *estómago*; el *honor* y la *virtud* van atadas á la *lengua;* el *amor* lo convierte en *aire*, y la *fe* y la *gloria* las ha colocado en la cabeza, asiento de la locura. Por consiguiente, lo único que la aflige es:

¡Calor, hambre, interés, amor ó frio!»

Esto ha dicho el Sr. Campoamor, y verdad tan innegable ha herido á la sociedad de que forma parte, sólo porque ha sabido poner el dedo en la llaga. El castigo ha hecho algún efecto, pues hemos oído el ¡ay! hipócrita que ha lanzado... ¡Ella no esperaba que así la dijeran sus faltas!... Esperaba más galantería del hombre, del hombre á quien esclaviza! ¡He ahí el egoismo!!!

ANTONIO HURTADO.

PRÓLOGO DE LA SEXTA EDICION.

Las poesías que encierra este pequeño volumen son, en su mayor parte, conocidas del público. Pocos habrá que no hayan leído más de una vez los caprichos á que una humorada del autor dió el nombre de *Doloras*. No disputamos su propiedad á la palabra: la prescripción le ha dado carta de naturaleza en el arte. Pero la *Dolora*, esa composición intencional, género mixto de anacreóntica y epigrama, ese juguete, en su maliciosa ingenuidad tan inquietante para las conciencias tímidas, con los años ha ido adquiriendo madurez y se presenta hoy con ropón filosófico.—¿Ha ganado ó ha perdido en la variación? A esta pregunta contestará oportunamente el público.

Hay un período en la historia moderna de Francia en que una gran literatura se hunde de repente en el cieno. Pascal, Racine, Montesquieu, el sublime Corneille son eclipsados por hombres como Crebillón, hijo: una turba abyecta de cortesanas y abates créan para su propio uso una literatura obscena; la idea carnal inspira á la musa del deleite; el espíritu se ahoga en el lodazal de la materia; el *Sofá* ocupa el lugar del *Emilio;* el estilo, la len-

gua se amoldan á las nuevas costumbres: la culta Francia se convierte en una bacanal, hasta que la revolución hace de ella una gran hecatombe.

Al iniciarse nuestra regeneración política y social, la juventud se lanzó con furia á devorar esos libros. El neofitismo los aceptó todos sin examen: el *Indice* fué su único criterio; toda obra prohibida era leída con avidez: literariamente estábamos en plena Regencia.—Cuando recordamos aquellos días de ofuscación y los comparamos á la serena crítica de los tiempos presentes, un sentimiento involuntario de respeto nos hace inclinar la frente ante el progreso de los tiempos. Sí: hemos progresado mucho en pocos años; nuestra juventud vale más que las anteriores.

Pero, al tributar este homenaje á la verdad, cúmplenos hacer otra observación importante.—En la nueva carrera de la crítica y la razón, su influencia no fué siempre favorable á las letras. El bajel no salvó siempre los escollos, ni se conservó pura el agua de las fuentes. Aquél ha solido encallar en sirtes y bajíos; las fuentes han sido enturbiadas á veces por borrascas. Hemos visto los extravíos y la corrupción invadir con sacrílega planta los dominios del arte; sustituir reglas eternas con falaces teorías, y retroceder á los tiempos de barbarie. Pero la libertad se ha curado á sí propia sus heridas; la discusión ha hecho triunfar, como siempre, la buena causa. Las teorías se han fundido en el crisol de la verdad, y las escorias se han precipitado en el fondo.

De la lucha entre dos escuelas exclusivas ha nacido una literatura vigorosa y espléndida. El clasicismo que se extenuaba entre sus envolturas debe al romancismo aires más respirables. La poesía ha dilatado sus horizontes: los campos son hoy más vastos y fecundos.

Conocido es el curso de nuestra regeneración lite-

raria. Hace treinta años que unos cuantos jóvenes estudiosos iniciaron en cierta tertulia una propaganda artística. Víctor Hugo era á la sazón el rey del arte: una gran revolución lo había proclamado por caudillo. Aquellos jóvenes adoptaron sus obras como *texto;* de allí surgió la moderna escuela española. ¿Quién no ve en las obras de Zorrilla, Pastor Díaz, Enrique Gil, y otros varios, ecos más ó menos robustos del inspirado autor de las *Orientales* y *Nuestra Señora?* Por ese tiempo escribió Campoamor sus poesías; el primer ensayo consistió en unas lindas anacreónticas. Su estilo fácil, elegante y ligero carecía de la originalidad que hoy lo distingue. Niño todavía, crédulo y candoroso, su poesía era el canto primero de las aves. Su nombre era conocido principalmente por su precocidad y el simpático atractivo de su carácter modesto. ¿Quién podía adivinar en aquel blondo niño al malicioso autor de las *Doloras* y *Cantares?* La transformación ha sido completa y radical.

El nuevo género se distingue por una originalidad picante: esta cualidad suele rayar en lo peligroso; pero en Campoamor tiene aplicación el canon del derecho marítimo: *el pabellón cubre siempre la mercancía*, y el pabellón es en nuestro autor el estilo. El estilo de Campoamor no es un estilo *sui generis*; no es, como generalmente se dice, un estilo peculiar y humorístico; es pura y simplemente un estilo natural, adecuado al asunto, como debe ser un buen estilo.—Si el pensamiento es vivo, audaz, ingenioso, el estilo es claro, enérgico, contundente. Cuando describe, es pintoresca la frase: si dogmatiza, lacónica y concluyente.—Es un pintor que maneja bien la paleta porque domina los secretos del arte.

Entre las *Doloras* hay que distinguir las antiguas de las modernas; aquellas son familiares entre las

personas de buen gusto; las últimas se han publicado en la prensa periódica y, en su mayor parte, tienen un objeto filosófico. *Las dos grandezas* son un modelo en su género: en todas brillan las cualidades del estilo.

Los *Cantares* no son un género nuevo; pero admiran su ejecución y la profundidad de los conceptos.—Esas coplitas, ya filosóficas, ya sentimentales, especie de apotegmas nacidos del corazón ó de la cabeza, ayes de un alma lacerada por los desengaños, gritos de dolor arrancados de las entrañas, son el reflejo de aquel período de la vida en que la memoria se torna en verdugo del hombre. El señor Campoamor tiene ya cuarenta años, y esta cifra es la clave de sus *Cantares*.

Nuestro poeta es uno de los literatos de mérito que deben su posición política á un estadista hoy eclipsado. El Conde de San Luis lo distinguió con su amistad y le ofreció un puesto honroso en la carrera administrativa. Esto enaltece al protector y al protegido.—Nuestros Gobiernos no se habían cuidado mucho de las letras: el conde de San Luis abrió este noble camino y dió un ejemplo que ha sido luégo imitado.

El señor Campoamor ha hecho un papel distinguido en el Congreso. Su primer discurso produjo una horrible borrasca. Tenían sus frases un sabor demasiado subido á *Dolora*, y el nuevo género no era familiar á sus oyentes. En aquel día hubo motivo de creer que el orador había para siempre fracasado. Pero el señor Campoamor no es hombre que se amilana fácilmente: una simpática explicación lo reconcilió con el Congreso; un brillante discurso le conquistó un puesto entre nuestros oradores. El nuevo género se ha aclimatado también en la política.

No es la primera vez que acontece esto en nues-

tros Parlamentos: una de nuestras más esclarecidas reputaciones filosóficas escitó la hilaridad del Congreso con sus primeros discursos: los hombres graves no suelen ser los mejores jueces en materias de estética; la novedad ofende generalmente sus oídos; pero el tiempo hace justicia de sus melindres. La novedad, si es buena, se instala, al fin, en los dominios del arte; Donoso Cortés y Campoamor lo han demostrado con su ejemplo.

RICARDO DE FEDERICO.

PRÓLOGO DE LA OCTAVA EDICIÓN.

Muchos son los críticos que se han ocupado en definir la palabra *dolora*, sin que hasta el presente hayan podido ponerse de acuerdo acerca de su verdadera significación; y no, en mi concepto, por las dificultades que ofreciese aquélla, sino por haber intentado comprender bajo una misma definición el fondo y la forma, la sustancia y el accidente, lo principal y lo accesorio. Veamos cómo se expresa el autor: «La *dolora*—dice—significa una composición poética en la cual se deben hallar unidas *la ligereza con el sentimiento, y la concisión con la importancia filosófica.*» Y dice un crítico (D. Ricardo de Federico):—«Es una composición intencional, *género mixto de anacreóntica y epigrama*, un *juguete*, en su maliciosa ingenuidad inquietante para las conciencias tímidas.»—Y observa otro (el Marqués de Molins): «Yo tengo para mí que tales poesías, *sencillas como la anacreóntica, ligeras como el madrigal, picantes como el epigrama*, no están empapadas en el vino de los banquetes como la anacreóntica, ni perfumadas de tomillo y mejorana como el madrigal, ni salpimen-

tadas de mostaza como el epigrama; pero que conmueven como la oda, describen como el idilio y corrigen como la sátira.»—De estas tres definiciones, las principales que hasta ahora se han dado, paréceme la más exacta la del autor, aunque no me satisface del todo.

No pueden considerarse como género mixto de anacreóntica y epigrama, ni como sencillos juguetes de maliciosa ingenuidad, ciertas poesías de esta colección, nada concisas, y que á esta circunstancia, y á la de su expresión plástica, enteramente opuesta á la índole de la anacreóntica, reunen una profundidad de idea incompatible con la ligereza que eternizó las graciosas creaciones del lírico de Teos, cuya esencia es tan vaporosa, que, si se distingue, es por la diafanidad exquisita del vaso que la encierra.

¿Qué tiene de anacreóntica, qué tiene de idilio *La comedia del saber*, que es la comedia de la humanidad, en la que el pueblo, reunido en el foro de Atenas, trata de resolver, nada menos, el problema de si ha de dudar ó creer, de si ha de reir ó llorar? ¿Qué tiene de anacreóntica, qué tiene de idilio *La Metempsícosis*, en la que el poeta concluye afirmando que el variar de destino sólo es variar de dolor, puesto que desde la flor (ascendiendo por la escala de la vida) hasta el hombre, todos sufren y padecen? ¿Y *La dicha es la muerte*, y *Las dos tumbas*, y en particular, *Muertos que viven*, en la que un padre afligido, al ver pasar el féretro que conduce el cadáver de su hija, *muerta con la fe de la ilusión*, se consuela

«Mirando el cortejo, y viendo
Tantos que, sin fe viviendo,
Llevan muerto el corazón?»

Muchas más composiciones pudiera citar en apoyo de lo que digo.

Yo creo que, prescindiendo completamente de la forma (puesto que tanta variedad hay en ella), puede determinarse con bastante exactitud la significación de la palabra *dolora*, fijándose únicamente en su espíritu. Yo diría que la *dolora* es una composición poética en la cual debe hallarse *constantemente* unida á un sentimiento melancólico, más ó menos acerbo, cierta importancia filosófica. En efecto, no recuerdo ni una sola que no posea estas dos condiciones en mayor ó menor grado. Se me responderá que ni aun así constituye la *dolora* un género nuevo de poesía. ¿Por qué no? ¿Qué más razones, qué títulos más legítimos pueden alegar, en abono del suyo, los géneros restantes que conocemos? Campoamor ha hecho lo que Linneo, Tournefort y otros célebres naturalistas hicieron en botánica: vieron individuos vegetales diseminados en la inmensidad del globo, y observando en unos caracteres que los asimilaban á otros, los reunieron por clases, órdenes, familias, géneros, especies y variedades, formularon sus sistemas, y de aquí nació la ciencia, es decir, un conjunto de verdades que han aumentado considerablemente el tesoro de las que poseía la inteligencia humana.

Que antes de Campoamor ya se habían escrito *doloras*, ó lo que es lo mismo, que antes de que Campoamor formulara su sistema ya existían en los amenos verjeles del Parnaso flores aisladas con todos los caracteres de la *dolora*, según yo la concibo, cosa es tan sabida, que sería ocioso entretenerse en demostrarla. La famosa décima que empieza:

Cuentan de un sabio, que un día...

es una *dolora* compuesta más de doscientos años antes que la bellísima titulada *Muertos que viven*, cuyo gusto calderoniano y gallardo corte la hacen digna del autor de *La vida es sueño*; pero es innegable el mérito del poeta de nuestros días por haber dado en su libro la fórmula de este género, creando, con la agrupación de seres espirituales y análogos, la interesante personalidad estética á que, como dice muy bien uno de los críticos aludidos, la prescripción ha dado carta de naturaleza en el arte.

Y pasando ahora á consideraciones de un orden más elevado, examinemos las tendencias de la *dolora*. ¿La *dolora* es, ó ha querido su autor que sea, una obra didáctica, una obra docente? Yo creo que no; Campoamor tiene una idea más alta de la poesía. La poesía es, en su esencia, la expresión desinteresada y exclusiva de lo bello, independientemente de lo útil; lo bello posee en sí mismo la virtud y la eficacia suficientes para interesar. El poeta que, al coger la pluma, dice para sí: «Voy á enseñar moral, voy á explicar filosofía, historia, religión, política, etc., etc.,» de sacerdote de Apolo se convierte en pedagogo ó en sacristán; en vez de lira, debe tomar la palmeta y las disciplinas, y calarse las gafas de dómine, ó despojándose de su alba túnica, ponerse una sotana, subir al púlpito, y con la elocuencia de un buen misionero ó con la estrafalaria y gárrula facundia de Fr. Gerundio de Campazas, realizar su intento laudable. No, y mil veces no; Campoamor es moralista, filósofo y teólogo, porque, aunque quisiera, no podría menos de serlo; porque la naturaleza de su genio le impele irresistiblemente en esa dirección; porque su temperamento, sus inclinaciones, y hasta los estudios en que se emplea, le conducen á ese terreno. Ó no es verdad aquello de que el estilo es el hombre—frase

atribuida á Buffón, si mal no recuerdo, aunque pronunciada siglos antes por un español,— ó las *doloras* representan la individualidad psicológica de Campoamor. Son un reflejo de sus creencias sobre varias cuestiones trascendentales. Pero Campoamor no moraliza ni filosofa con homilías y discursos en variedad de metros: hijo hasta la médula de sus huesos de un siglo escéptico y materialista; cantor de un mundo que enseña, como otro Job,— sin la santidad de Job—la podredumbre de su alma, sentado sobre el muladar de sus miserias, entona sus salmos, sus doloras crueles, unas veces con pavoroso acento, otras con una alegría que tiene algo de siniestra, ora embriagándose en las locuras de un sarao, ora aspirando el delicioso aroma del café, pero mostrando siempre con brazo inflexible la llaga inmensa de la Sociedad. En sus cantos parece que palpitan sordamente, que se oyen los golpes de la zapa que va minando los cimientos de esta impura Babilonia.

Para dar á conocer el rostro de *su* hombre, no se entretiene en pintar una por una sus facciones ocultas bajo un antifaz hipócrita, sino que se lo arranca sin misericordia; así como para dar á conocer el alma del mismo no se contenta con levantar una punta del manto de esta misteriosa tapada, sino que la despoja de él audazmente. Así moralizan y así filosofan las *doloras*. No es en este libro el poeta de las esperanzas y los consuelos; por el contrario, en su portada pudiera escribir la tremenda inscripción que puso el Dante en la del infierno: *Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate.* En *Gloria de la vida*, celebra un *auto de fe* con el amor, á quien arroja al fuego por hereje contumaz; en *Ventajas de la inconstancia*, considera las relaciones de los enamorados como un comercio de mala fe, en el que entrambas partes se engañan

recíprocamente; en *Vanidad de la hermosura*, dice que todo es viento é ilusión en la tierra. *La comedia del saber*, *La metempsícosis*, *La dicha es la muerte*, *Las dos tumbas*, *Muertos que viven*, ya citadas, y otras muchas que dejo de citar por no ser difuso, tampoco alegran, por cierto, el cuadro del mundo contemporáneo. El autor es de sentir que el mal posee el dominio eminente del espíritu humano; el autor duda del bien aquí abajo, no porque deje de existir, sino—á mi juicio—porque él no lo ve; pero alguna vez la intensidad de su amargura le hace levantar los ojos al cielo, como en el final de *Las creencias*, y prorrumpe así, por boca de uno de los interlocutores de este pequeño drama:

«¡Inútilmente, traidora,
Dardos la impiedad te lanza,
Religión que el mundo adora,
Fuente de nuestra esperanza,
De esta virtud que no llora!
¡Nunca el alma racional
Podrá creer que eres sueño,
Bálsamo de todo mal,
Luz á través de la cual
Todo en el mundo es pequeño!»

Y alguna vez, apartando los ojos de la ruina de las cosas perecederas, alienta nuestro espíritu, como en el *Porvenir de las almas*, con la dulce promesa de la inmortalidad. Así, pues, el *Porvenir de las almas*, y otras análogas, son como floridos y amenos oasis, donde se percibe la frescura de las arboledas del cielo y el eterno y armonioso murmullo de sus fuentes.

Dice Lamartine que la poesía venidera será la razón cantada: no sé yo hasta qué punto llegará

á realizarse este pronóstico; pero si, en efecto, la poesía hiciera la evolución que anuncia el autor de las *Meditaciones*, yo—con perdón sea dicho—temería por los futuros destinos de la poesía. Es evidente que ésta se ha agitado en el vacío durante épocas enteras, y que ha existido poco menos que como un entretenimiento del espíritu; es evidente que algunos escritores—aunque contados—proclaman y hasta bendicen la ignorancia, como cosa indispensable para que el poeta conserve el pelo de la dehesa, y no pierda el candor, la virginidad y la robustez de sus inspiraciones, olvidándose (al citar en apoyo de su extravagante doctrina tal cual excepción rarísima) de que los colosos del arte, en todas las naciones, pertenecieron también al número de los hombres más ilustrados de sus respectivas épocas. Homero, Virgilio, Dante, Cervantes, Camoens, Calderón, Lope de Vega, Fr. Luis de León, Quevedo, Shakspeare, Milton, Schiller, Gœthe y Byron, no fueron, que yo sepa, unos motilones. Pero nótese al propio tiempo que siempre que la ciencia traspasa las fronteras que tiene marcadas en el imperio del arte, vienen las grandes decadencias de éste.

Campoamor, que tanta importancia da á la razón ensus *doloras*, evita felizmente en ocasiones, como diestro piloto, los escollos que ofrece aquélla al poeta; pero no todos son Campoamor. Sin embargo, yo prefiero *La Opinión*, poema de diez y seis versos, lleno de movimiento, de verdad y de ternura, ó la vaga y melancólica dolora *Músicas que pasan*, á *La Fe y la Razón*, certamen metafísico al que todo el ingenio humano quizá no bastaría para despojarle de la aridez que el muy perspicuo y ameno de su autor no ha conseguido quitarle. Poesía que no se comprenda con el corazón, ó mejor dicho, que haya de comprenderse con la cabeza sólo, corre

peligro de no ser poesía: la ciencia rimada es pájaro de vuelo bajo y torpe, y que nunca logrará escalar las altas cimas donde tienen su nido las águilas, y que tanto ha frecuentado nuestro insigne vate. La Reina de Suecia, disputando en verso con Descartes sobre materia filosófica, trae á mi memoria todas las argucias, nebulosidades, sutilezas, sofismas y alambicamientos del escolasticismo en su época decadente, el cual, si con razón fué echado poco menos que á puntillones de las universidades y academias, con mayor lo fué de los dominios de la poesía, en donde, con los nombres de discreteo, culteranismo, etc., etc., reinó también despóticamente largo tiempo en todas las literaturas europeas.

El estilo de las *doloras* no se confunde con el de ninguno de nuestros poetas. Hablando de ellas uno de sus prefacistas, dice con muchísimo acierto:—«El nuevo género se distingue por una originalidad picante; esta cualidad suele rayar en lo peligroso; pero en Compoamor tiene aplicación el canon del derecho marítimo, *el pabellón cubre siempre la mercancía*, y el pabellón es en nuestro autor el estilo.» —Y es tan propio y peculiar, que, quien haya leído algunas *doloras* con el nombre de Campoamor al pie, leyendo después otras del mismo, anónimas, puede asegurarse que no se las atribuiría á nadie más que á él. Si Campoamor se hubiese presentado con su libro como un filósofo ceñudo, hipocondriaco y gruñón, el lector más intrépido no hubiera podido pasar de las primeras páginas; tantas y tan grandes son las tesis que en estas composiciones se plantean y desenvuelven: pero es tan pérfidamente seductora su frase; su elegancia en el decir es, en general, de tan buen tono, sorprende de tal modo, ya con la desenfadada causticidad de sus profundos apotegmas, de sus epigramas, de sus

agudezas humorísticas, de sus ironías y genialidades cruelmente amables, ya con rasgos de ternura casi siempre amarga, á la manera de Heine, que verdaderamente juega con el corazón del lector. El retruécano, el concepto y la antítesis—tres elementos exteriores de su *manera*—que en otro autor serían insoportables, yo los perdonaría en éste, por el modo que tiene de usarlos, si mi perdón sirviese para que en lo sucesivo no fuera tan pródigo de ellos.

Campoamor analiza poco; no es el anatómico que, como Balzac, tiende el alma humana sobre la mesa del anfiteatro, y se complace en disecar una por una todas sus fibras; Campoamor es más inclinado á la síntesis; á veces en una sola redondilla condensa la materia que á otros bastaría para escribir una obra de dimensiones tres veces mayores.

En suma, este libro, uno de los más originales que ha producido la moderna musa española, lleva el sello de la época, y refleja perfectamente su fisonomía moral é intelectual.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

JUICIO CRÍTICO DE LAS DOLORAS.

DÉCIMA EDICIÓN.

La inspiración es tan necesaria al prosista como al poeta, al crítico como al artista. Tiempo ha que deseábamos escribir sobre las DOLORAS de Campoamor, con el propósito, no sólo de examinarlas en concreto, poniendo de resalto los lunares que las deslustran y las singulares bellezas que las avaloran, así en su fondo como en su forma, así en su conjunto como en sus pormenores, sino también de fijar y definir, en cuanto nos fuese posible, las aun no bien determinadas naturaleza y calidades específicas de aquel linaje de composiciones; pero, faltos de inspiración, no acertábamos, por más empeño que en ello poníamos, á ver claro en el asunto, ni á coordinar nuestros pensamientos, ni á revestirlos de expresión adecuada, como si una fuerza invisible nos atajase los pasos, ó el camino que intentábamos recorrer estuviese asombrado por la oscuridad de la noche, en que apenas se distinguen los objetos. Así pasamos más de dos años, pugnando en vano por cumplir nuestro anhelo, hasta que el excelente prólogo del Sr. Ruiz Agui-

lera, y las filosóficas notas del Sr. Menéndez Rayón, han venido á inspirarnos, á iluminarnos, disipando como por encanto las tinieblas en que esta materia aparecía envuelta á nuestros ojos, y sacando de su vaguedad primera las ideas relativas á ella, que en nuestro espíritu germinaban y bullían confusamente. Ha llegado, pues, el momento propicio para que formulemos el concepto que las Doloras y su ilustre autor nos merecen.

Campoamor es indudablemente uno de los más originales y vigorosos ingenios del siglo XIX. La novedad y grandeza de sus concepciones, el atrevimiento y profundidad de sus ideas, la franqueza, energía y peculiaridad de su estilo—prendas en que pocos le igualan y nadie le aventaja—son universalmente reconocidas y de cuantos á las letras rinden culto estimadas, levantándole muy por cima de la mayor parte de los escritores contemporáneos. De eminente poeta le acreditan las *Ternezas y flores*, en que emula á Góngora y excede á Meléndez; los *Ayes del alma*, que Calderón adoptaría por suyos; sus *Fábulas*, dignas de los mejores apologuistas modernos; el magnífico poema *Colón*, único entre cuantos á cantar el descubrimiento de América se han consagrado, y finalmente las Doloras, en que no tiene competidor, ni es probable que en mucho tiempo lo tenga. Proclámanle genial y *unilógico* filósofo todas sus producciones; pero muy particularmente las *Polémicas*, donde se muestra hábil, discreto y valiente controversista; *El Personalismo;* el admirable discurso *La Metafísica limpia, fija y da esplendor al lenguaje*, que leyó al ingresar en la Real Academia Española, y, sobre todo, *Lo Absoluto*, obra recientemente publicada, breve en el tamaño, pero tan vasta y magnífica en el plan, que parece concebida por la elevada inteligencia de un Balmes ó un Donoso Cortés. Tantos

y tan notables son los libros que han granjeado á Campoamor el alto renombre de que goza en la república literaria.

Debe, empero, su gran popularidad, no inferior á la de ningún autor de la edad presente, más bien que á sus otros escritos, á las Doloras, de que van tiradas ya nueve ediciones, y que han llegado á formar escuela, siendo por muchos, y algunos muy sobresalientes ingenios, imitadas. Y esto se comprende bien si consideramos que las Doloras son el resumen, la síntesis de toda la vida intelectual de Campoamor, el más completo y bello trasunto de su personalidad moral y literaria, á la vez que de nuestra civilización contemporánea. De ellas pudiera decirse, remedando á Cervantes, que los niños las manosean, los mozos las leen, los poetas las imitan, los sabios las comentan y los viejos las celebran; y, finalmente, son tan trilladas y tan leídas y tan sabidas de toda casta de gentes, que apenas han visto alguna composición poética, en que se hermanan y compenetran lo filosófico de la idea, lo melancólico del sentimiento y lo desenfadado del estilo, cuando dicen:—«He ahí una *dolora.*»—No se ha de extrañar, por lo mismo, que una persona tan erudita y de tan graves estudios como el Sr. Menéndez Rayón haya acometido la empresa de ilustrarlas y declararlas con sus sabias notas críticas, pagando así un justo y especial tributo de aprecio al mérito insigne del autor, á la manera que el Brocense, Fernando de Herrera, Faria y Sousa y Salcedo Coronel lo verificaron en su tiempo respecto de Juan de Mena, Garcilaso, Camoens y Góngora; pues no puede menos de haber mucho que estudiar y desentrañar en creaciones poéticas que, como las Doloras, forman, no obstante su escaso volumen, las delicias de toda una generación, sobre distraída por mil lecturas diversas, agitada por el

vértigo de la política y de los adelantos materiales, tan poco favorable al desarrollo y progresos del arte.

Y ¿qué es *dolora?* ¿Es un género de poesía nuevo, propio exclusivamente de Campoamor?

No faltará tal vez quien juzgue ocioso y aun pueril el dilucidar estas cuestiones, teniéndolas por nimiedades á que no debe descender el literato filósofo. Las clasificaciones menudas de la Poética, dirá, son de todo punto vanas é inútiles, como no sea para debilitar las alas del ingenio y convertir su espontaneidad en rutinario amaneramiento. La escuela no tiene derecho para obligarle á vaciar todos sus partos en determinados moldes preexistentes. Ciertos principios generales de lógica y de buen gusto bastan al poeta, el cual no necesita, al emprender su canto, curarse de que éste pertenezca al género A ó al género B, sino de que exprese de un modo bello los encendidos afectos de su corazón y las luminosas visiones de su fantasía. Así encontramos en las colecciones de los más renombrados vates muchas y excelentes poesías que en ninguna de las categorías establecidas por los preceptistas caben. ¿A qué, pues, entretenernos en clasificar las obras poéticas? ¿A qué perder el tiempo en definir sus géneros y especies?

Dios nos libre de poner, ni aun de pensamiento, la más ligera cortapisa á la inventiva de los poetas, cuando precisamente tratamos de defenderla defendiendo á la *dolora*. Realicen ellos la belleza, y realícenla como mejor les plazca. Mas ¿en qué contrarían su libertad de invención las clasificaciones de la Preceptiva?

Tanto valdría decir que las clasificaciones de la Botánica, por ejemplo, se oponen á que hagan nuevos descubrimientos los exploradores de la naturaleza, siendo así que más bien les sirven de ayuda y guía que de estorbo, dado que para avanzar en

cualquiera serie de progresos conviene poseer un conocimiento claro y metódico de los adelantos ya conseguidos. Pues lo mismo sucede en literatura. Al clasificar las manifestaciones del numen poético, no dice:—«He aquí los eternos troqueles del arte,» sino: «He aquí las formas que hasta el día ha creado el ingenio.»—De esta suerte facilita al crítico el estudio histórico de las letras; así, enseñándole lo pasado, allana al poeta el camino del porvenir. Las clasificaciones literarias siguen, no preceden á los poetas; no son absolutas é inflexibles; se ensanchan y modifican progresivamente á medida que surgen nuevos tipos en la esfera del arte, bien como se modifican y ensanchan en las clasificaciones botánicas, según que el número y variedad de plantas observadas crece. Compárense las Poéticas del siglo pasado con las que hoy salen á la luz pública, y se verá cuán cierto es lo que afirmamos. La *leyenda* y la *balada*, v. gr., completamente omitidas en las Poéticas antiguas, aparecen ya clasificadas y definidas en las modernas. Todavía existen, es cierto, poemas irreducibles á las clasificaciones establecidas, pero esto sólo prueba que los límites del arte, lo mismo que los de la naturaleza, exceden á la comprensión humana, y que tales clasificaciones son por lo mismo incompletas y susceptibles de perfeccionamiento, no que sean inútiles y vanas, como no lo son, á pesar de sus defectos, las de las ciencias naturales. Cabalmente á perfeccionarlas tiramos, haciéndolas menos incompletas al intentar definir y caracterizar la *dolora*, la cual, del propio modo que la *fantasía*, tan cultivada por los poetas de la época actual, reclama un lugar en ellas, en nuestra opinión con justicia, atendidas su importancia y su esencial diferencia de las demás suertes de poesía que con nombres especiales se designan en los tratados de literatura.

¿Qué es *dolora?* volvemos á preguntar.—«Muchos son los críticos, dice el esclarecido cantor de los *Ecos nacionales*, que se han ocupado en definir la palabra *dolora*, sin que hasta el presente hayan podido ponerse de acuerdo acerca de su verdadera significación; y no, en mi concepto, por las dificultades que ofreciese aquélla, sino por haber intentado comprender bajo una misma definición el fondo y la forma, la sustancia y el accidente, lo principal y lo accesorio.» No podemos convenir en este punto con el Sr. Ruiz Aguilera, pues, á nuestro modo de ver, la forma, lejos de ser un *accidente*, lejos de ser un elemento *accesorio*, es tan esencial como el fondo en las producciones artísticas.—«En la esfera de las bellas artes, dice Villemain, la forma pertenece al alma tanto como el mismo sujeto.» Si prescindimos de la forma, ¿qué diferencia notable hallaremos entre las *Geórgicas* y un *Tratado* cualquiera de *agricultura*, entre la *Conquista de Méjico*-poema, y la *Conquista de Méjico*-historia, entre la *Epístola á Fabio*, de Rioja, y sus *Odas morales?* Ninguna. Y ¿habrá nadie, sin embargo, que las considere pertenecientes á idénticas especies de obras literarias? De fijo que no.

Luego no van fuera de camino, antes bien proceden muy acertadamente, los que intentan comprender bajo la definición de la *dolora* su fondo y su forma juntamente, con tanta mayor razón, cuanto que uno de sus caracteres principales procede de la índole recíprocamente antitética que dichos dos elementos presentan en ella. ¿Por ventura los naturalistas, al definir y clasificar los vegetales, atienden sólo á sus propiedades internas? ¿No tienen presentes también su estructura y calidades extrínsecas, y las relaciones de éstas con aquéllas? Verdad es que así se hace más difícil el dar buenas definiciones; pero no puede pasarse

por otro camino, si han de ser completas, exactas y precisas. De ello nos sumistra excelente prueba el mismo Sr. Ruiz Aguilera, cuando define la *dolora*, diciendo que «es una composición poética, en la cual debe hallarse *constantemente* unida á un sentimiento melancólico, más ó menos acerbo, cierta importancia filosófica.» Si esta definición fuese exacta, las citadas epístola y odas de Rioja y varias de Meléndez, de Lista, de Martinez de la Rosa, del Duque de Rivas y de otros muchos poetas antiguos y modernos, serían verdaderas *doloras*, puesto que en ellas se juntan la melancolía de los afectos y la importancia filosófica. De consiguiente, no son estas dos las únicas condiciones características de la *dolora*, por más que siempre las posea en mayor ó menor grado. Constituirán quizá su *género próximo;* pero ¿dónde está su *última diferencia?* Menester es buscarla en la *forma*; en esa forma de que, mirándolo como cosa accidental y accesoria, prescinde el Sr. Ruiz Aguilera.

¿Tiene la *dolora* en su forma caracteres propios y determinados? Los tiene sin duda alguna. Si nos fijamos en su expresión general, observaremos que, por lo común, el fin didáctico ó filosófico de las *doloras* se realiza constantemente, no de un modo directo, no disertando, como en las epístolas y en los discursos poéticos, sino indirecta, experimentalmente, mediante ejemplos, escenas dramáticas ó figuras simbólicas, como en la parábola, en el apólogo ó en la comedia. Notaremos en segundo lugar que su estilo es siempre ligero y con frecuencia humorístico, aun cuando aspira á parecer grave, como si el poeta jugase con sus penas y sus filosofías, ó quisiese hacerlas resaltar más y más por medio de los contrastes, mezclando todos los tonos y todos los colores. Advertiremos, por último, que la elocución de la *dolora* es naturalmente lacónica

y concentrada, diciendo mucho en poco, tanto que una sola redondilla contiene á menudo la sustancia, la quinta esencia de un libro.

Sintetizando ahora los elementos que nos ha dado el anterior análisis de la *forma*, y los que con el señor Ruiz Aguilera descubrimos en el *fondo* de la *dolora*, tendremos que ésta—«es una composición didáctico-simbólica en verso, en que armonizan el corte ligero y gracioso del epigrama, y el melancólico sentimiento de la endecha, la exposición rápida y concisa de la balada y la intención moral ó filosófica del apólogo ó de la parábola.»—Esta definición, abarcando todos los elementos integrantes de la *dolora*, impide confundirla con ninguna otra especie de poesía. Es casi la misma que hace tiempo dió Campoamor en su *Carta-contestación al Conde de Revillagigedo*, que figura á la cabeza de anteriores ediciones.—«¿Qué significa *dolora?*...—Significa una composición poética, responde, en la cual *se debe hallar unida la ligereza con el sentimiento y la concisión con la importancia filosófica.*»—Las demás definiciones que, mirando á corregir ésta, se han dado de la *dolora*, son aún más vagas y defectuosas que la del Sr. Ruiz Aguilera, no por la causa que él señala, sino por una diametralmente opuesta: por no abrazarse en ellas el fondo y la forma juntamente.

Pero ¿es la *dolora* un género de todo punto nuevo, parto exclusivo del ingenio de Campoamor, sin raíces ni antecedentes en la historia del arte? No. El mismo Campoamor lo confiesa en su mencionada *Carta*.—«Algunas de las poesías ya escritas, dice, pertenecen por su *concepto* y su *expresión* á esta clase de composiciones; y sin pretender yo haber descubierto ninguna idea perdida en los abismos del pensamiento humano, lo único que me he propuesto al escribir las DOLORAS ha sido re-

ducir á *sistema* un género de poesía en el cual algunos autores sólo se han ensayado inconexa é *incidentalmente.*» — Así es. En nuestros antiguos cancioneros y en nuestro teatro, particularmente en el de Calderón, se hallan no pocos fragmentos y composiciones que reunen todos los caracteres propios de la *dolora*, que son, á no dudarlo, verdaderas *doloras*. Sirva de ejemplo aquella famosa décima de *La Vida es sueño:*

Cuentan de un sabio, que un día
Tan pobre y mísero estaba,
Que sólo se alimentaba
De unas hierbas que cogía.
¿Habrá otro (entre sí decía)
Más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió
Halló la respuesta, viendo
Que iba otro sabio cogiendo
Las hierbas que él arrojó.

Sabido es también que Campoamor ya había escrito *doloras* mucho tiempo antes de que pensase en reducirlas á sistema, cual las han escrito, y muy notables por cierto, ignoramos si antes ó después, pero de seguro sin acordarse de la fórmula *campoamoriana*, poetas de tan subidos quilates como Carolina Coronado, el Marqués de Molíns y Eulogio Florentino Sanz. ¿Quién, por ejemplo, negará la calidad de *dolora* á la siguiente bellísima composición del segundo de estos escritores, que, con manifiesta impropiedad, la intitula *madrigal?*

EL 31 DE DICIEMBRE DE 1851.

Á MI AMIGO DON HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

Se deshace nuestra vida
Como esa blanca nevada,
Á la mañana formada
Y á la tarde derretida.
Hoy la que en el monte cuaja
Sirve á dos años rivales:
Al que viene, de pañales;
Al que se va, de mortaja.
Los dos con la misma priesa
Van tras la propia fortuna:
El viejo hacia nuestra cuna,
Y el niño hacia nuestra huesa.
¡Ay, alma, y os dan á vos,
Como presente importuno,
Memoria el cincuenta y uno,
Anhelo el cincuenta y dos!
Decidme, ¿qué os satisface,
Si no hay presente, y se infiere
Que es nada el año que muere,
Y nada el año que nace?

En las literaturas extranjeras, Byron y Heine, entre otros, han dejado asimismo muchas poesías en que brillan todas las propiedades de la *dolora*. No otro título merecen algunas de Gœthe. ¿Qué es el *Fausto*, si bien se mira, más que una inmensa *dolora* dramática? No cabe, pues, negar lo que Campoamor declara: hubo *doloras* en España y fuera de España, antes que nadie intentase sistematizarlas y determinar sus leyes y condiciones genéricas. De todas las especies de poesía puede decirse lo mismo: la práctica ha precedido siempre

). Pero esto, más
ro del nuevo gé-
lora no es un ca-
r, ni un mero acci-
ontemporánea, sino
niversal, y por ende
amente en tiempos y
resión propia y ade-
y estados de la vida de
en efecto, refleja y sim-
n su complexidad esas
s de la historia en que la
l y lo ideal es más percep-
iendo más que nunca mez-
y la fe, la risa y el llanto, la
ir y el pensar y la ligereza
Así la vemos despuntar en el
rpo en el XVII y desarrollarse y
IX, hasta que, por fin, recibe
mula y nombre.
eda ya establecida; ¿es admisible
era necesario uno, salta á la vista,
existía palabra equivalente. Cam-
estaba en su derecho al inventarle,
bien formado y sonoro de *dolora*,
si en honor de alguna Dolores que
zón señora de sus pensamientos, ó si
significar con él la índole un tanto ele-
s versos, ó bien, lo que parece muy pro-
r ambas razones á la vez. Sea de esto lo
a, fuese una ú otra la causa ocasional de
te vocablo, lo cierto es que á su formación
ó ese superior instinto, propio de los gran-
genios, de los ingenios metafísicos que saben
otipar las ideas, vinculándolas á términos tan
s y apropiados, que parecen consustanciales
ellos. Sólo así se explica que la voz de que trata-

mos haya llegado á arraigarse y generalizarse tanto en España, á despecho de ceñudas críticas y de epigramáticas burlas. El uso, juez más sabio y filosófico en punto á lenguaje que los eruditos, como que se funda en el sentido común y tiene mucho de providencial, la ha sancionado y naturalizado en nuestro idioma, viendo en ella, no un sonido arbitrario, sino un cuerpo vivo de una idea también viva, la expresión legítima de algo esencial y permanente. De lo contrario, hubiera llevado el mismo camino que tantas otras, hijas de la moda, que con la moda nacen y con la moda fenecen. La intuición de los pueblos responde siempre á la del genio, y se compasa con ella y la confirma. ¿Qué mayor justificación necesita dicho nombre? ¿Tienen otra, por ventura, muchas de las palabras que forman el caudal de los idiomas?

Pero no sólo la novedad del nombre; también ha sido censurada — y esta es cuestión más grave — la tendencia moral de la *dolora*, tachándola de escéptica, cuando no de materialista. No negaremos que entre los diferentes géneros literarios, hay unos más peligrosos que otros bajo este punto de vista. El epigrama es más resbaladizo que el soneto, la anacreóntica más que la oda sublime, la novela más que la historia. ¿Podrá deducirse de aquí que la novela, la anacreóntica y el epigrama son esencialmente inmorales? No en verdad. Así como hay historias, odas sublimes y sonetos llenos de impiedad ó de lascivia, así también existen epigramas, anacreónticas y novelas inocentes y aun laudables bajo el aspecto de la moral y la religión; por donde se patentiza que ninguno de estos géneros es en sí mismo reprensible, sino que lo vituperable es el abuso que de ellos han hecho algunos escritores, convirtiéndolos al culto de ideas perniciosas y de pasiones impuras. Otro tanto decimos de la *dolo-*

ra. Préstase indudablemente á la expresión de pensamientos livianos y escépticos; mas de aquí no se sigue que le sean connaturales la liviandad y el escepticismo. Muchas veces no hay forma más á propósito para la manifestación del sentimiento cristiano. De ello tenemos palpables ejemplos en las DOLORAS de Campoamor.

Limítanse éstas en ocasiones, cumpliendo el inferior entre los fines del arte, á pintar la superficie del mundo moral, los fenómenos fugitivos de la existencia, lo que hay de vano y deleznable en la vida de la humanidad. Suelen pecar entónces, efectivamente, de un tanto epicúreas, como reflejos de una filosofía puramente sensualista, siendo ligeras sus sentencias y poco intensa su melancolía, que, al decir de un eminente crítico, tiene más de la languidez que sucede al placer en una naturaleza sana y pagana, que de verdadera y legítima melancolía. Tal vemos en las tituladas *Ventajas de la inconstancia*, *Quien vive olvida*, *Beneficios de la ausencia*, *Vaguedad del placer*, *Propósitos vanos*, etc., notables generalmente por la viveza, donaire y soltura del estilo. Otras veces, elevándose á miras verdaderamente trascendentales, revelan un pensamiento y sentido más profundos, exponiendo la vida y el universo en toda su diversidad, en sus aparentes contradicciones, y presentando el hombre y su existencia como un emigma insoluble. A esta clase pertenecen las *doloras*, *Nada de nada*, *¿Qué es amor? Todo es uno y lo mismo*, *Las dos grandezas*, *Las creencias*, *Amar al vuelo*, *Vivir es dudar*, *Las dos linternas*, *La Trasmigración*, *El concierto de las campanas*, *La comedia del saber*, etc.; composiciones todas cuyo sentido más general, tácito ó expreso, se resume en máximas, sentencias y conclusiones del tenor siguiente:

Ama mucho, mas de modo
Que estés siempre enamorada
De un cierto todo que es nada,
De un cierto nada que es todo.

Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

Todo espectáculo está
Dentro del espectador.

¡Ay! que el variar de destino
Sólo es variar de dolor.

Las sabios al escuchar,
Ignora el pueblo qué hacer,
Si ha de dudar ó creer,
Si ha de reir ó llorar.

Si todas las *doloras* de Campoamor fuesen por el estilo de las que acabamos de citar ó de las que más arriba hemos mencionado, razón de sobra tendríamos para calificarle de liviano y escéptico, aunque no para inferir de aquí que la *dolora* lo sea. Pero el arte tiene todavía otro fin superior, que conviene preferentemente al poeta cristiano: no sólo debe exponer el enigma de la existencia, si que también resolverle, haciendo brotar de las tinieblas la luz, de la duda la fe, de la muerte la vida, del dolor la gloria, de las contradicciones la armonía. Campoamor realiza perfectamente este más sublime ministerio del arte en *La dicha es la muerte*, *Porvenir de las almas*, *La Opinión*, *La Fe*

y la Razón, y otras *doloras* que demuestran que el sentimiento creyente y el amor hermoso y la santa esperanza no están reñidas con este linaje de poesía. Díganlo, si no, los versos que á continuación trasladamos, y en que aparece compensado el espíritu que las anima y vivifica:

¡No es mi verdad, la verdad,
No es mi razón, la razón!

—

La virtud es inmortal;
Si el mundo es un cenagal,
Buscadla siempre en la altura.

—

..... para las almas puras,
Movir es resucitar.....;

—

El poeta,—*¡un ángel más!*—

Campoamor ha ido subiendo progresivamente del mundo de los sentidos al mundo psicológico, y de éste al de lo absoluto; y esos tres grados de elevación moral, que señalan indudablemente otros tantos períodos culminantes de la vida íntima de nuestro poeta, mostrándonosle epicúreo al principio, escéptico luego, y por fin creyente, Horacio antes, Byrón después, Calderón á la postre, no aparecen inconexos en las DOLORAS, sino que, por el contrario, derivados unos de otros sucesivamente, como de la semilla que se corrompe en la tierra el árbol á quien combaten opuestos vientos é influencias, y del árbol el fruto con que el hombre se alimenta y regala, vienen á formar, en su relación filosófica, una verdadera trilogía, un solo y

completo y armónico organismo literario. No es difícil percibir su mutuo enlace en los gérmenes de escepticismo que, al través de las *doloras picarescas*, asoman, y en los principios de fe y esperanza que entre las sombras de las *escépticas*, de vez en cuando se descubren. Miradas, pues, en conjunto, —y así deben serlo para valorarlas con acierto bajo el punto de vista moral y filosófico—las DOLORAS se ofrecen á la consideración de la crítica como cifra y compendio del complicado drama de la vida, con su *exposición* en la esfera de los sentidos, su *nudo* en las profundidades del alma, y su *desenlace* en el cielo. Así expone y pinta Campoamor esta lucha perenne y universal entre la luz y las tinieblas, la verdad y el error, la vida y la muerte, que llena los tiempos y los espacios; así la resuelve, dando la victoria definitivamente al espíritu sobre la materia, sublimándole purificado por el dolor, y coronándole, en fin, con los eternos resplandores de la gloria en el seno del Infinito. Ahora bien; si el *desenlace* fija y determina el pensamiento trascendental de todo poema dramático; si allí es donde el carácter é intención del poeta se manifiestan de lleno, ¿podremos con justicia tildar á Campoamor de sensualista y escéptico en las DOLORAS? No: antes bien deberemos calificarle de creyente y espiritualista en sumo grado. De lo contrario, también merecería la nota de sensualista y escéptico Calderón, el gran poeta de la fe, puesto que, en sus más profundas y cristianas comedias, recorre frecuentemente los mismos senderos y presenta las mismas fases que Campoamor, antes de llegar á la glorificación final de *La Vida es sueño*, *El Príncipe constante* y *La devoción de la Cruz*.

No faltan críticos que, aun prescindiendo de si es buena ó mala la filosofía de Campoamor, le censuran por haber concedido excesiva importancia al

elemento racional en sus DOLORAS, y mostrado asaz al descubierto propósitos doctrinales que juzgan impropios de la poesía. Tenemos por exagerada, cuando menos, semejante opinión, que está en pugna con las más respetables tradiciones y con la naturaleza misma del arte. No existe literatura alguna, antigua ni moderna, asiática ni europea, en que, bajo una ú otra forma, no haya dado muestra de sí la poesía didáctica; lo cual efectuándose á la par en todas las naciones, prueba evidentemente que aquélla no es un género artificial y meramente escolástico, sino fruto legítimo, manifestación espontánea y natural del espíritu humano.

Por otra parte, toda obra artística, para ser bella, necesita encerrar cierto sentido didáctico, supuesto que, como dice Platón, y con diferentes palabras han repetido los más famosos estéticos, *lo bello es el resplandor de lo verdadero*. El arte no difiere de la ciencia por su fondo, sino por su forma. Ambos tienen por asunto la *verdad;* sólo que la ciencia nos la ofrece en fórmulas abstractas y generales, mientras que el arte la expone revestida de imágenes concretas y particulares: aquélla habla á la razón, que es el sentido de lo universal y de lo absoluto; éste á la imaginación y á la sensibilidad, que viven de lo relativo; pero en su fin principal—la expresión de la *verdad*—coinciden necesariamente la ciencia y el arte. El arte, vacío de *verdad*, pareceríase á una serie de fenómenos sin una sustancia que les sirviese de fundamento. No es, pues, censurable en sí la intención filosófica que las DOLORAS revelan. ¿Lo será tal vez la manera que Campoamor ha tenido de realizarla? Seríalo ciertamente si él hubiese tratado de enseñar directamente con simples y descarnados raciocinios á guisa de filósofo especulativo, en vez de verificarlo, como verdadero poeta, mediante cuadros y fi-

guras animados por el calor del sentimiento y visibles á los ojos de la fantasía. Nada de esto sucede en las DOLORAS. Su importancia filosófica en nada perjudica á su valor poético, antes bien le aumenta; así como éste, lejos de menoscabar aquélla, la ilustra y corrobora, sensibilizándola. Esclarecen la mente del que como filósofo las considera; deleitan el gusto del mero aficionado á la poesía; pero aprende más y descubre mayores excelencias en ellas quien bajo ambos conceptos las abraza y estudia. Tan estrechamente ligados están en las DOLORAS el pensamiento y la imágen, el elemento filosófico y el elemento poético.

Para evidenciar la exactitud de estas observaciones, pondremos por ejemplo *La Fe y la Razón*, la más didáctica, la más árida de todas las *doloras*, tanto, que al Sr. Ruiz Aguilera le recuerda las argucias y nebulosidades del escolasticismo en su época decadente. Separad en ella dichos dos elementos; ¿qué queda? Por un lado, lo que el señor Ruiz Aguilera dice, un intrincado certamen metafísico tan sólo; por el otro, una historieta frívola é insustancial únicamente. Pero unidos, ¡cuánto movimiento é interés, cuánto realce y claridad no recibe el primero, puesto en acción, dramatizado por el poeta! ¡Cuánto valor é importancia, el segundo, informado de sentido trascendental por el filósofo! ¡Cuán felizmente se acuerdan la dialéctica y la poesía para hacer brotar, aquélla de sus raciocinios, ésta de su animado relato, idénticas conclusiones!

Y si tal se verifica en *La Fe y la Razón*, donde el elemento didáctico predomina y se muestra sin velos, ¿qué no diremos de aquellas otras *doloras* cuyas tesis aparecen desenvueltas y demostradas por medios enteramente poéticos, y cuyo sentido filosófico se siente más bien que se comprende,

emanando, como un aroma espiritual, del conjunto de los hechos, pasiones y figuras en ellas concertadamente expuestos? Dice el Sr. Menéndez Rayón, en són de censura, al juzgar la que se intitula *Todo es uno y lo mismo*, que «el arte prueba de diverso modo que la ciencia.» Cierto; pero ¿qué hay de común entre el modo de probar usado en dicha *dolora* y otras por el estilo, y el de que un filósofo se valdría? ¿En qué se parecen la prueba que resulta de una cadena de argumentos lógicos y la que nace del contraste de los sentimientos y de las situaciones de la vida?—«Con estos ensayos, añade el Sr. Rayón, la filosofía no progresa y el arte padece.» No progresará la filosofía; pero se popularizarán sus problemas y se despertará el deseo de resolverlos. Y, por lo que respecta al arte, si tal vez sale mal librado de semejantes tentativas, acháquese á la falta de ingenio, no á que sean ajenas de su ministerio, ni tampoco á la índole especial de los asuntos. Por excelencia metafísicos son en el fondo los que Valera canta en *El fuego divino* y en *Las aventuras de Ciai Yahye*, composiciones notabilísimas, sin embargo, por la riqueza, elegancia y armonía de la elocución, llena de lumbres y matices poéticos.

Altamente metafísicos son tambien los que Campoamor desarrolla en *Todo es uno y lo mismo* y en *La Trasmigración;* y, á pesar de esto, el mismo Sr. Rayón alaba en la primera «la gracia y chiste de la exposición, lo acertado y malicioso de las reflexiones y sentencias, y en general la facilidad y tersura de la rima;» y en la segunda, «el estro, la energía y variedad de tonos... y la dicción poética;» es decir, cuanto constituye la legítima y sincera poesía; de donde se infiere que el arte en nada padece por hacerse eco de las lucubraciones de la filosofía, cuando un egregio vate lo maneja.

Pasando ya al examen de la manera de sentir y de expresarse nuestro poeta en las DOLORAS, parécenos oportuno reproducir las felices observaciones de los Sres. Menéndez Rayón y Ruiz Aguilera, pues difícilmente pudiéramos juzgarla con más discreción, perspicuidad y acierto.

«Es Campoamor, dice el Sr. Menéndez Rayón, un poeta de mucha variedad, pero poco propenso por carácter á la morbidez y á la blandura; describe con exactitud y concisión, narra con naturalidad y dialoga con mucho carácter; pocas veces peca por el argumento cuando no se inclina á la paradoja; en la invención y composición es sobrio, y sus cuadros tienen una determinación feliz y bien graduada, el estilo es á menudo más nervioso que flúido, severo y cortado más que dulce y rítmico, y sus períodos, concisos en demasía á veces, le quitan riqueza, abundancia y número; pero si los versos no alcanzan siempre todas estas cualidades, sobresalen en cambio por el brio y por la sentencia.»

«El estilo de las DOLORAS, según Ruiz Aguilera, no se confunde con el de ninguno de nuestros poetas. Hablando de ellas uno de sus prefacistas, dice con muchísimo acierto: «El nuevo género se »distingue por una originalidad picante; esta cuali»dad suele rayar en lo peligroso; pero en Campo»amor tiene aplicación el canon del derecho maríti»mo: *el pabellón cubre siempre la mercancía*, y el »pabellón es en nuestro autor el estilo.» Y es tan propio y peculiar, que quien haya leído algunas *doloras* con el nombre de Campoamor al pie, leyendo después otras del mismo anónimas, puede asegurarse que no las atribuirá á nadie más que á él. Si Campoamor se hubiese presentado con su libro como un filósofo ceñudo, hipocondriaco y gruñón, el lector más intrépido no hubiera podido pasar de las primeras páginas; tantas y tan grandes son las te-

sis que en estas composiciones se plantean y desenvuelven; pero es tan pérfidamente seductora su frase, su elegancia en el decir es, en general, de tan buen tono, sorprende de tal modo, ya con la desenfadada causticidad de sus profundos apotegmas, de sus epigramas, de sus agudezas humorísticas, de sus irónicas genialidades, cruelmente amables, ya con rasgos de ternura, casi siempre amarga, á la manera de Heine, que verdaderamente juega con el corazón del lector. El retruécano, el concepto y la antítesis—tres elementos exteriores de su *manera*—que en otro autor serían insoportables, yo los perdonaria en éste por el modo que tiene de usarlos, si mi perdón sirviese para que en lo sucesivo no fuera tan pródigo de ellos.»

Por lo que á nosotros toca, no sólo le perdonamos sus paradojas, antítesis, conceptos y retrúecanos, sino que, por regla general, se los apludimos, pues contribuyen notablemente á la energía y claridad de su estilo, sin menoscabo de la naturalidad ni aun de la sencillez, haciendo que las ideas hieran vivamente la imaginación de los lectores y se graben de un modo indeleble en su memoria. Quizá no haya existido un poeta más feliz en el empleo de lasmencionadas formas de expresión, lo cual proviene, sin duda, de la exacta correspondencia que las mismas guardan con la índole de su ingenio y con la naturaleza de los argumentos sobre que escribe, tanto que, despojado de ellas, nos parecería menos propio y natural su estilo. Pero esto mismo indica con cuánta parsimonia deben usarlas los que de diferente constitución mental se hallan dotados y en asuntos de otra especie se ejercitan. Así es que, alabándolas en Campoamor, distamos muchísimo de recomendarlas á los demás cultivadores de la poesía. La imitación, casi siempre peligrosa para la sinceridad del estilo, sería en este punto peligrosísima:

Véanse ahora, en confirmación de lo expuesto, algunas muestras del de Campoamor. En *¡Quién supiera escribir!*, dolora llena de fuegó y de efusión, en medio de sus contrastes humorísticos, leemos, entre otros muchos conceptos igualmente delicados, los siguientes:

Escribidle, por Dios, *que el alma mía*
Ya en mí no quiere estar,
Que la pena no me ahoga cada día,
Porque puedo llorar.

. . . .
Que mis ojos, *que él tiene por tan bellos,*
Cargados con mi afán,
Como no tienen quien se mire en ellos,
Cerrados siempre están.

. . . .
Que, *siendo por su causa*, el alma mía
¡Goza tanto en sufrir!
Dios mio, ¡cuántas cosas le diría
Si supiera escribir!

Principalmente los versos que hemos puesto de cursiva son de una belleza insuperable, sobre todo la exclamación contenida en los dos últimos, encantadora por su sencillez é ingenuidad.

Admirable es también la conclusión de *Nunca olvida quien bien ama*, por lo verdadero é intenso, á la vez que extraño, del sentimiento, por la novedad de la idea y por la enérgica concisión de la frase. Próximo á morir el poeta, dice á la mujer querida:

Con tóda el alma perdono
Hasta á los que siempre he odiado:

¡Á tí, que tanto te he amado,
Nunca te perdonaré!

¡Qué extremada ternura no se descubre al través de éste, en la apariencia, rencor sin límites!

No son menos dignas de encomio las quintillas de *La Trasmigración*, singularmente la que el poeta pone en boca del sabio:

Hombre, al fin, ciencia y verdad
Buscando en lid malograda,
Fué desde mi tierna edad,
Mi objeto la inmensidad,
Y mi término la nada.

He aquí un pensamiento profundo, vigorosamente concebido y formulado.

Las mismas buenas prendas brillan, no obstante la diferencia de tonos, en *Los dos espejos:*

En el cristal de un espejo
Á los cuarenta me ví,
Y hallándome feo y viejo,
De rabia el cristal rompí.
Del alma en la trasparencia
Mi rostro entonces miré,
Y tal me ví en la conciencia,
Que el corazón me rasgué.
Y es que en perdiendo el mortal
La fe, juventud y amor,
¡Se mira al espejo, y mal!
¡Se ve en el alma, y peor!

Tendríamos que trascribir la mayor parte del libro de Campoamor si hubiésemos de citar todas las sentencias profundas, todos los pensamientos atrevidos y originales, todos los pasajes patéticos,

todos los rasgos de vis cómica, todas las bellezas, en fin, de estilo, lenguaje y versificación que contiene; lo cual, sobre no caber en los términos de este artículo, nos parece excusado, siendo, como son, aquéllos de tanto bulto, que el lector menos perspicaz puede por sí mismo advertirlos y saborearlos, cuanto más que ahí están para ayudarle á ello las discretas notas del Sr. Menéndez Rayón.

Distínguese este ilustrado comentarista por su copiosa doctrina filosófica, por su sagacidad en desentrañar el sentido esotérico de las DOLORAS, y por su clara comprensión de las leyes estéticas á que las mismas deben ajustarse para la conveniente ponderación y armonía entre las partes y el todo, entre el espíritu y el cuerpo de ellas, condición necesaria de lo bello. Sus juicios, con frecuencia nuevos y casi siempre acertados, son por su profundidad notables en ocasiones, si bien más sintéticos que analíticos, más atentos al conjunto que á los pormenores, no siempre corre parejas su utilidad práctica para la juventud estudiosa con el interés que en todo entendimiento filosófico despiertan. El crítico no ha de mirar sólo á hacernos sentir la belleza general de las creaciones del arte, sino también á dirigirnos por las sendas del buen gusto, poniendo á nuestra vista los elementos particulares que la constituyen, y las manchas que, en mayor ó menor grado, la deslustran. Debe ser, por lo mismo, analítico-sintético su procedimiento. ¡Cuántas veces un giro prosaico, un verso poco cadencioso, una metáfora incongruente ó una cláusula mal construída destruyen el encanto de las más bellas poesías! ¡Cuántas veces no depende de estas, al parecer, pequeñeces gran parte del placer ó desagrado que muchas composiciones nos causan!

Sentimos, sin embargo, que el Sr. Menéndez Rayón no haya comentado todas las *doloras* de

Campoamor, por más que en la elección anduviese, generalmente hablando, acertado. Todas encierran perfecciones dignas de estudio y alabanza; de todas ellas pueden sacarse muy útiles enseñanzas, así morales como literarias. Por otra parte, tiene especial atractivo para los amantes de las letras el ver reunidas todas las producciones de un autor, especialmente cuando, como las DOLORAS, constituyen, no sólo por su unidad genérica, sino también por la del espíritu que las anima, un organismo íntegro y completo, según queda notado en lugar oportuno. Así, pues, rogamos al Sr. Menéndez Rayón que no omita *dolora* alguna, ni deje ninguna sin ilustración cuando se reimprima su trabajo. Desearíamos igualmente que reuniese, anotase y publicase una colección selecta de *doloras* de diversos autores, antiguos y modernos, cual medio el más eficaz de demostrar la realidad y consistencia de esta especie de poesía, de fijar sus límites y condiciones propias, y de asentarla definitivamente en la espaciosa esfera del arte de las artes.

GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

DOLORAS.

PRIMERA PARTE.

DOLORAS.

I.

COSAS DE LA EDAD.

I.

—«Sé que corriendo, Lucía,
Tras criminales antojos,
Has escrito el otro día
Una carta que decía:
—Al espejo de mis ojos.—

»Y aunque mis gustos añejos
Marchiten tus ilusiones,
Te han de hacer ver mis consejos
Que contra tales espejos
Se rompen los corazones.

»¡Ay! ¡No rindiera, en verdad,
El corazón lastimado
A dura cautividad,
Si yo volviera á tu edad,
Y lo pasado, pasado!

»Por tus locas vanidades,
¡Que son, oh niña, no miras
Más amargas las verdades,
Cuanto allá en las mocedades
Son más dulces las mentiras!

»¡Y que es la tez seductora
Con que el semblante se aliña,
Luz que la edad descolora!
Mas ¿no me escuchas, traidora?
(¡Pero, señor, *si es tan niña!...)*»—

II.

«Conozco, abuela, en lo helado
De vuestra estéril razón,
Que en el tiempo que ha pasado,
O habéis perdido ó gastado
Las llaves del corazón.

»Si amor con fuerzas extrañas
A un tiempo mata y consuela,

Justo es detestar sus sañas;
Mas no amar, teniendo entrañas,
Eso es imposible, abuela.

»¿Nunca soléis maldecir
Con desesperado empeño
Al sol que empieza á lucir,
Cuando os viene á interrumpir
La felicidad de un sueño?

»¿Jamás en vuestros desvelos
Cerráis los ojos con calma
Para ver solas, sin celos,
Imágenes de los cielos
Allá en el fondo del alma?

»¿Y nunca veis, en mal hora,
Miradas que la pasión
Lance tan desgarradora,
Que os hagan llevar, señora,
Las manos al corazón?

»¿Y no adoráis las ficciones
Que, pasando, al alma deja
Cierta ilusión de ilusiones?...
Mas ¿no escucháis mis razones?
(¡Pero, señor, *si es tan vieja!...)*»—

III.

—No entiendo tu amor, Lucía.
—Ni yo vuestros desengaños.
—Y es porque la suerte impía
Puso entre tu alma y la mía
El yerto mar de los años.

Mas la vejez destructora
Pronto templará tu afán.
—Mas siempre entonces, señora,
Buenos recuerdos serán
Las buenas dichas de ahora.

—¡Triste es el placer gozado!
—Más triste es el no sentido;
Pues yo decir he escuchado
Que siempre el gusto pasado
Suele deleitar perdido.

—Oye á quien bien te aconseja.
—Inútil es vuestra riña.
—Siento tu mal.—No me aqueja.
—(¡Pero, señor, *si es tan niña!...*)
—(¡Pero, señor, *si es tan vieja!...*)

II.

GLORIAS DE LA VIDA.

¡Al fuego, cartas de adorados seres,
Por quien la sangre derramé viviendo!
Arded á impulsos de esa luz, y ardiendo,
Con vos se extinga *mi fatal pasión*.
¡Ved cuál la gloria de sus dulces rasgos
Se lleva el aire en fútiles despojos!
¡No su partida lamentéis, mis ojos;
Que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego, signos que sin fe trazaron
Falsas mujeres que adoraba ciego!
Victoria, Octavia, Inés... ¡al fuego! ¡al fuego!
¡Maldita sea *mi fatal pasión!*
—«¡Nadie en el mundo como yo te adora!»—
¡Arda á su vez la que tan bien mentía!
¡Ay! ¡quién, tal gloria al poseer, diría
Que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego, enigmas de infernal sentido!
¡Digno sepulcro el desengaño os presta!
¡Cuán bien mi madre me alejaba en ésta
Del torpe error de *mi fatal pasión!*
«¡Huye—dice—el amor, porque su gloria
Es pacto vil de la ilusión de un día,
Y al fin verás, alma del alma mía,
Que humo las glorias de la vida son!»

III.

VENTAJAS DE LA INCONSTANCIA.

Después de amarla, olvídala; que el cielo
La inconstancia al amor le dió en consuelo.
(PATRICIO M. DE RAYÓN.)

¡Ay! anoche te escuché
(El que escucha oye su mal),
Cuando á otro hombre, por tu fe,
Le jurabas fe eternal.
¡Imprudente!
Nadie quiere eternamente;
Que pase un mes y otro mes,
Y me lo dirás después.
Aunque nuestro amor fué extraño,
Ya no lloro
Ni mi engaño ni tu engaño;
Pues no ignoro,
Que la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.

Después, ¡ingrata! ¿qué hiciste?
¿Fué el ruido de un beso aquél?
Bien te oí cuando dijiste:
—«No hice otro tanto con él.»—
¡Ay, Victoria,
Cuán frágil es tu memoria!
Ruega á Dios que siempre calle
Aquella fuente del valle...
Si me engañas, ya antes, ducho,
Te engañé;
Porque aunque me amabas mucho,
Yo bien sé,
Que la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.

Por último, ¡horrible paso!
Dijiste, al partir, de mí:
—«Es un...»—¡Ah! Mas, por si acaso,
Lo dije yo antes de tí.
Sí, gacela;
Aquí, el que no corre, vuela;
Lo que tú hoy de mí, yo ayer
Dije de tí á otra mujer.
Que los seres en amores
Adiestrados,
Todos son engañadores
Y engañados;
Pues la inconstancia es el cielo

Que el Señor
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.

Adiós. Te juro leal,
Por el que nació en Belén,
Que nunca te querré mal,
Si no te quise muy bien.
Conque, adiós.
Navia y Julio á veintidos.
Hoy por mí, y por tí mañana.
¡Tal es la doblez humana!
Si te ama algún importuno,
O imprudente
Llegases tú á amar alguno,
Ten presente
Que la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.

IV.

LOS SOLLOZOS.

Si á mis sollozos les pregunto adónde
La dura causa está de su aflicción,
De un ¡ay! que ya pasó, la voz responde:
—«De mi antiguo dolor *recuerdos* son.»—

Y alguna vez, cual otras infelice,
Que sollozo postrado en la inacción,
De otro ¡ay! que aun no llegó, la voz me dice:
—«De mi dolor *presentimientos* son.»—

¡Ruda inquietud de la existencia impía!
¿Dónde calma ha de hallar el corazón,
Si hasta sollozos que la *inercia* cría,
Presentimientos ó *memorias* son...?

V.

QUIEN VIVE, OLVIDA.

Que la dicha, si es colmada,
Si nada turba el contento,
Suele trocarse en tormento;
Porque cansa al corazón
Siempre una misma pasión,
Siempre un mismo sentimiento.

(El Conde de Revillagigedo.)

ÉL.

¡Cuánto amor, Adela mía,
Aquí un día
Me juraste y te juré!

ADELA.

Por cierto que fué en Noviembre,
Y en Diciembre
Me olvidaste y te olvidé.

ÉL.

Allí grabé con pasión
La expresión
De que *vivir es amar*.

ADELA.

Bajo expresión tan traidora,
Graba ahora
Que *vivir es olvidar*.

ÉL.

Aun por tí mi amor se inflama,
Porque el que ama
Nunca olvida, si ama bien.

ADELA.

No hagas de tu amor alarde,
Que, aunque tarde,
A gran amor gran desdén.

ÉL.

Entre estas ramas, ¡ay triste!
Me dijiste:
—«No te olvidaré jamás.»—

ADELA.

No acerté, en mi error profundo,
Que en el mundo,
Quien más vive, olvida más.

ÉL.

¿Cuándo con locos extremos
Volveremos
A amar con tan ciego ardor?

ADELA.

Nunca, pues ya hemos sabido
Que el olvido
Sigue, cual sombra, al amor.

ÉL.

¡Tiempos felices aquellos
En que, bellos,
Vivir era idolatrar!

ADELA.

¡Quién entonces (¡pena fiera!)
Nos dijera
Que vivir es olvidar!

VI.

LAS DOS ALMAS.

—¿Adónde vas, alma mía,
Hacia ese mundo perdido?
—A ser alma de un nacido
La Omnipotencia me envía.

Y tú, alma mía, ¿qué vuelo
Sigues, ganando la altura?
—Dejo á uno en la sepultura,
Y voy caminando al cielo.

—Puesto que subes, hermana,
Y te hallo al bajar al mundo,
Dime si es...—Un caos profundo,
Que llaman cárcel humana.

Prosigue, y no tan altiva,
Hermana, bajes ahora;
Porque vas, siendo señora,
A ser del hombre cautiva.

Que en él, con rumbo perdido,
Sigue en loco devaneo,
Cada potencia un deseo,
Y un gusto cada sentido.

Pues de ansia de goces lleno,
Busca el oído armonía,
El paladar ambrosía,
E impúdico el tacto, cieno.

Así sus gustos sin calma
Van los sentidos gozando,
Mientras que á merced, flotando,
Va de los suyos el alma.

Y en rumbos tan desiguales,
Y tan contrarios vaivenes,
Si el alma delira bienes,
Acosan al cuerpo males.

Y amando el cuerpo la tierra,
Y el alma adorando al cielo,
Siempre están, en su desvelo,
Carne y espíritu en guerra.

—Pues si ya, el cielo ganando,
Dejaste cárcel tan fiera,
¿Por qué al aire, compañera,
Vas esas lágrimas dando?

—Porque hay, hermana, en el suelo
Seres que también se adoran,
Y que, al dejarlos, se lloran,
Como al dejar los del cielo.

—Si el cielo que dejo escalas,
Y al mundo voy que tú dejas,
Llevemos, pues, tú mis quejas
Y yo tu llanto, en las alas.

Y al mundo adonde me alejo,
Cuando le muestre tu llanto,
Muestra mis ayes en tanto
Al cielo hermoso que dejo.

Y ya que fatídico arde
De mi cautiverio el día,
Con Dios queda, hermana mía.
—Hermana mía, El te guarde.—

VII.

NO HAY DICHA EN LA TIERRA.

De niño, en el vano aliño,
De la juventud soñando,
Pasé la niñez llorando
Con todo el pesar de un niño.
Si empieza el hombre penando
Cuando ni un mal le desvela,
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?

Ya joven, falto de calma,
Busco el placer de la vida,
Y cada ilusión perdida
Me arranca, al partir, el alma.
Si en la estación más florida

No hay mal que al alma no duela,
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?

La paz con ansia importuna,
Busco en la vejez inerte,
Y buscaré en mal tan fuerte
Junto al sepulcro la cuna.
Temo á la muerte, y la muerte
Todos los males consuela.
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?...

VIII.

LA VIRTUD DEL EGOÍSMO.

Si anoche no estuve, Flora,
A adorar tu talle hermoso,
Es porque soy *virtuoso,*
Y me da sueño á deshora.
¡Pecadora!
Ya le contaré á tu madre
Que, porque amo mi quietud
Y salud,
Dijiste hoy á mi compadre:
—«*¡Qué egoísta es la virtud!*»—

¿Cómo he de ir con fe no escasa
A ver tus ojos serenos,
Si hay cien pasos por lo menos
Desde mi casa á tu casa?

Y ¿qué pasa
Al hallarnos frente á frente?...
¿Qué?... tú mientes sin guarismo;
Yo lo mismo.
El no ir, por consiguiente,
¿Es virtud ó es egoísmo?

Verbi gratia, el otro día,
Al verte de mi amor harta,
Puse un bostezo de á cuarta
Entre un «paloma» y un «mía.»
Es falsía
La de bostezar amando;
Mas si hoy, con más pulcritud
Y quietud,
No he ido á amar bostezando,
¿Fué egoísmo ó fué virtud?

Desde hoy no vuelvo á tu edén
A tomar, Flora, el sereno:
Si es por *egoísmo*, bueno,
Y si es por *virtud*, también.
Sí, mi bien,
Esto haré por mi salud,
Aunque diga tu cinismo
Que es lo mismo
La gloria de la virtud
Que el triunfo del egoísmo.

IX.

PROPÓSITOS VANOS.

Nunca te tengas por seguro en esta vida.

(KEMPIS, lib. I, cap. XX.)

—Padre, pequé, y perdonad
Si en mi amorosa contienda,
Se lleva el viento, á mi edad,
Propósitos de la enmienda.

EL CONFESOR.

—¡Siempre es viento
A esa edad un juramento!
¿Qué pecado es, hija mía?

LA PENITENTA.

—El *mismo* del otro día,
Y aunque es el *mismo*, id templando
Vuestro gesto,
Pues dijo ayer, predicando,
Fray Modesto,
Que es inútil la más pura
Contrición,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazón.

Ayer, padre, por ejemplo,
Tocó á misa el sacristán,
Y en vez de correr al templo
Corrí á la huerta con Juan.

EL CONFESOR.

—¡Triste don,
Correr tras su perdición!...

LA PENITENTA.

—Sí, señor, mas don tan vil,
De mil, lo tenemos mil.
No hay niña que á amor no acuda,
Más que á misa;
Que el diantre, á todas, sin duda,

Nos avisa
Que es inútil la más pura
Contrición,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazón.

La verdad, tan poco ingrata
Con Juan estuve en la huerta,
Que, como él mirando mata,
Huí de él como una muerta.

EL CONFESOR.

—Dulcemente
Fascina así la serpiente!

LA PENITENTA.

—¡No lo extrañéis, siendo el pecho
De masa tan frágil hecho!
Si voy, cuando muera, al cielo
(Que lo dudo),
Ya contaré que en el suelo
Nunca pudo
Sernos útil la más pura
Contrición,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazón.

Y mañana, ¿qué he de hacer,

Padre, al sonar la campana,
Si él me dice hoy, como ayer,
«¡Vuelve á la huerta mañana!»—

EL CONFESOR.

—¡Ay de vos!
¡Antes Dios y siempre Dios!

LA PENITENTA.

—Es cierto, mas entre amantes,
No siempre suele ser antes.
Y, en fin, si de ser cautiva
Me arrepiento,
Ó me absolvéis mientras viva,
O presiento
Que es inútil la más pura
Contrición,
Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazón.

X.

LA CIENCIA DE LA VIDA.

Amargando tu existencia,
De tu corazón en daño,
Ya te enseñará esta ciencia
El libro de la experiencia,
Página del desengaño.
(E. FLORENTINO SANZ.)

Seguid; veremos á qué luz impura
Del porvenir el caos se ilumina.

EL AGORERO.

—Mas ¿quién, desengañado, no adivina
De la vida el horóscopo fatal?
Siempre en mi ciencia se predicen bienes.
¡Dios los da al hombre por amor profundo!
Después se augura un mal, porque en el mundo,
Tarde ó temprano es infalible el mal.

—Seguid.

EL AGORERO.

—Si á un triste le auguráis su estrella,
Algún placer le augurareis mintiendo;
Que, aunque nuestro hado es *esperar sufriendo*,
La esperanza, aun sufriendo, es celestial.
Y si su suerte predecís acaso
A los que mira compasivo el cielo,
Hacedles ver que, en la orfandad del suelo,
Tarde ó temprano es infalible el mal.

—Seguid.

EL AGORERO.

—Sabréis mi dolorosa ciencia
Si grabáis en la mente con empeño,
Que es el bien, por ser bien, *sueño de un sueño*,
Que el mal, sólo por serlo, es *inmortal.*
Qun nunca falta una ilusión gloriosa
Que alegre una existencia maldecida,
Y que en la paz de la más dulce vida,
Tarde ó temprano es infalible el mal.—

XI.

VANIDAD DE LA HERMOSURA.

Á OCTAVIA.

Ni amor canto, ni hermosura,
Porque ésta es un vano aliño,
Y además,
Aquél una sombra oscura.

OCTAVIA.

—¿No es más que sombra el cariño?
—*Nada más.*

Esas flores con que ufana
Tu frente se diviniza,
Ya verás
Cuál son ceniza mañana.

OCTAVIA.

—¿Nada más son que ceniza?
—Nada más.

Y en tu contento no escaso,
¿Qué dirás que es un contento,
Qué dirás?

OCTAVIA.

—¿Nada más que viento acaso?
—¡Nada más, niña, que viento,
Nada más!

En la edad de las pasiones,
A vueltas de mil enojos,
Hallarás
Aire, sombras é ilusiones:
¡Nada más, luz de mis ojos,
Nada más!...—

XII.

VIVIR ES DUDAR.

Si vivir no es dudar, prenda querida,
Decidme, en mal tan fuerte,
¿Es el fin de esta vida nuestra muerte,
O es la muerte el principio de otra vida?

Porque es nuestra existencia
Turbio fanal de inescrutable esencia;
Pues cual luz mortecina,
Sólo bordes de sombras ilumina.

Siguiendo la esperanza,
Quien la alcanza una vez, frágil la alcanza;
Si el aire sombra hiciera,
Como la sombra de los aires fuera.

Lloramos la partida
De esta que vuela inconsolable vida,

Y es en la humana suerte
La vida el pensamiento de la muerte.

Nuestros pérfidos cantos
Preludios son de venideros llantos;
Que es del dolor la puerta
La que el gozo al pasar nos deja abierta.

El mayor bien gozado
Jamás es grande hasta que ya es pasado;
Pues sólo en la memoria
Es grande, al parecer, la humana gloria.

Y en tan vil confusión, prenda querida,
Nadie sabe inquirir, en mal tan fuerte,
Si es el fin de esta vida nuestra muerte,
O es la muerte el principio de otra vida...

XIII.

PODER DE LA BELLEZA.

¡Me caso! Yo, que odio eterno
Siempre profesé á este paso,
Como á un paso del infierno,
Ya cándidamente tierno...
¿Podréis creerlo? ¡me caso!

Y pues ya amo á una mujer
(Siento decir que no miento),
Justo es que cante, y lo siento,
De la belleza el poder.

Yo, que amante meritorio
Llevé en España mi ardor
De un jolgorio á otro jolgorio,

Haciendo el don Juan Tenorio
Con doncellas de labor,

Hoy mi indómita cabeza
A un yugo al fin se somete:
Aquí dió fin el sainete...
¡Oh poder de la belleza!

Yo, que canté á cualquier hora:
«No me da pena maldita
Si tu pecho no me adora;
Que la mancha de una *mora*
Con otra *blanca* se quita,»

Peno por una mujer,
Y (aparte) rabio de celos.
¡A tanto se extiende, cielos,
De la belleza el poder!

Yo, que amé en la edad florida
Cada *cien* días á *ciento*,
¡Ya hace *un mes* que mi querida
Es aliento de mi vida,
Es la esencia de mi aliento!

Un mes en mí de terneza
Es de treinta años emblema;
Es la vida... es el poema
Del poder de la belleza.

Con mi triste casamiento
(Mis ex-amadas, mi ex-gloria),
Ya nos arrebata el viento
Tanto amor que ha sido historia,
Tanta historia que fué cuento!

Mas todo es sueño, á mi ver,
En esta vida traidora;
Sólo es real, á cuartos de hora,
De la belleza el poder.

¡Ya no os daré cantilenas,
Jugando al toma y al daca,
Pelo, anillos ni cadenas,
Ni tantas cosas, tan buenas
Para hacer nidos de urraca!

Y á fe que es necia flaqueza
Que, ganando mil ventajas,
Sólo estribe en zarandajas
El poder de la belleza.

Pues me caso, Satanás
Haga á mi esposa, ó Dios la haga,
No pedir cuentas de atrás;
Pues *si el que la hace la paga...*
¡Santo Cristo de Candás!

Si expiación llega á haber,
Siendo, cual la muerte, fuerte,

Es horrible, cual la muerte,
De la belleza el poder.

¡Dios! á quien ofendo impío,
Dad á tanto error disculpa;
Perdonad mi desvarío:
¡*Por mi culpa*, padre mío;
Por mi grandísima culpa!

No os venguéis de quien si empieza
Cantando la palinodia,
Loa en tono de salmodia
El poder de la belleza.

Desde hoy mis glorias de amante
Se concretarán, Dios mío,
A tener en adelante
Una mujer que me espante
Las moscas en el estío.

No extrañéis que cual placer
El no *ver moscas* os nombre,
Que á tal punto humilla al hombre
De la belleza el poder.

Hoy mi pecho, en conclusión,
Pide perdón y perdona
A cuantos fueron y son...
Desde Lisboa á Pamplona,
Desde Sevilla á Gijón.

Y hoy, en fin, mi bien empieza,
O empieza mi mal acaso:
De cualquier modo, ¡me caso!
¡VICTORIA POR LA BELLEZA!

XIV.

TODO SE PIERDE.

Rosa, ¿conque perdiste
La flor encantadora
Que la noche te dí de tu partida?
Aunque la cosa es triste...
La flor vaya en buen hora,
Si fué sólo la flor, Rosa, perdida;
Mas esto me convida
(Perdona) á que recuerde
Que en el mundo, mi bien, *todo se pierde*.

Todo se pierde, ¡ay triste!
De tu frente, antes pura,
¡Baja, y verás con lágrimas tus ojos!
Ya indócil se resiste
Al corsé tu cintura;
Sube al cuello después, y... ¡ay, qué despojos!

El ver seco da enojos,
Arbol que fué tan verde.
¡Todo se pierde, sí, todo se pierde!

De este pecho, tuyo antes,
Perdí un día la llave,
Y cuanto en él guardé, perdí con ella;
Ilusiones amantes,
Toda la villa sabe
Que para tí guardaba, Rosa bella.
Mas, ¡cuán tarde mi estrella
Hizo que al fin recuerde
Que *todo* (¿no es verdad?), *todo se pierde!*

¿Qué fué de tu hermosura?
¿Qué fué de mi terneza?
De la flor que te dí, dime ¿qué ha sido?
Perdióse la flor pura,
Lo mismo que (¡oh tristeza!)
Mi amor y tu hermosura se han perdido.
En el mundo es sabido
Que, sin que uno se acuerde,
¡Todo se pierde! ¡oh Dios! *¡todo se pierde!*

XV.

LA COMPASIÓN.

—Niña, ¿por qué, desvelada,
Suspiras con tal empeño?
—El porqué, madre, no es nada;
Sólo me siento hostigada
Por las quimeras de un sueño.

—El rostro, niña, sepulta
En la holanda, que el espanto,
Viendo las sombras, se abulta.
—Así derramaré, oculta
Entre sus pliegues, mi llanto.

—Pronto, la noche ahuyentando,
Llamará el alba á la puerta.
—Pues vendrá en vano llamando;
Que si ahora duermo soñando,
Después soñaré despierta.

—¡Ay, que si el mundo ve ya
De una niña el mal profundo,
Que es amor en decir da!
—Pues sus razones el mundo
Para decirlo tendrá.

—¿Y en qué livianas razones
Estriba el mal que te aqueja?
—En unas tristes canciones
Que, de una lira á los sones,
Alzaba un hombre á mi reja.

Entré afligida en el lecho,
Quedé traspuesta, y entonces
Sonó un ruido á poco trecho,
Que ¡cuál llagaría el pecho,
Cuando ablandaba los bronces!

Desperté á oirle, y la lira
No alegró la soledad;
Y ahora mi pecho suspira,
No sé si porque es mentira,
O porque no fué verdad.

—Mas ¿quién alzó las querellas?
—Soñé que era un peregrino.
¡Ay de las tristes doncellas,
Si al proseguir su camino
Puso los ojos en ellas!

—¿Un peregrino, alma mía,
Cantaba en llanto deshecho?
—Y soñé que era el que un día
Buscó albergue en nuestro techo
Por la tormenta que hacía.

Nieves y cierzo arrostrando,
Húmedos ya sus despojos,
Vino á la puerta llamando;
Y yo se la abrí, mostrando
La compasión en los ojos.

—¿De cuándo acá se te alcanza
Recordar tal desacuerdo?
—Dejadme en mi bienandanza:
¡Bella será una esperanza,
Pero es muy dulce un recuerdo!

Aun me ocupa la memoria,
Cuando la lumbre cercando,
Entre ilusiones de gloria,
Una historia y otra historia
Me fué, amorosas, contando.

Siempre en ellas se moría
Uno que á su ingrato bien
Como á sus ojos quería;
Mas no me contó que había
Hombres ingratos también.

Dióme, con chistes discretos,
Conchas, cruces y regalos,
Y mágicos amuletos,
Que por instintos secretos
Daban pavor á los malos.

Y los gustos de la vida
Me ponderaba halagüeño,
En plática tan sentida,
Que, cual si fuese beleño,
Me iba dejando adormida.

Y mi amante pesadumbre
Prosiguió astuto aumentando,
Hasta que el postrer vislumbre
Débil lanzando la lumbre,
Se fué la sombra espesando...

—¿Por qué entonces de su fuego
Rémora no fué tu calma?
—Creí sus perfidias luégo,
Porque acompañó su ruego
Con un suspiro del alma.

—¿Y fuiste, al rayar el día,
Su ruta, niña, á inquirir?
—En vano fuí, madre mía;
Ya el sol derretido había
La nieve que holló al partir.

Corriendo desalentada
Fuí de lugar en lugar...
—¿Y qué hallaste, desgraciada?
—Al cabo de la jornada
Hallé el placer de llorar.

—¿Cuál genio, en tan triste día,
A escuchar su frenesí,
Más ciega que él te impelía?
—La *compasión*, madre mía...
—Y... ¿quién la tendrá de tí?

XVI.

CORTA ES LA VIDA.

Paróse, una voz sentida
Cierto viajero escuchando,
Y vió un ave que, rendida
Al pie de un árbol, pïando
Triste exhalaba la vida.

Y al ver que, al árbol querido
Mirando desde la grama,
Alzaba el postrer gemido
Hacia la flexible rama,
Que era el sostén de su nido:

—«He aquí—dijo en su sorpresa—
La imágen de la fortuna:
Vagando sin ley alguna,
Al fin hallamos la huesa
Al mismo pie de la cuna.»—

Y alejándose al momento,
Por templar su mal no escaso,
Añadió en su pensamiento:
—«¿Cuánto las separa?—¡*Un paso!*
—¿Y qué media entre ambas?—¡*Viento!*»

XVII.

VIRTUD DE LA HIPOCRESÍA.

No eres más santo porque te alaben, ni más vil porque te desprecien. Lo que eres, eso eres.

(KEMPIS, lib. II, cap. VI.)

Ya he visto con harta pena
Que ayer, alma de mi alma,
Mandaste colgar, Elena,
De tu balcón una palma.

Y, ó la palma no es el título
De una candidez notoria,
O no es cierto aquel capítulo
En que habla de tí la historia.

Pues dicen que hoy imprudente,
Después que la palma vió,
Riéndose maldiciente
Cierto galán exclamó:

—«Mal nuestra honradez se abona
Si nuestras virtudes son
Cual la virtud que pregona
La palma de ese balcón.»—

Bien te hará entender, Elena,
Esta indirecta cruel,
Que ya es pública la escena
Que pasó entre Dios, tú y él.

Pues, al mirarte, embebido,
Dice entre sí el vulgo ruin:
—«Ya hay alientos que han mecido
Las flores de ese jardín.»—

Mas tú niega el hecho, Elena,
Porque en materias de honor,
Antes, el Código ordena,
Ser mártir que confesor.

Aunque á hablar de tí se atrevan,
Siempre será necio intento
Dudar de honras que se llevan
Palabras que lleva el viento.

Da al misterio la verdad;
Que la virtud, en su esencia,
Es *opinión* la mitad,
Y otra mitad *apariencia*.

Palma ostenta, pues es uso;
Que, aunque mentir no es prudente,
Por algo Dios no nos puso
El corazón en la frente.

Nada á confesar te venza,
Que engañar por el honor,
Es en los hombres *vergüenza*,
Y en las mujeres *pudor*.

Y si tu honor duda implica,
No dudes que hay mil que son
Cual la virtud que publica
La palma de tu balcón.

XVIII.

EL CONCIERTO DE LAS CAMPANAS.

(PARA MÚSICA.)

Por un *nacido* allí imploran,
Y aquí por un *muerto* lloran:
Cuando allí tocando están
¡*Din don, din dan!*
Tocan aquí en bronco són:
¡*Din dan, din don!*

Allí un *vivo*, y aquí un *muerto*.
A tan monstruoso concierto,
Labrando mis goces van,
¡*Din don, din dan!*
Su tumba en mi corazón:
¡*Din dan, din don!*

¡Ay, cuán falsamente unida
Va con la muerte la vida!
¡Qué inútil es nuestro afán!
¡Din don, din dan!
¡Qué breves las dichas son!
¡Din dan, din don!

XIX.

GLORIAS PÓSTUMAS.

Á DON NICOMEDES PASTOR DÍAZ, CON MOTIVO DE LA FALSA MUERTE DE UNA AMIGA.

Aun el pesar me asesina
De cuando aquí por muy cierto
Se dijo de Carolina
Que (¡Dios nos libre!) había muerto.
El que menos,
Con ojos de espanto llenos,
«¡Cuánto lo siento!», exclamaba...
Pero ninguno lloraba.
El que se muere, Pastor,
Ó se ausenta,
Es *cero* que olvida amor
En su cuenta.
Los que esperan fe en muriendo,
¡Cuánto yerran!
Bueno ó malo, á lo que entiendo,
Al que se muere lo entierran.

No hay sér que, al «¡Dios le perdone!»
Con que hace al muerto un regalo,
Si es su enemigo, no entone
El *Libera nos á malo.*
Cantan esto
Los que no aman, por supuesto;
Porque los que aman muy bien,
Dicen: *Requiescat... Amén.*
Al que ama y no ama, igual pena
Le acomete,
Exceptuando alguna escena
De sainete.
Premio igual dan y reciben
Los que quieren,
Ya olvidando á los que viven,
Ya enterrando á los que mueren.

Cuando más, los muy leales
Nos recomiendan á Dios
Con dos misas de á *seis reales;*
Total, *cuartos* ciento dos.
Y aun dos misas
No son del todo precisas,
Pues con una solamente
Cubre un hombre el *expediente...*
¿Para qué, ansiando, vivimos
Entre lloro,
Y adquirimos y adquirimos
Oro y oro...
Si al fin un deudo allegado,

Sin gemir,
Entre un mal lienzo hilvanado
Nos enterrará al morir?

«Con tu ausencia y veinte reales,
Un duro mi pecho gana.»
Así calcula sus males
Nuestra condición humana.
¡Maldición
Sobre tan vil condición!
¿No hay más deudos ni parientes
Que las muelas y los dientes?
¡Ay! dí á tu amiga, PASTOR,
Que, si muere,
De nadie gloria ni amor
Nunca espere;
Pues llenando el ataúd
Do le encierran,
Con amor, gloria y virtud,
¡Al que se muere lo entierran!

XX.

VIVIR MURIENDO.

Vivit, et est vitæ nescius ipsæ suæ.
(Ovidio.)

Al nacer me recibieron
La vida y la muerte en brazos;
Y al ver tan opuestos lazos,
Con torva faz prorrumpieron:

—«¿Qué buscas aquí, perdida?»
Dijo á la vida la muerte.
—«¿Nació para tí, por suerte?»
Dijo á la muerte la vida.

—«Dios, á mi eterna morada,»
Responde aquélla, «le envía.»
—«Soy, para entrarle en la mía,»
Dice ésta, «de Dios enviada.»

8

—«Pues vuelva al seno de Dios,
Y su justicia decida
Si es de la muerte ó la vida,»—
Claman á un tiempo las dos.

Y haciendo, audaz cada una,
Presa en el mísero infante,
Lleno de llanto el semblante
Me levanté de la cuna.

Entre ambas camino incierto,
Dudando mi fantasía
Si antes de nacer, vivía,
Ó si es que, al nacer, he muerto.

Los que en la vida fuí dando
Desde mis pasos primeros,
Cual dados en sus linderos
Los fué la muerte contando.

Camino, y en mal tan fuerte,
La mente desvanecida,
Nombra desvelo á la vida,
Y llama sueño á la muerte.

Ponen, con locos empeños,
Mis sufrimientos á prueba,
Desvelos, si el sol se eleva,
Si se alzan las sombras, sueños.

Y así van el alma mía
Sueño y desvelo asediando,
Uno tras otro pasando,
Como la noche y el día.

Si de la vida, por suerte,
El breve término dejo,
Conmigo doy sin consejo
En el confín de la muerte.

Y á veces tan dulces lazos
Forman la muerte y la vida,
Que una en otra confundida,
Van una de otra en los brazos.

¿Si en mi ataúd, por fortuna,
Daré mi primer vagido,
O por fortuna habrá sido
Lecho de muerte mi cuna?

Si he muerto al nacer, por suerte,
¿A qué me asedia la vida?
Y si ésta aun no está cumplida,
¿Por qué me sigue la muerte?

¿A dónde, en tan ciego abismo,
Voy tras de ensueños que adoro,
Tanto, que entre ellos ignoro
Si sombra soy de mí mismo?

¡Sacadme ya, Dios clemente,
De un abismo tan horrendo,
Ó eternamente muriendo,
Ó viviendo eternamente!

XXI.

NADA DE NADA.—NADA POR NADA.

Por cosas de este mundo
Nunca te apures,
Que no hay mal que no acabe,
Ni bien que dure.
(Cantar.)

—*Nada me importa.*—Al sentimiento extraño,
Ni en el bien gozo, ni en los males peno;
Si ahogo en el «*no importa*» el propio daño,
Sepulto en un «*¡paciencia!*» el daño ajeno.
Esperando mi mal, mi bien engaño;
Paso lo malo en aguardar lo bueno;
Y así, el alma en sí misma sepultada,
Da á habido y por haber—*nada de nada.*

—*Me es todo igual.*—Nada el placer me importa,
Ni al hosco aspecto del dolor me irrito.
Si el mal la senda de mi vida acorta,
Prorrumpo sin rencor:—*Estaba escrito.*

Cuando sus iras mi destino aborta,
—*Buen semblante á mal tiempo*,—me repito;
Y así, cerrando á la pasión la entrada,
Grabé en mi corazón:—*Nada por nada.*

—*Nada me importa.*—Que daré no ignoro
Sepulcro al bien y al mal en mi indolencia.
Sé que mi amor han de curar, si adoro,
El tiempo, el gusto, otro placer, la ausencia.
La presunta ilusión templa mi lloro;
Amarga mis delirios la experiencia;
Y de afectos en lid tan encontrada,
Es lema de mi fe:—*Nada de nada.*

—*Me es todo igual.*—Como insaciable hiena
Me hiere el desengaño carnicero,
Pero en mi herida, sin placer ni pena,
Sepulcro doy al universo entero.
¡Oh vida inútil, de pesares llena!
¡Oh estéril mundo, donde el bien no espero!
Pues os debo esta fe desesperada,
—*Nada de nada*—os doy;—*nada por nada.*

XXII.

VAGUEDAD DEL PLACER.

I.

—«Al que antes cumpla su anhelo,
Logrando la dicha extrema
De dar á su sien diadema
Hecha de luces del cielo.»

Así una turba ligera
De niños baja diciendo,
Tocadas del Iris viendo
Las aguas de una pradera.

Siguen el monte esquivando,
Y crece su empeño loco,
En tanto que, poco á poco,
Va el Iris su luz menguando.

Y cuando de su ornamento
Creían la sien orlada,
Vieron su luz disipada
Como fantasma en el viento.

—*¿Cómo es?*—desde el monte erguido
Preguntan cuantos los miran;
Y alzan los ojos, suspiran,
Y les responden:—*¡Ya es ido!*—

—*¡Mentira!*—bajan diciendo
Los que ven clara su lumbre,
Y en tanto ganan la cumbre,
Mustios los otros subiendo.

II.

Porque sus lindos reflejos
Son, al tocarlos, ficciones,
Cual son de cerca ilusiones
Las que venturas de lejos.

El Iris, siempre inconstante,
Se va mostrando inseguro,
A los que bajan, oscuro,
Y á los que suben, brillante.

—*¿Cómo es?*—en ronco alarido
Gritan los antes burlados;
Y los de ahora, extasiados,
Tristes responden:—*¡Ya es ido!*—

—*¡Mentira!*—dicen bajando
Los que poco antes mintieron;
Y á los de abajo se unieron
Prestos el monte esquivando.

III.

Juntos con pueril anhelo
Se agitan con ansia ardiente,
Corriendo de fuente en fuente,
Tras los matices del cielo.

Y todos, dando á cual más
Gusto á su pecho anhelante,
Unos gritan:—*¡Adelante!*
Y los de adelante:—*¡Atrás!*—

Y así, sin orden ni guía,
Aquí y allí discurrieron,
Y ni allí ni aquí le vieron,
Y en todas partes lucía.

Y al verle desvanecido,
Con más vergüenza que enojos,
Vueltos al cielo los ojos,
Exclaman todos:—¡*Ya es ido!!!*—

IV.

Así en eterno cuidado,
Aquí y allí nuestro intento
Corre fugaz por el viento
Tras un placer nunca hallado.

Que el hombre, en su desacuerdo,
Llama, al verle en lontananza,
Si es delante, una esperanza,
Y si es detrás, un recuerdo.

Y aun no marcó en su sentido
El gusto una vana huella,
Cuando, imprecando su estrella,
Suspira y dice: ¡Ya es ido!

XXIII.

ÚLTIMAS ABJURACIONES.

¡Voy á morir! Prenda del alma mía,
Este el centón de mis quimeras es;
Leed, leed, y de la gloria impía
De tanto error abjuraré después.

EL HIJO *(leyendo)*.

—«Cuna de rosas, al nacer, hallamos.»

EL PADRE.

¡Mentira! Abrojos al nacer nos dan.

EL HIJO.

—«Rosas, la vida al comenzar, hollamos.»

EL PADRE.

—*¡Falso! Los pies por entre abrojos van.*

¡Voy á morir! Las bárbaras memorias
Que el fin amargan de mis horas ved:
¡Cúmulo abyecto de entrañables glorias!
Leed, por Dios, y escarmentad; leed.

EL HIJO.

—«Su vida el hombre de ilusiones puebla.»

EL PADRE.

—*¡Ay! Necio error á la ilusión llamad.*

EL HIJO.

—«Huye la edad de la razón cual niebla.»

EL PADRE.

—*¡Horror! ¡Pasad, horas sin fin, pasad!*

¡Voy á morir! De nuestra vida escasa,
Pasa en engaños la primer mitad;
La otra mitad en desengaños pasa:
¡Nunca olvidéis esta cruel verdad!

EL HIJO.

—«¡Triste es dejar del mundo la presencia!»

EL PADRE.

—*¡Mundo, os doy ledo mi postrer adiós!*

EL HIJO.

—«Perece el bienestar con la existencia.»

EL PADRE.

—*¡Muerte, del hombre el bienestar sois vos!*

XXIV.

QUIEN MAS PONE, PIERDE MAS.

Es la constancia una estrella
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Menos le quieren con ella.

Este refrán que te canto,
Tiene, amor mío, tal arte,
Que su verdad á probarte
Con una *conseja* voy.

Fué una niña de quince años
El duende de esta *conseja*,
Y aunque la niña ya es vieja,
Aun dice entre angustias hoy:

Que es la constancia una estrella
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Menos le quieren con ella.

Tuvo la niña un amante
A quien, idólatra, un día,
—Te he de querer—le decía—
Hasta después de morir.

Y si con Dios avenida,
Corta mi aliento la muerte,
Dejaré el cielo por verte.—
Tal dijo, sin advertir

Que es la constancia una estrella
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Menos le quieren con ella.

Murió la niña, y cumpliendo
De su antiguo amor los gustos,
Dejó el país de los justos,
Y al mundo el vuelo tendió;

Y cuando alegre á su amante
Con alas de ángel cubría,
—¿Ves cuál dejé—le decía—

El cielo por tí?—Mas, ¡oh!

Que es la constancia una estrella
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Menos le quieren con ella.

Durmió el ángel á su lado;
Y, de otra esfera anhelante,
Sus alas cortó el amante
Y en ellas al cielo huyó.

Y al encontrarse la niña
Víctima de un falso trato,
Llorando vió que el ingrato,
Subiendo al cielo cantó:

Es la constancia una estrella
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Menos le quieren con ella.

XXV.

ADIÓS PARA SIEMPRE.

Á CAROLINA.

Porque no infiel juzguéis á mi memoria,
Aunque os digo *por siempre* al huir de vos,
La eternamente lamentable historia
Vais á escuchar de mi primer *adiós*.

«Era una niña, como vos, afable,
Lozana, y pura y celestial cual vos.»
¡Quién, al dejar á un sér tan adorable,
Podrá decirle: *¡Para siempre adiós!*

«Partí... y la fama me contó su muerte.»
¡Guárdeos el cielo de su suerte á vos!
Y al recordar su abominable suerte,
Dejad que os diga: *¡Para siempre adiós!*

Pues siempre, herido de dolor tan fiero,
Desde aquel día, como ahora á vos,
A cuantos seres con el alma quiero,
¡*Adiós*, les digo, *para siempre adiós!*

XXVI.

BENEFICIOS DE LA AUSENCIA.

Agur, Irene; hasta cuándo,
No te lo podré decir;
Por Dios que al verme llorando,
Ganas me dan de reir.
¡Quién creyera,
Flor de mi natal ribera,
Que si lloro á los dos pasos,
Me reiré á los tres escasos!
Esto me recuerda, Irene,
Que algún día
Leí contigo una *Higiene*
Que decía
Que, conforme á la experiencia
De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.

Ya te escribiré, mi bien,
Cuantas penas me atormenten,
Aunque, *á ojos que no ven,*
Corazones que no sienten.
¡Qué infinito
Será tu amor... *por escrito!*
Mas dice Santo Tomás
Que *ver y creer*, y no más.
Este refrán no te corra,
Advirtiendo
Que *el tiempo todo lo borra*,
Y sabiendo
Que, conforme á la experiencia
De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.

—¡Qué yertas son las francesas!—
Te diré todos los días;
—¡Qué heladas!—si son inglesas,
Y si italianas,—¡qué frías!—
Y entretanto
Mil y mil serán mi encanto.
¡Ay, cubren tanta ficción
Las alas del corazón!
Hermosa Irene, ten calma;
¿Por qué lloras?
No llores, prenda del alma,
Pues no ignoras
Que, conforme á la experiencia

De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.

Parto por fin, ya amanece;
Adiós, alma de los dos;
Ruega á Dios que no tropiece
Por esos mundos de Dios.
Si hoy te adoro
Con la obstinación de un moro,
Tal vez me ablande mañana
El fuego de otra cristiana.
Sí, que aunque este amor es cierto,
¡Ay! presumo
Que el amor de un *ido* ó un *muerto*,
Siempre es humo;
Pues, conforme á la experiencia
De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.

XXVII.

EL AMOR INMORTAL.

¡Atrás! que ya los altares
Velan las sombras profanas;
Y al vulgo de estos lugares,
Lo llaman á sus hogares
Con su oración las campanas.

¡Atrás! y no en loco tema
Traigas, revuelta en la falda,
Símbolo de tu fe extrema,
Esa florida guirnalda
De tus amores emblema.

Torna, loca, á tu alquería,
Porque si bien lo contemplo,
Es necio, por vida mía,
Dejarme así cada día
Lleno de hierbas el templo.

—He de ver su sepultura,
Pese á sus iras crueles,
Pues bien nos predica el cura
Que nunca el Dios de la altura
Cierra su casa á los fieles.

—Así te azucen traidores
Alguna vez sus mastines,
Por tus ofrendas de amores,
Los dueños de los jardines
En donde robas las flores.

Y pues que en tal desacierto
Sigues con cordura poca,
Quédate ahí; y ten por cierto
Que gana muy poco un muerto
Con la oración de una loca.—

¡Cuitada, que en su quebranto
No halla en la tierra consuelo,
Lo busca en el cielo santo,
Y sordo también el cielo
Las puertas cierra á su llanto!

Huye, niña, que á esa puerta,
Entre nocturnos reflejos,
Pareces ya de una muerta
La sombra que vaga incierta
Llorando gustos añejos.

Huye, que de amor ajena,
Como á imagen de la muerte,
Llamándote *el alma en pena*,
De horror la comarca llena
Cierra las puertas al verte.

¡Pobre loca, que en su intento,
Sin que de su afán se corra,
Ama con ardor violento
Memorias que el tiempo borra,
Cenizas que lleva el viento!

¡Oh, muy loca es quien no ha oído,
Porque escarnecerla puedan,
Que en este mundo fingido
Sólo pagan con olvido
A los que van, los que quedan!

XXVIII.

BUENAS COSAS MAL DISPUESTAS.

EPÍSTOLA Á EMILIA.

(SÁTIRA CONTRA EL GÉNERO HUMANO.)

Verdadera miseria es vivir en la tierra. Cuanto el hombre quiere ser más espiritual, tanto le será más amarga la vida; porque siente mejor, y ve más claro los defectos de la corrupción humana.

(KEMPIS, lib. I, cap. XXII.)

INTRODUCCIÓN.

Del hombre, Emilia, las virtudes canto,
Aunque al hombre al cantar, siempre sin calma,
Cayendo está sobre mi risa el llanto.

Dicen que lleva la moral la palma
Con el físico el alma comparando;
Mas tan ruin como el cuerpo tiene el alma.

Perdonad mi opinión los que llamando
Al hombre la mejor de las conquistas,
Un culto le rendís; ¡culto nefando!

Hablo con vos, ilusos moralistas;
Con vos, factores de virtudes, hablo,
Que en el hombre miráis cosas no vistas.

Vos, alzando un aurífero retablo,
Ponéis al hombre en preeminente nicho,
Siendo digno de altares como el diablo.

Vos, que le amáis por bárbaro capricho,
Sois, su hipócrita instinto disculpando,
Más hipócritas que él: lo dicho, dicho.

Vos, al hombre en vosotros adorando,
Vivís, amantes de vosotros mismos,
La humanidad falaces incensando.

¡Huid, con tan revueltos silogismos,
A la luz con que alumbro, temerario,
Del corazón los múltiples abismos!

Derrocad por pudor vuestro escenario,
Ó, agitado á mi voz el pueblo, arguyo
Que os romperá en la frente el incensario.

Mas ya de vos, sin ahuyentaros, huyo,
Porque altivo desprecio á los histriones,

Y en santa paz mi introducción concluyo:

Cuando, cual don de sus mejores dones,
Dios hizo al hombre, le adoptó por hijo,
Y en su afán le colmó de bendiciones.

Y en cuanto al hombre su Señor bendijo,
—Si ennobleces con esto tu existencia,
Serás mi sér más predilecto,—dijo.

Y en prueba de inmortal munificencia,
Echó á sus pies con paternal contento
La *fe*, el *amor*, la *gloria*, la *conciencia*,
El *honor*, la *virtud*, el *sentimiento*.

I.

EL SENTIMIENTO.

¿Qué dirás que hizo el hombre, aun inocente,
Al verse de virtudes opulento?
(No te rías, Emilia.) Lo siguiente:

Al *sentimiento* se acercó al momento,
Y echando al corazón en hora mala,
Se colocó en la *piel* el *sentimiento*.

La aprensión, vive Dios, no fué tan mala,

Porque en su alma el dolor jamás se ceba,
Pues siempre fácil por su piel resbala.

Así el dolor de la más triste nueva,
Si un aire se lo trae, cuando pasa,
Otro aire, cuando pasa, se lo lleva.

Y así el alma, en sentir, es tan escasa,
Cuando antes por la piel el *sentimiento*
Con ímpetus brutales no traspasa.

¡Ay! ¡Por eso se olvidan al momento
El muerto padre, que á llorar provoca,
La ausencia de un amigo, y de otros ciento!

Y así al alma en su fondo nunca toca,
La lumbre de unos ojos que se inflaman,
El regalado aliento de una boca.

Y por eso nunca oye á los que le aman,
Cuando, con voces de dolor gimiendo,
Del corazón contra las puertas llaman.

Y solamente con la *piel* sintiendo,
El hombre vil con corazón vacío
(De golpes y estocadas prescindiendo),
Sólo le afectan el calor y el frío.

¿Lo has oído, bien mío?
¡Sólo le afectan el CALOR *y el* FRÍO.

II.

LA CONCIENCIA.

El hombre, por su infamia ó su inocencia,
Se puso en el *estómago*, y no es broma,
La augusta cualidad de la *conciencia*.

Por su *conciencia* el hambre á veces toma,
Y por eso en el hombre nadie extraña
Que su deber olvide porque coma.

¡El alma enciende en implacable saña
Ver la *conciencia* á la opresión expuesta
De un atracón de trufas y Champaña!

¡En alta voz mi corazón protesta
Contra esta rectitud del hombre fiero,
Puesto que de él la rectitud es esta!

¿Quién espera en la fe de un caballero,
Si otro contrario regaló su panza
(Hablo siempre en metáfora) primero?

¿Quién verá sin impulsos de venganza
Qué un cuarterón de... (cualquier cosa) inclina
De la justicia la inmortal balanza?

¡Mísera humanidad, á quien domina
Ya de una poma la frugal presencia,
Ya el aspecto vulgar de una sardina!

Jamás un noble escucha con paciencia
Que llame á su despensa, algún ricacho,
General tentación de la conciencia.

¿A qué alma sin doblez no causa empacho
Ver que el hombre, honrosísimas cuestiones
Las reduce á cuestiones de gazpacho?

Decid, ¡oh diplomáticos varones!
Los muchos tratos que hacen y deshacen
Pechugas de perdices y pichones.

El hambre ó el interés deshacen ó hacen
Cuanto ofrece aumentar nuestra opulencia,
Pues como dicen los que pobres nacen:
«El *hambre* es quien regula la *conciencia.*»

Añade á tu experiencia:
Que el hambre es quien regula la conciencia.

III.

EL HONOR.—LA VIRTUD.

VIRTUD y HONOR, Emilia, y no te asombre,
Puso el hombre en la *lengua*, y por lo mismo
De *honor* y de *virtud* tanto habla el hombre.

De su *virtud* y *honor* el heroísmo
Pondera altivo, hablando y más hablando,
Silogismo añadiendo á silogismo.

Siempre al hombre más vil verásle alzando
Un pedestal donde su honor se ostente,
Las frases con las frases combinando.

Rico ó pobre, el mortal eternamente
Llama á su honra *el amor de sus amores;*
¡Maldito charlatán, y cuánto miente!

Jamás á la *virtud* faltan loores
De las doncellas en la linda boca,
Cráter que el Mayo coronó de flores.

Hay tanta lengua que el *honor* evoca,
Que, ya ofuscada mi razón, no explico
Si á risa, á llanto, ó á indignación provoca.

Perpetuamente en expresiones rico,
¡Qué hermoso fuera el hombre si tuviese
Las entrañas tan bellas como el pico!

En general, si hay uno que os confiese
Que es la virtud su solo patrimonio,
Bien podéis exclamar: «¡Qué pobre es ése!»

Ó buscad de su *honor* un testimonio;
Veréis que por dos cuartos... (y son caras)
Su *honra* y su *virtud* se las vendió al demonio.

Pues como dijo el Padre Notas-Claras
(Que era un fraile muy sabio, por más mengua):
—Salvo alguna excepción (que son muy raras),
No hay *honor* ni *virtud* más que en la lengua.—

¿Lo has entendido? ¡Oh mengua!
¡No hay honor ni virtud más que en la lengua!

IV.

EL AMOR.

¿Qué hizo el hombre,—dirás, Emilia bella,
—Con la llama de Amor?—¡Ay!! el idiota
La torpe sangre se inflamó con ella.

Y así, de *amor* si el huracán azota,
Por sus entrañas circulando ardiente,
El torpe incendio á los sentidos brota.

Lleva el *amor* su antorcha diligente
Por aldeas, por villas y por plazas,
De nación en nación, de gente en gente.

Diablo es *amor* de angelicales trazas
Que, estirpes con estirpes confundiendo,
Las razas asimila con las razas.

Ora hacia el lecho conyugal corriendo,
De alta estirpe pervierte al tronco honrado
De un ruin árbol el germen ingiriendo.

Ora, en traje modesto disfrazado,
La inocencia sorprende en la cabaña,
De mirtos y de rosas coronado.

Ya con infame ardor montando en saña,
La augusta luz de la imperial diadema
Con niebla eterna el deshonor empaña;

Y en el furor de su ilusión extrema,
Con vil incesto ignominiosamente
El santo hogar donde nacimos quema.

Pasa, gozada una pasión ardiente,
¡Oh fútil brillo de la gloria humana!

Como todos los goces, de repente.

Y hasta los fuegos que tu pecho emana,
Mañana acabarán, Emilia mía;
¡Sí, Emilia mía; acabarán mañana!

El más seguro *amor* que el cielo envía,
Entre el montón de los recuerdos vaga,
Después que pasa un día y otro día.

¡Es triste que el *amor*, que tanto halaga,
Se extinga, no apagándolo, en pavesas,
Ó en cenizas se extinga, si se apaga!

Mas, pese á las promesas más expresas,
Muere el *amor* más tierno confundido
Entre cartas y dijes y promesas.

Y á llegar fácilmente reducido
Al término infalible de la muerte,
En ceniza ó en pavesas convertido,
Fuego es *amor* que en aire se convierte.

Advierte, Emilia, advierte:
¡Fuego es amor que en aire se convierte!

V.

LA FE.—LA GLORIA.

La bribonada, Emilia, ó la simpleza,
Cometió el hombre de poner FE y GLORIA
Donde está la locura, en la cabeza.

Por eso en nuestra mente transitoria
La *fe*, que muchos con placer veneran,
Es tan fútil cual rápida memoria.

Y aunque se indignen los que en ella esperan,
La *gloria* es sueño; ¡oh! sí, simple embeleso,
Sombra, ilusión, ó lo que ustedes quieran.

¡A cuánto exceso arrastra, á cuánto exceso,
Ese tropel de imágenes que créa
La propiedad fosfórica del seso!

¡Por la *gloria* el mortal llegar desea
A la inmortalidad! ¡Nombre rotundo!
¡Buen lugar para el tonto que lo crea!

Por la *fe*, en este piélago profundo,
Mil cosas aguardamos tras la losa;
¡Oh esperanza dulcísima del mundo!

Y sólo por la *gloria*,—AQUÍ REPOSA,—
Grabamos en sonoras expresiones,
—DON FULANO DE TAL, QUE FUÉ TAL COSA.—

Y por más que en tan vagas emociones
Su existencia malgasta con empeño
(Su destino es correr tras de ilusiones),
Gloria y *fe* para el hombre son un sueño.

No lo olvides, mi dueño:
¡*Gloria y fe para el hombre son un sueño*!

CONCLUSIÓN.

Ya que mi atroz prolijidad lamentas,
Voy, Emilia, á decir, por consiguiente,
Lo que es el hombre en resumidas cuentas:

Ahoga el *interés* primeramente
Su *honor* y su *virtud*, su *fe* y su *gloria*;
Y con *frío* y *calor* tan sólo siente.

En fin, porque ya abrumo tu memoria,
De las virtudes lloraré la ausencia,
Pues mi pasión por ellas te es notoria.

¡FE, SENTIMIENTO, AMOR, HONRA Y CONCIENCIA,
Pues se os desprecia, abandonad el suelo,
Ensueños de mi cándida inocencia!

¡Tornad, fuentes del bien, tornad el vuelo,
Para castigo de la humana gente,
A vuestra patria natural, el cielo!

¡Gloria y virtud! yo os juro tiernamente
Que, al alejaros, desgarráis atroces
El corazón donde os guardé inocente.

¡Huid á mi pesar, huid veloces,
Leves emblemas del orgullo humano,
Sonoros ecos de proscritas voces!

¡Adiós! Y, por dar fin, bésoos la mano,
Pues ya me llena de mortal despecho
La convicción de que predico en vano.

Que á ahogar el hombre sus virtudes hecho,
Sólo le han de afectar, á pesar mío
(Por Dios, que este final desgarra el pecho),
Calor, hambre, interés, amor ó frío...

Apréndelo, bien mío:
¡Calor, hambre, interés, amor ó frío!...

XXIX.

¡AY DEL QUE NACE Ó MUERE!

—¡Adiós por siempre, hijo del alma mía!—
Un triste anciano al espirar clamaba;
Y el tierno infante que su sien besaba,
—¡Adiós por siempre!—el infeliz decía.
Vertió el viejo la lágrima postrera,
Y vertió la primera el niño en tanto;
Y confundidas última y primera,
Símbolo fueron de su igual quebranto.
¿Cuál lágrima, decid, en mal tan fuerte,
Del corazón brotó más dolorida?
¿La del que el mal primero halló en la vida,
Ó la de aquel que un bien halló en la muerte?...

XXX.

HISTORIA DE UN AMOR.

Pero, si alcanza lo que deseaba, siente luégo pesadumbre por el remordimiento de la conciencia que siguió á su apetito...
(KEMPIS: Imitación de Cristo, libro I, cap. VI.)

I.

DESEO.

—Román, tu ciencia es incierta;
Me ha dicho quien bien lo sabe
Que es la pureza una llave
Que abre del cielo la puerta.

—Victoria, por Dios, ahora
De la juventud gocemos,
Porque, después que espiremos,
Lo que ha de pasar se ignora.

—No gozo por no penar.
—Pues es igual, á mi ver,
Gozar para padecer
Que padecer por gozar.

Si Dios nos cierra su gloria,
En el infierno, algún día,
Será inmortal, alma mía,
De este placer la memoria.

Porque un recuerdo tan fuerte,
De tan grande bienandanza,
Traspasa, cual la esperanza,
Los límites de la muerte.

Hoy mis deseos coronas
Del favor más soberano,
Con esta trémula mano
Que en tu embriaguez me abandonas.

Deja que en ansia tan loca
Una mi frente á tu frente,
Porque me ahoga el ambiente
Que no perfuma tu boca.

Pon en tu blando extravío,
Para calmar mis antojos,
Tus ojos junto á mis ojos,
Tu corazón junto al mío.

II.

PLACER.

Es imposible, Victoria,
 Que haya un tormento
Que me haga olvidar la gloria
 De este momento.
No; quien dicha tan cumplida
 A ver llegó,
Ni en la eternidad la olvida.
 —*¡Ay, no! ¡Ay, no!*—

Mi sér de tu sér recibe
 Mutuos placeres;
Y, pues uno en otro vive,
 Nuestros dos seres,
En tan dulce parasismo,
 ¿No es cierto, dí,
Que son partes de un sér mismo?
 —*¡Ay, sí! ¡Ay, sí!*—

Si cuestan horas serenas
 Penas sin cuento,
Vale un infierno de penas
 Este momento.
Dí si en tu virtud pasada
 Tu alma encontró

Satisfacción más colmada.
—*¡Ay no! ¡Ay, no!*—

Modera tu ardor, querida,
Por un instante,
Que no hay deleite en la vida
Más adelante...
¡Victoria!—¡Román!—La muerte
A mí—y á mí
—Hállenos ¡ay! de esta suerte.
—*¡Ay, sí! ¡Ay, sí!*—

III.

HASTÍO.

¡Pasó! La hiel de un repugnante hastío,
Ya en tu indolencia paladeando vas;
Jamás mi fe te pagará, bien mío,
Ese rubor que devorando estás.
—¿Jamás?
—*¡Jamás!*

¡Pasó! Yo he abierto el insondable abismo
Do tu inocencia sepultando irás:
El placer es verdugo de sí mismo;
Jamás el gusto sin dolor verás.
—¿Jamás?
—*¡Jamás!*

¡Pasó! Por culpa de un fugaz contento
Siendo ludibrio de tí misma estás:
Ya el puñal de un atroz remordimiento
¡Perdón! *jamás* lejos de tí verás.
—¿Jamás?
¡*Jamás*, paloma sin candor, *jamás!*...

XXXI.

PORVENIR DE LAS ALMAS.

Á R..., EN LA MUERTE DE SU HIJA.

Si de vuestra hija fué estrella
Dar tan niña el alma á Dios,
¡Ay, feliz mil veces vos!
¡Dichosa mil veces ella!
Pues ya huella
Las celestiales alturas,
No halle en vos nunca lugar
El pesar,
Por que para almas tan puras
Morir es resucitar.

¿Para qué lloráis perdida
Esa prenda de amor tierno,
Si por un lugar *eterno*
Dejó un lugar de *partida*?

Si es la vida
Cáos de dudas y penas,
¿Quién la muerte, al que bien quiere,
No prefiere,
Si el que vive, vive apénas,
Y resucita el que muere?

Siempre, llena de consuelo,
Viendo á un sér puro sin vida,
La multitud, de fe henchida.
Prorrumpe:—¡Angeles al cielo!—
Ni ¿á qué duelo
Es mostrar, cuando la carga
De la existencia maldita
Dios nos quita,
Si tras de una vida amarga,
Muriendo se resucita?

No dé á vuestra alma afligida
La más leve pesadumbre
Esa negra incertidumbre
Del *más allá* de la vida.
Si es mentida
La fe de ulterior solaz,
Al menos, los que viviendo
Van gimiendo,
En otro mundo de paz
Resucitarán muriendo.

Ya habita, aunque el desconsuelo

Os haga implacable guerra,
Un *triste* menos la tierra,
Y un *dichoso* más el cielo.
De su vuelo
Iréis vos, muriendo, en pos,
Si á Dios dais en implorar
Sin cesar,
Pues para justos cual vos
Morir es resucitar.

XXXII.

TODOS SON UNOS.

I.

Voy á contaros la historia
De una entrañable pasión,
Aunque se haga, á su memoria,
Pedazos mi corazón.

Que hay historias que, aunque pasan,
Por siempre, á nuestro despecho,
Los ojos en llanto arrasan,
Y ayes arrancan del pecho.

Pues siempre entre las pasiones
Hay una á cuyos reveses
Se agostan las ilusiones
Como al estío las mieses.

Cuento la historia querida
De esa pasión desgraciada
Que, aunque amarga nuestra vida,
Sin ella la vida es nada.

Pues tras de ese amor tan tierno,
Siempre queda en la memoria
Todo el dolor del infierno,
Todo el placer de la gloria.

No hay mortal afortunado,
Para quien la triste idea
De un buen querer mal pagado,
Eterno dogal no sea.

Si la mujer con rigores
Paga tan tiernos quereres;
Si es tan cruda en sus amores,
Hombres, *¡lo que son mujeres!*

II.

Pues cuento de amor historias,
Copiaré letra por letra
El libro en que sus memorias
Grababa la hermosa Petra.

Después de amar con locura,
Tuvo de morir la suerte;
Que hay males que sólo cura
El bálsamo de la muerte.

Petra, cual dije al principio,
Su historia dejó al mundo hecha,
Y en ella hasta el menor ripio
Es para el alma una flecha.

Pues no hay sensible lectora
Que, al repasar sus anales,
Si á todo llorar no llora,
No exclame:—Aquí de mis males.—

Pues llega en ella á hacer ver,
De su ciencia en testimonio,
Que es un *ángel* la mujer,
Y que es el hombre un *demonio*.

Y después que al hombre injuria
Con frases por el estilo,
De este modo el *ángel-furia*
Coge de su historia el hilo:

—Que no hay fe en hombres contemplo—
(Prosigue la hermosa Petra),
—Y son de esto buen ejemplo,
Pablo, Juan, Luis, Diego...—etcetra.

De esta manera injuriando
Sigue nombres tras de nombres,
Y al fin concluye esclamando:
Mujeres, *¡lo que son hombres!*

III.

Si á los dos sexos igualo,
Es porque infiero con pena
Que, si es el hombre *algo malo*,
Es la mujer *no muy buena*.

Donde las toman, las dan,
Asienta un refrán de amor;
Y cual dice otro refrán,
A un pícaro, *otro mayor*.

A buena fe, *mala* fe;
A un *adelante*, un *arredro*;
Quien más mira menos ve;
Tan bueno es Juan como Pedro.

Con cuyos versos, acaso
Probar á los hombres plugo
Que el que es *víctima* en un paso,
En otro paso es *verdugo*.

Por eso sé que, al que falso
A una mujer asesina,
Le han de servir de cadalso
Las rejas de otra vecina.

Y la que dice—no quiero,—
Cuando *amor* la canto amante,
Sé que amará á otro coplero,
Aunque *epitafios* la cante.

Porque esta es la ley más triste
Que impone amor justiciero:
«*Cuando quise, no quisiste,*
Y ahora que quieres, no quiero.»

Pues hombre y mujer son seres
Con fe igual y varios nombres,
Hombres, *¡lo que son mujeres!*
Mujeres, *¡lo que son hombres!...*

XXXIII.

PROXIMIDAD DEL BIEN.

En el tiempo en que el mundo informe estaba,
Creó el Señor, cuando por dicha extrema
El paraíso terrenal formaba,
Un fruto que del mal era el emblema,
Y otro fruto que el bien simbolizaba.

Del miserable Adán al mismo lado
El Señor colocó del bien el fruto;
Pero Adán nunca el bien halló, ofuscado,
Porque es del hombre mísero atributo
Huir del bien, del mal siempre arrastrado.

El fruto que del mal el símbolo era
Puso Dios escondido y muy lejano;
Pero Adán lo encontraba donde quiera,
Abandonando en su falaz quimera,
Por el lejano mal, el bien cercano.

¡Ah! siempre el hombre en su ilusión maldita
Su misma dicha en despreciar se empeña,
Y al seguirla tenaz, tenaz la evita,
Y aunque en su mismo corazón palpita,
¡Lejos, muy lejos, con afán la sueña!...

XXXIV.

PLACERES TRISTES.

Que te admire no es justo,
Si á bostezar empiezas,
La turba que á admirarte va al teatro.
¿Quién ha de ver con gusto,
Que pertinaz bostezas
Una vez, y otra vez, y tres y cuatro?
¡Ay, prenda que idolatro,
Ahora sé, á pesar mío,
Que es el placer la fuente del hastío!

Si el ver tantos galanes
Tu bostezo provoca,
¿Qué haras cuando estés sola, Rosalía?

No juzgué, voto á Sanes,
Tan inmensa esa boca
Que ha poco me llamaba: «vida mía.»
¡Cuánta razón tenía
Quien dijo sabiamente
Que son los goces del hastío fuente!

En tus ojos serenos
Hoy se ve una zozobra
Que ya la bilis de tu madre exalta.
¿Qué echas de más ó menos?
¿Es tu madre quien sobra?
¿Soy yo (¡quiéralo Dios!) lo que te falta?
¿Por qué el dolor te asalta?
¿Será cierto, bien mío,
Que es el placer la fuente del hastío?

Desde... (ya tú me entiendes),
Yo también, Rosalía,
Con honda pena ¡ay de mí triste! lidio.
¡Cómo en rubor te enciendes!
¡Llora, sí, vida mía,
Después de tanto amor, tanto fastidio!
Lloremos (pese á Ovidio),
Aunque mi amor lo siente,
¡Que son los goces del hastío fuente!

Si el placer que gozamos
Nuestras almas abisma
En un fiero dolor que nos devora,

Tras la virtud corramos,
Pues tan sólo á sí misma
Eternamente la virtud se adora.
¡Oh, mal haya la hora
En que aprendí, bien mío,
Que es el placer la fuente del hastío!

XXXV.

LA DICHA ES LA MUERTE.

¡Sarcasmo ruin de la suerte
Para el alma dolorida,
No ver hermosa la vida,
Sino al dintel de la muerte!
(E. FLORENTINO SANZ.)

I.

—¡Niño! á quien guarda el maternal cuidado,
Pues que mi pecho tras la dicha va,
Tal vez la dicha encontraré á tu lado.

LA MADRE.

—¡Llorando el niño entre mi seno está:
Id más allá!...

II.

—¡Hermosas! solo, en extranjera tierra,
Prestadle dicha á quien tras ella va,
Pues tantas dichas vuestro amor encierra.

LAS HERMOSAS.

—¡Triste del sér que idolatrando está:
Id más allá!

III.

—¡Magnates! hoy vuestra piedad imploro;
Loco mi pecho tras la dicha va;
Si el oro da la dicha, prestadme oro.

LOS MAGNATES.

—¡Ved que amagándoos el puñal está:
Id más allá!

IV.

—¡Ancianos! presa de infernal batalla
Mi pecho en pos de la ventura va,
¿Ni al borde mismo de la tumba se halla?

LOS ANCIANOS.

—¡Ni al borde mismo de la tumba está:
Id más allá!...—

FIN DE LA PRIMERA ÉPOCA.

DOLORAS.

SEGUNDA PARTE.

DOLORAS.

XXXVI.

LA OPINIÓN.

Á MI QUERIDA PRIMA, JACINTA WHITE DE LLANO,
EN LA MUERTE DE SU HIJA.

¡Pobre Carolina mía!
¡Nunca la podré olvidar!
Ved lo que el mundo decía
Viendo el féretro pasar:

Un clérigo.—Empiece el canto.
El doctor.—¡Cesó el sufrir!
El padre.—¡Me ahoga el llanto!
La madre.—¡Quiero morir!

Un muchacho.—¡Qué adornada!
Un joven.—¡Era muy bella!
Una moza.—¡Desgraciada!
Una vieja.—¡Feliz ella!

—¡Duerme en paz!—dicen los buenos.
—¡Adiós!—dicen los demás.
Un filósofo.—¡Uno menos!
Un poeta.—¡Un ángel más!

XXXVII.

¡QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR!

I.

—Escribidme una carta, señor Cura.
—Ya sé para quién es.
—¿Sabéis quién es, porque una noche oscura
Nos visteis juntos?—Pues.

—Perdonad; mas...—No extraño ese tropiezo.
La noche... la ocasión...
Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo:
Mi querido Ramón:

—¿Querido?... Pero, en fin, ya lo habéis puesto...
—Si no queréis...—¡Sí, sí!
—¡*Qué triste estoy!* ¿No es eso?—Por supuesto.
—¡*Qué triste estoy sin tí!*

Una congoja, al empezar, me viene...
—¿Cómo sabéis mi mal?...
—Para un viejo, una niña siempre tiene
El pecho de cristal.

¿Qué es sin tí el mundo? Un valle de amargura.
¿Y contigo? Un eden.
—Haced la letra clara, señor Cura;
Que lo entienda eso bien.

El beso aquel que de marchar á punto
Te dí...—¿Cómo sabéis?...
—Cuando se va y se viene y se está junto,
Siempre... no os afrentéis.

Y si volver tu afecto no procura,
Tanto me harás sufrir...
—¿Sufrir y nada más? No, señor Cura,
¡Que me voy á morir!

—¿Morir? ¿Sabéis que es ofender al cielo...
—Pues, sí, señor, ¡morir!
—Yo no pongo *morir*.—¡Qué hombre de hielo!
¡Quién supiera escribir!

II.

¡Señor Rector, señor Rector! en vano
Me queréis complacer,
Si no encarnan los signos de la mano
Todo el sér de mi sér.

Escribidle, por Dios, que el alma mía
Ya en mí no quiere estar;
Que la pena no me ahoga cada día...
Porque puedo llorar.

Que mis labios, las rosas de su aliento,
No se saben abrir;
Que olvidan de la risa el movimiento
A fuerza de sentir.

Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
Cargados con mi afán,
Como no tienen quien se mire en ellos,
Cerrados siempre están.

Que es, de cuantos tormentos he sufrido,
La ausencia el más atroz;
Que es un perpetuo sueño de mi oído
El eco de su voz...

Que siendo por su causa, el alma mía
¡Goza tanto en sufrir!...
Dios mío, ¡cuántas cosas le diría
Si supiera escribir!...

III.

EPÍLOGO.

—Pues señor, ¡bravo amor! Copio y concluyo:
A don Ramón... En fin,
Que es inútil saber para esto arguyo
Ni el griego ni el latín.—

XXXVIII.

AMAR AL VUELO.

Á LA NIÑA ASUNCIÓN DE ZARAGOZA Y DEL PINO.

I.

Así niña encantadora,
Porque tus gracias no roben
Las huellas que el tiempo deja,
Juega como niña ahora,
Como niña cuando joven,
Como joven cuando vieja.
Por mis muchos desengaños,
Te ruego, Asunción querida,
Que ames mientras tengas vida
Como amas á los seis años.
Justamente, de ese modo;
Amando desamorada;

Así, no queriendo nada,
Esto es, queriéndolo todo;
Anhelante y sin anhelo,
Ya resuelta, ya indecisa,
Pasa de la risa al duelo,
Pasa del duelo á la risa;
Así, de prisa, de prisa;
Todo *al vuelo*, todo *al vuelo*.

II.

Sé amorosa y nunca amante;
Lleva á la vejez tu infancia;
Sé constante en la inconstancia,
Ó en la inconstancia constante;
Que en amor creen los más duchos,
Contra los que son más locos,
Que en vez de los pocos muchos,
Valen más los muchos pocos;
Y cuando tu labio bese,
Que formule un beso insápido,
Inerte, estentóreo y rápido...
Pues, así, lo mismo que ese.
Nunca beses como loca,
Besa como una loquilla;
Jamás... jamás en la boca,
Siempre, siempre en la mejilla;

Ten presente que la abeja,
Queriendo entrañar la herida,
La desventurada deja
Entre la muerte la vida.

III.

¡Sí! si lo mismo que hoy eres
La hermosa entre las hermosas,
Ser, mientras vivas, quisieres
Dichosa entre las dichosas,
Tal ha de ser tu divisa:
Amar muy poco y de prisa,
Como hacen las mariposas;
Aunque no importa realmente
Que ames infinitamente,
Si amas infinitas cosas.

IV.

Son tan cuerdos mis consejos,
Que me atreveré á jurarte
Por mis ojos que, aunque viejos,
Aun, Asunción, al mirarte,

Aspiran á ser espejos,
Que aplicando estos consejos
A mi vejez, todavía
Pienso curar, hija mía,
De mi corazón las llagas;
Llagas ¡ay! que no tendría,
Si yo hubiera hecho algún día
Lo que te aconsejo que hagas.

V.

Para ver si es verdadero
Lo que un apóstol revela,
—Que lo fijo es pasajero,
Que sólo es real lo que *vuela*,—
Tiende el rostro, hermosa niña,
Como ese cielo sereno,
Ya al cielo, ya á la campiña,
Y verás de una mirada
Que es lo más rico ó más bueno
Lo que vuela ó lo que nada,
Como la espuma en los mares,
En el cielo los fulgores,
El incienso en los altares,
En los árboles las flores,
Los celajes en el viento,
En el viento los sonidos,
La vida en nuestros sentidos,
Y en la vida el pensamiento.

VI.

Sigue el plan á que te exhorto,
Amando *al vuelo*; hazte cargo
Que el viaje es largo, ¡muy largo!...
Y el tiempo corto, ¡muy corto!...
Sé ligera, no traidora;
Sopla el fuego que no abrasa;
Quiere, como el que no quiere;
Sea siempre como ahora,
Tu llanto, nube que pasa,
Tu risa, luz que no muere;
Ama mucho, mas de modo
Que estés siempre enamorada
De un cierto todo que es nada,
De un cierto nada que es todo.
Si ríes, olvida el duelo;
Si lloras, pasa á la risa;
Así... de prisa, de prisa;
Todo *al vuelo*, todo *al vuelo*.

XXXIX.

EL BESO

Mucho hace el que mucho ama.
(Kempis, lib. I, cap. XV.)

I.

Me han contado que al morir
Un hombre de corazón,
Sintió, ó presumió sentir,
En Cádiz repercutir
Un beso dado en Cantón.
¿Que es imposible, Asunción?...
Veinte años hace que dí
El primer beso ¡ay de mí!
De mi primera pasión...
¡Y todavía, Asunción,
Aquel frío que sentí
Hace arder mi corazón!

II.

Desde la ciega atracción,
Beso que da el pedernal,
Subiendo hasta la oración,
Ultimo beso mental,
Es el beso la expansión
De esa chispa celestial
Que inflamó la creación,
Y que en su curso inmortal
Va de crisol en crisol
Su intensa llama á verter
En la atmósfera del sér
Que de un beso encendió el sol.

III.

De la cuna al ataúd
Va siendo el beso, á su vez,
Amor en la juventud,
Esperanza en la niñez,
En el adulto *virtud*,
Y *recuerdo* en la vejez.

IV.

¿Vas comprendiendo, Asunción,
Que es el beso la expresión
De un idioma universal
Que, en inextinto raudal,
De una en otra encarnación
Y desde una en otra edad,
En la mejilla es *bondad*,
En los ojos *ilusión*,
En la frente *majestad*,
Y entre los labios *pasión?*

V.

¿Nunca se despierta en tí
Un recuerdo, como en mí,
De un amante que se fué?...
Si me contestas que sí,
Eso es un beso, Asunción,
Que en alas de no sé qué,
Trae la imaginación.

VI.

¡Gloria á esa oscura señal
Del hado en incubación,
Que es el germen inmortal
Del alma en fermentación,
Y á veces trasunto fiel
De todo un mundo moral;
Y si no, dígalo aquel
De entre el cual y bajo el cual
Nació el alma de Platón!

VII.

¡Gloria á esa condensación
De toda la eternidad,
Con cuya tierna efusión
A toda la humanidad
Da la paz, la religión;
Con la cual la caridad
Siembra en el mundo el perdón;
Himno á la perpetuidad,
Cuyo misterioso són,
Sin que lo oiga el corazón,
Suena en la posteridad!

VIII.

¿Vas comprendiendo, Asunción?
Mas por si acaso no crees
Que el beso es el conductor
De ese fuego encantador
Con que este mundo que ves
Lo ha animado el Criador...
Prueba á besarme, y después
Un beso verás cómo es
Esa copa del amor
Llena del vital licor
Que en el humano festín,
De una en otra boca, al fin
Llega, de afán en afán,
A tu boca de carmín
Desde los labios de Adán.

IX.

Prueba en mí, por compasión,
Esa clara iniciación
De un oscuro porvenir;
Y entonces, bella Asunción,

Comprenderás si, al morir,
Un hombre de corazón
Habrá podido sentir
En Cádiz repercutir
Un beso dado en Cantón.

XL.

LO QUE ES ETERNO.

DEDICADA AL CONDE DE SAN LUIS CON MOTIVO DE LA FUNDACIÓN DEL TEATRO ESPAÑOL.

I.

LA INTELIGENCIA.

Pasan un siglo y cien, el tiempo pasa
Como Escita que mata á la carrera;
Verdugo y creador, en cuanto impera,
Lo humilde encumbra, y lo soberbio arrasa.

La vida el tiempo á cuanto existe tasa,
Mas, siempre inútil, su guadaña fiera
Sobre el grande Platón, era tras era,
Con excusado afán pasa y repasa.

Y es que la idea que en los cielos flota,
Fija cual Dios, como de Dios esencia,
Del tiempo móvil la guadaña embota.

Por eso, al declinar de la existencia,
De entre las ruinas de los mundo brota,
Crisálida inmortal, la inteligencia.

II.

LA VIRTUD.

Penélope es el tiempo, que hoy se afana
En destejer la vida ayer tejida;
No hay en el mundo edad que un sol no mida,
Ni hay un sol que resista á algún mañana.

Solo del tiempo en la extensión lejana
Sobrenada de Sócrates la vida;
Que es bella espuma la virtud, salida
Del Océano de la vida humana.

Y es que de la virtud el santo anhelo
Burla del tiempo la eternal victoria,
Sobre cuanto hay mortal alzando el vuelo.

Por eso, como esencia de la gloria,
Va cual perfume embalsamando el cielo
Sagrada eflorescencia de la historia.

III.

EL TEATRO.

El tiempo, ese Saturno cuya saña
Se goza en devorar sus creaciones,
Jamás en sus sangrientas irrupciones
Tu templo arrasará, gloria de España.

No estirpará del tiempo la guadaña
Ese estadio de heroicas acciones;
No se extingue la voz de los Platones,
Ni el brillo de los Sócrates se empaña.

Cuando tu obra inmortal al mundo asombre,
Mostrando ejemplos de virtud y ciencia,
Glorioso entre ellos sonará tu nombre.

¡Ah! ¡dichoso el que adhiere su existencia
A la virtud, perpetuo bien del hombre,
Y á la eterna verdad, la inteligencia!

XLI.

FUENTE INAGOTABLE.

Á MI AMIGO DON TEODORO GUERRERO.

I.

¡Amé una vez, y dos, inmensamente,
Y tres... y acaso más!
¡Del corazón la inextinguible fuente
No se agota jamás!

¡Magnífico está el baile! ¡Encantadora
Se halla prendida así!
Resumen de la vida en una hora
Es la existencia aquí.

¡Mirad qué hermosa está! ¡Si no la miro
Siquiera en ilusión,
Falta una cosa al aire que respiro!...
¡Otra vez, corazon!

II.

Mientras bailamos ¡ay! el tiempo vuela...
Pero ¿qué hemos de hacer?
La vida humana al fin sólo es la tela
De que se hace el placer.

Allí va. ¡No, no va! Mi pensamiento,
De su imagen en pos,
Aquí y allí, en la tierra y en el viento,
La créa, como Dios!

¡Maldito corazón, que nunca cesa
De mudar y querer;
La carne de mi espíritu es hoy esa,
Como otra ha sido ayer!

¡Ira del cielo! Como nunca tierna,
Baila con otro... ¡Oh Dios!
¡La breve vida á veces es eterna!
Ya va un instante... dos...

¡Ni una mirada de su amor merezco!
Van cuatro... seis... ¡Pardiez!
¡Cuando ella no me mira me aborrezco!
Van ocho... nueve... diez...

¡Y once van ya! ¿la eternidad entera
Tarda tanto en pasar?...
¡Oh, cuánto gemiría, si pudiera
Gemir sin respirar!

Vamos como ella, á enloquecer con esa,
Y con esta también...
—¡Divino! Concepción.—¡Bravo! Teresa.
¿Que si vas bien? ¡Muy bien!

No quisiera más días de contento,
Mercedes, por quien soy,
Que de besos te dan de pensamiento,
Cuantos te miran hoy.—

¡Huyamos de ella, huyamos, alma mía!
¿Cómo huir, ¡maldición!
Si exceptuando su amor, todo me hastía?
¡Otra vez, corazón!

III.

¡En baile! ¡Vedla como siempre hermosa!
—¿Que estoy muy triste, Inés?
Tú no entiendes mi pena, eres dichosa.
¿Que es porque no amo? ¡Pues!

Te se ha subido, Inés, con el contento
Al rostro el corazón;
Y eso no es, vive Dios, el sentimiento:
Eso es la sensación.

¡En baile! ¡En baile!—Tu semblante augura
Castidad y salud;
Bien dicen, Asunción, que la hermosura
Es casi una virtud.

¿Quién hoy, responde, tus encantos labra?
¿Dices que es la pasión
Ventura que deshace una palabra?
(¡Cruel! ¡Tiene razón!)

IV.

(¡Allí pasa otra vez! Mas no; es mi anhelo
Que se lo forja así...)
—¿Que en qué pienso, Leonor, mirando al cielo?
¿Qué he de pensar? En tí.

¿Quién besará, mi bien, labios tan bellos?...
Mas perdona, Leonor;
Quise decir: poner el alma en ellos...
¡Bendigo tu pudor!

Cuando te ví, cruzó por mi cabeza
Un pecado venial...
¿Si habrán dicho por tí que es la belleza
Demonio temporal?

Tu pupila, esa entrada de los cielos,
Me llena de embriaguez;
No eres mía, Leonor, y tengo celos.
¿Que es envidia? Tal vez.

—¡Bella música, á fe! ¡Cuál corresponde
Su acento á mi pasión!...
Esto lo oí con ella no sé dónde...
¡Siempre *ella*, corazón!

¡Qué sufrir!—Luz, no sufras; es el modo
De que sufran por tí;
Una mujer que me lo cuenta todo,
Me lo ha contado así...—

Pasó el baile y la noche. ¡Con el día
Ya vendrá otra embriaguez!...
¿Dónde la muerte está de esta agonía?...
¡Otra vez, corazón! ¡ay! *¡Otra vez!*

XLII.

¡MAS!... ¡MAS!...

¿Piensas satisfacer tu apetito?
Pues no lo alcanzarás.
(Kempis, lib. I, cap. XX.)

I.

Brindemos por Salomón,
Que con tan cuerdo saber
Nos pinta la condición
Del alma de la mujer.
Ved, por ejemplo, á Leonor,
Que ya del Rhin á merced,
Ve girar en derredor
Los frescos de la pared,
Y cansada de gozar,
Aunque no harta de sentir,
Llena de pasión quizás,
Y sin quizás, de elixir,

Sintiéndose derrumbar
A una postrer libación,
¡Oh insaciable corazón!
Aun dice en sueños: ¡Más!... ¡Más!...

II.

¡Más! ¡Más! suprema explosión
Del pensar y del sentir,
Misteriosa evocación
De un oscuro porvenir,
Prolífica emanación
Que entre gozar y sufrir,
En eléctrica ascensión
Corre en eterna espiral
De eslabón en eslabón
Una cadena inmortal.
¡Más! divina aspiración
A otra trasfiguración,
Como así nos lo hacen ver,
En perpetua evolución,
Las gramas con germinar,
Las flores con florecer,
Los frutos con madurar,
Los árboles con crecer;
Y en su anhelo de llegar
A más alto porvenir,
Cuanto siente, con sentir,
Llega como el hombre á amar;

Y el hombre, supremo sér,
De todo infinito en pos,
Con pensar y con querer
Sube á arcángel, y además
Llega hasta embeberse en Dios.
¡Más! alma mía. ¡Más!... ¡Más!...

III.

¡Rhin! El *más*, en conclusión,
Es el anhelo eternal
De toda la creación,
Siendo en fuerza desigual.
En la materia, atracción,
Tendencia en el vegetal,
En lo vital, sensación,
Pensamiento en lo humanal:
Más, como alma, es religión;
Como espacio, inmensidad;
Como cuerpo, corazón;
Como tiempo, eternidad;
Y entre amar y florecer,
Entre pensar y sentir
A un fin aspira mejor,
Cuanto fué, y es, y ha de ser,
Ya fruto, ya árbol, ya flor.
¡Elixir! ¡*Más* elixir!
¡Brindis!... al *más* de Leonor.

IV.

¡*Más* de todo! ¡Venga Rhin!
¡*Más* aire! Abrid el balcón,
Y veremos la extensión
De esa Australia celestial,
Cuyas islas de coral
Las piedras miliarias son,
Con que el principio sin fin
Marca la imaginación
De ese insondable caudal,
De esa eterna sucesión,
Que no tienen fin jamás,
Tiempo y espacio, expresión
Del *más*, del último *más*!...

V.

¡Rhin! ¿*Más* en el tiempo qué es?
Contad un día y un mes,
Luégo un siglo, después mil;
Siglos de siglos después
Con la cabeza febril
Por siglos multiplicad;
Y después que acumuléis
A toda una eternidad,
Si no amengua vuestro ardor

Jamás, jamás y jamás,
Aun acumular podéis
Cien eternidades más,
Del postrer jamás al fin...
¡Siempre *más*! ¡Gloria á Leonor,
Rhin, Ganimedes, *más* Rhin!...

VI.

¡Rhin, Rhin! como en la evasión
Del tiempo que se nos va,
También se halla en la extensión
Ese eterno más allá.
Sumad un mundo, dos, tres,
Y cuatro, y mil, y un millón
Y mil millones después,
Y hallaréis, en conclusión,
De vuestras sumas al fin,
Del postrer mundo al través,
Siempre otro mundo detrás...
¡Rhin, Ganimedes, *más* Rhin!...
¡Más!... ¡mucho *más!!*... mucho *más!!!*...

XLIII.

COSAS DEL TIEMPO.

Pasan veinte años; vuelve él,
Y al verse, exclaman él y ella:
(—¡Santo Dios! ¿y éste es aquél?...)
(—¡Dios mio! ¿y ésta es aquella?...)

XLIV.

ENGAÑOS DEL ENGAÑO.

—¡Cuánto creía en tí, cuánto creía!
—Te juro que, aunque infiel, soy inocente.
—¿No pensabas amarme eternamente?
—Yo lo pensaba así, querida mía.

De mi error en disculpa, este letrero
Sobre mi tumba dejaré grabado:
«Perdónale al infiel que te ha engañado,
Porque á sí mismo se engañó primero.»—

XLV.

TODO ESTA EN EL CORAZÓN.

La reina que enloquecía
Por Don Felipe el Hermoso,
La tumba al ver de su esposo,
—¡Todo está allí!!—se decía.
Sus restos exhumó un día,
Mas nada allí vió; y así,
En vez del—todo está allí,—
Desde tan triste ocasión,
Señalando al corazón,
Decía:—¡Todo está aquí!—

XLVI.

¿QUE ES AMOR?

Cual es cada uno en lo interior,
tal juzga lo de fuera.
(Kempis, lib. xi, cap. iv.)

Dudando, Enriqueta, tu pura inocencia,
Si amor, que aun no sientes, es dicha ó dolor,
Pretendes que diga mi amarga experiencia,
¡Feliz, pues lo ignoras! ¿qué cosa es amor?

¡Alzad de las tumbas, y al par de la brisa
Cruzad, bellas sombras, dejando el no ser!
La Estuardo, Francisca, Lucrecia, Eloísa,
¡Dementes sublimes! decid ¿qué es querer?

—Querer, un misterio,—comienza la Estuardo,—
Que á dos funde en uno, partiendo uno en dos.
¿Qué son tus amores, amor de Abelardo?
Infierno de dichas y cielo sin Dios.

No amar siendo amada,—prosigue,—*no es vida;*
No ser nunca amante ni amada, es *no ser;*
Querer, el *infierno*, no siendo querida;
Mas, siendo querida, la *gloria* es querer.—

¡Perdona, oh perpetuo pudor de la historia,
Perdona á mi musa, si evoca en tropel
Los nombres que fueron escándalo ó gloria:
Cleopatra, la Cava, Teresa, Raquel!

Dejad los sepulcros, falanje divina,
Tomando á mi acento las formas de sér:
Elena, Artemisa, Judith, Mesalina,
¡Honor ó vergüenza! decid ¿qué es querer?

Decidme si es fiebre que el alma envenena,
Ó sólo un deleite que se une al pudor:
Semíramis, Safo, Ninón, Magdalena,
¡Falsarias eternas! ¿qué cosa es amor!

Teresa la santa, más bien la divina,
—Amor—dice—junta ternura y deber.
—Amar es—replica la vil Mesalina—
Hallar el descanso, cansando el placer.

—Amor pierde—dicen la Cava y Elena—
La fe y patria siempre, los goces jamás.
—Es—dice gimiendo de amor Magdalena—
Gozar mucho, y luégo llorar mucho más.—

Y Safo, con fiebre de amor que no espera,
—Morir por quien se ama—prorrumpe—es querer.
—Es cierto,—responde Lucrecia altanera:—
Morir por quien se ama, si se ama el deber.

—Vivir en la mente—prosigue Artemisa—
De aquel que amó mucho, y amó porque sí.
—Vivir siempre en otro,—murmura Eloísa.
Semíramis dice:—Vivir otro en mí. .

—¡Hablar con el aire!—de amor satisfecha,
¡Mal haya su boca! prorrumpe Ninón:—
Amores sin crimen, son sueños sin fecha;
Pasión que no afrenta, no es digna pasión.—

¡En fin! ¿halla el que ama la gloria ó el infierno?
¡Aquí las perjuras! ¡Las fieles aquí!
Decidme, en resumen, lo que es ese eterno
Deseo que miente, mintiéndose á sí.

—¡Morir!—dice Safo. Francisca,—¡el incesto!—
Teresa,—aquel místico amor del amor!—
Judith y Lucrecia,—¡gozar con lo honesto!—
Cleopatra,—¡la orgía!—Raquel,—¡el pudor!—

¡Silencio! así al mundo volvieron demente;
Aun dudan hoy locas, más locas que ayer,
Si amor da delicias, ó si es solamente
Perder la ventura buscando el placer.

¡Huid! falsas dueñas de todos los dueños
Que el mundo anegaron en llanto por vos,
Que hacéis de la vida ya un sueño de sueños,
Que hacéis de la carne ya un monstruo, ya un dios.

¿Amor en vosotras es todo ó no es nada,
Verdad ó mentira, virtud ó placer?
¡Odiosa falange del mundo adorada,
Pues sois siempre un caos, ¡tornad al no ser!

¡Maldito aquelarre de diosas, que ignora
Si amor cura ó mata, si afrenta ó da honor!
—Ya oiste, Enriqueta; si sabes, ahora
Responde tú misma: ¿qué cosa es amor?—

XLVII.

LAS DOS GRANDEZAS.

Uno altivo, otro sin ley,
Así dos hablando están:
—Yo soy Alejandro el rey.
—Y yo Diógenes el can.

—Vengo á hacerte más honrada
Tu vida de caracol.
¿Qué quieres de mí?—Yo, nada;
Que no me quites el sol.

—Mi poder...— Es asombroso,
Pero á mí nada me asombra.
—Yo puedo hacerte dichoso.
—Lo sé, no haciéndome sombra.

—Tendrás riquezas sin tasa,
Un palacio y un dosel.
—¿Y para qué quiero casa
Más grande que este tonel?

—Mantos reales gastarás
De oro y seda.—¡Nada, nada!
¿No ves que me abriga más
Esta capa remendada?

—Ricos manjares devoro.
—Yo con pan duro me allano.
—Bebo el Chipre en copas de oro.
—Yo bebo el agua en la mano.

—Mandaré cuanto tú mandes.
—¡Vanidad de cosas vanas!
¿Y á unas miserias tan grandes
Las llamáis dichas humanas?

—Mi poder á cuantos gimen,
Va con gloria á socorrer.
—¡La gloria! capa del crimen;
Crimen sin capa ¡el poder!

—Toda la tierra iracundo
Tengo postrada ante mí.
—¿Y eres el dueño del mundo,
No siendo dueño de tí?

—Yo sé que, del orbe dueño,
Seré del mundo el dichoso.
—Yo sé que tu último sueño
Será tu primer reposo.

—Yo impongo á mi arbitrio leyes.
—¿Tanto de injusto blasonas?
—Llevo vencidos cien reyes.
—¡Buen bandido de coronas!

—Vivir podré aborrecido,
Mas no moriré olvidado.
—Viviré desconocido,
Mas nunca moriré odiado.

—¡Adiós! pues romper no puedo
De tu cinismo el crisol.
—¡Adios! ¡Cuán dichoso quedo,
Pues no me quitas el sol!—

Y al partir, con mutuo agravio,
Uno altivo, otro implacable,
—¡Miserable! dice el sabio;
Y el Rey dice:—¡Miserable!

XLVIII.

ACHAQUES DE LA VEJEZ.

No confíes, ni estribes sobre la caña hueca, porque toda carne es heno y toda su gloria caerá como su flor.

(Kempis, lib. xi, cap. vii.)

I.

Si no me ataran los pies
La gota, y la que no lo es,
Contigo iría hasta el fin
De ese encantado jardín.
¡Rompamos la marcha, pues!
Ea, á la una, á las dos,
A las... ¡por vida de Dios!
Tenme, no me caiga, Inés.

II.

¡Ah! ¡cómo enciende de amor
De tus ojos el color;
El mismo con que Rafael
Nos pinta la caridad!
A su dulce claridad,
Cien vueltas á este verjel
Diera de buen grado, Inés;
Mas ¿qué importa ¡maldición!
Que me arrastre el corazón,
Si me flaquean los pies?

III.

¡Bien! De nuevo tu beldad
Nueva extensión da á mi sér,
Y de mi primera edad
Ya casi siento el placer;
Inés, ¡qué felicidad
Si ahora á mi voluntad
Igualase mi poder!
Ya dí un paso. ¡Vuelve á mí,
Fuego de mi corazón,
De ese éter universal
Donde en deliquio inmortal
De expansión en expansión

Toda la vida vertí!
Otro paso. ¡Bien! ¡Muy bien!
Como el de Venus, también,
Inés, tu talle español
Arrastra á cuantos lo ven,
Subiendo de sol en sol
Derechos hasta el Edén.
¿Ves? Ya me siento ascender;
Demos la vuelta hasta el fin
De este escantado jardín;
¿A ver como marcho, á ver?
¿Dices que tiemblo? ¡No... no...
Es que la tierra, cual yo,
Vibra también de placer!
¿Oyes? ¡Cuan bien con su amor
Celebra ese ruiseñor
Nuestro epitalamio actual!...
Pero, por vida de tal,
Que á los tres pasos, Inés,
Del exceso del sentir
Se me van algo los pies...
Y además, al percibir
Cómo me hiela el sudor,
Ya comienzo á presentir
Que ese inocente cantor
A la entrada del Edén,
En vez de este mutuo amor,
Acaso ¡fatalidad!
Está cantando más bien
Mi unión con la eternidad!

IV.

¡Ay, Inés! ¡no puedo más!
Pongamos al viaje fin.
Aquí estoy bien, y además
Siempre está donde tú estás
El oasis del jardín.
¡Gracias, mi esposa! ¡Tú aun crees
Que este corazón senil
No es un árbol sin calor,
Cuando con tan tierno amor
Mi mano coges, Inés,
Con el mismo aire gentil
Con que se coge una flor!
¡Ay! ignora tu bondad,
Como ignoró mi ilusión,
Que es inútil la beldad
Cuando ya en el corazón
Queda sólo la razón,
Flor de la esterilidad!
Sentémonos, pues, aquí,
A las puertas del Edén;
Y mientras maldigo así
Este cuerpo baladí,
Perdona el error de quien
Se está muriendo por tí.
Muriéndome, Inés, ¡sí! ¡sí!

Por eso creyendo voy
Que evaporado ya soy
Errante espectro de mí.

V.

Mas si no alcanzo al honor
De dar dos vueltas ó tres,
No es por falta de valor,
Como tú sabes, Inés;
Tan solamente ¡oh dolor!
Por estos malditos pies,
No puedo entrar, como ves,
En el templo del amor.
Y ya que has llegado á ver
Que para poder entrar
Sólo me falta tener
Los pies que me han de llevar,
Te prometo, hermosa Inés,
Que en cuanto yo tenga pies,
En tí, por tí y para tí
Iré hasta el templo que ves,
Y alguna vez más alla...
¿Dices que ahora? ¡Ay de mí!
La voluntad está aquí;
Mas ¿y los pies? ¡Ahí está!!...

XLIX.

SUFRIR ES VIVIR.

Á MI QUERIDO AMIGO DON EDUARDO BUSTILLO.

Maldiciendo mi dolor,
A Dios clamé de esta suerte:
—Haced que el tiempo, Señor,
Venga á arrancarme este amor
Que me está dando la muerte.—

Mis súplicas escuchando,
Su interminable camino
De orden de Dios acortando,
Corriendo, ó más bien, volando,
Como siempre el tiempo vino.

Y—voy tu mal á curar—
Dijo; y cuando el bien que adoro

Me fué del pecho á arrancar,
Me entró un afán de llorar
Que aun, de recordarlo, lloro.

Temiendo por mi pasión
Penas sufrí tan extrañas,
Que aprendió mi corazón
Que una misma cosa son
Mis penas y mis entrañas.

Y feliz con mi dolor,
Gritó mi alma arrepentida:
—Decid al tiempo, Señor,
Que no me arranque este amor,
Que es arrancarme la vida.—

L.

LOS DOS ESPEJOS.

En el cristal de un espejo
A los cuarenta me ví,
Y hallándome feo y viejo,
De rabia el cristal rompí.

Del alma en la trasparencia
Mi rostro entonces miré,
Y tal me ví en la conciencia,
Que el corazón me rasgué.

Y es que, en perdiendo el mortal
La fe, juventud y amor,
¡Se mira al espejo, y... mal!
¡Se ve en el alma, y... peor!

LI.

LA FE Y LA RAZÓN.

Á DON NICOMEDES MARTÍN MATEOS.

I.

La Reina de Suecia un día,
Recibiendo gravemente
Lección de filosofía,
A Descartes le decía
Con gravedad lo siguiente:

—Lleváis, maestro, al exceso
De mi ignorancia la fe:
PIENSO, luego SOY; no es eso:
Pienso, luego *sé que sé*.

Ya veis que empiezo á dudar,
Como vos, para creer.
Pero antes de comenzar,

Decidme: ¿es ser el pensar?
¿Acaso el ser es saber?

No os alteréis; con paciencia
Probaré que vuestra ciencia
Puede resumirse así:
Yo *soy* lo que *es*. Consecuencia:
No hay verdad en la experiencia,
Ni dicha fuera de mí,
Pues que saca la conciencia
Fe, dicha y verdad, de sí.

¿Mi deducción no es probada?
Sin duda, pues la acomodo
A vuestra tesis sentada:
Yo soy sólo el ser; de modo
Que si es mi conciencia todo,
Todo lo demás es nada.

¡Oh maldito escepticismo!
¿No estáis viendo, hombre inhumano,
Que con atroz ateísmo
Lanza vuestra impía mano
A Dios y al mundo á un abismo,
Siendo el pensamiento humano
De sus juicios soberano,
Y único juez de sí mismo?

¡Horrible es la ciencia, sí,
Que hasta de la fe el consuelo

Mata, pues juzgando así,
Si existe Dios en el cielo,
Sólo es porque existe en mí!

¡Maestro! vuestra opinión
Que es ilusión confesad,
Y si no es una ilusión,
Mi mente es la autoridad;
La dicha es mi corazón;
Soy lo que *es;* y en conclusión,
Mi verdad es la verdad,
Mi razón es la razón.—

II.

Descartes, después de oir
A su alumna en aquel día,
De tristeza que tenía
Se puso el pobre á morir,
Y así muriendo decía:

—¡Ay! ¿qué puedo conocer,
Gran Dios, si ignoro yo mismo
Si es igual pensar y ser?
¿Cómo salvaré el abismo
Que hay entre el ser y el saber?
¿Dónde estás, razón que adoro?
¡Valedme, adorada fe!
¿Cuál es la verdad que exploro?

Ya *sé* que *soy:* bien, ¿y qué?
¡Nada! Excepto el *sé que sé*,
Todo lo demás lo ignoro.

¡Noble razón! ¡santa fe!
¿Eternamente estaré
Entre una y otra en suspenso?
No hay duda: pienso que pienso,
Mas lo que pienso no sé.

¿Será verdad que mi ciencia
Va del ateísmo en pos,
Y que, sin fe ni experiencia,
No exîste más ley de Dios
Que la ley de la conciencia?

¡Grande es mi error, pese á tal!
Soy porque pienso; ¿y después?
Después ya no hay bien ni mal,
Pues cada hombre entonces es
Centro del mundo moral.

¿Y cómo ha de hallar el alma
En este mundo quietud,
Sin virtud que dé la calma,
Sin fe que dé la virtud?
¡Sacadme, Dios de bondad,
De esta eterna confusión!
¿Mi verdad es la verdad?
¿Mi razón es la razón?—

III.

Cuando Descartes murió
Cristina del *sé que sé*
Las consecuencias sacó,
Y á Monaldeschi mató;
Dió á su trono un puntapié;
Su religión abjuró;
Y al fin refugio buscó
En la católica fe.
Tal fué su historia. De suerte
Que, de cuanto hay aburrida,
Yendo hacia la eterna vida
Que no muere con la muerte,
El célebre *sé que sé*
Dió al olvido, y de este modo
Halló la ciencia en la fe,
Ultima verdad de todo.

Y próxima ya á llegar
A aquel último momento
En que engañar el pesar
Es nuestro sólo contento,
Decía con humildad,
Pidiendo al cielo perdón:

—Recibe, Dios de bondad,
Mi postrera confesión;

Es la fe mi autoridad,
Es el mal mi corazón:
¡No es mi verdad la verdad!
¡No es mi razón la razón!

LII.

LAS CREENCIAS.

Deja todas las cosas transitorias, busca las eternas. ¿Qué es todo lo temporal sino engañoso?

(Kempis, lib. III, cap. I.)

I.

Queriendo un Rey discutir
Las creencias, llama gente
De Ocaso, Sur, Norte, Oriente,
Tanto que puedo decir
Que está allí el mundo presente.

II.

BELLEZA.

El Rey su noble cabeza
Cortés inclina hacia el suelo,

Abre la sesión, y empieza:
—Se discute la *Belleza*,
Raro presente del cielo.

—Es lo negro la hermosura,—
Dice uno de negra tez.
Otro blanco:—Es la blancura.
—Lo azul,—un indio murmura;
Y un chino:—la amarillez.

—Sí tal,—clama uno.—No tal,—
Gritan otros replicando.
Dice un griego:—Es lo ideal.—
Un francés:—La gracia andando.—
Un inglés:—Lo original.—

Queda el Rey meditabundo,
Siguen los demás sus huellas,
Y piensa:—En creer me fundo
Que si hay en él cosas bellas,
No hay tipo bello en el mundo.—

Pausa. A tan locos extremos
Calla el concurso. Y después
Dice un sabio:—Según vemos,
La belleza no es lo que es,
Sino que es lo que queremos.—

Fijada así la cuestión,
Pregunta otro sabio:—¿Qué es

La belleza, en conclusión,
Si lo feo en un lapón
Es lo bello de un inglés?—

Nadie á esto respuesta da.
El gran Rey calla y suspira,
Y dice:—Acabemos ya;
La belleza sólo está
En los ojos de quien mira.—

III.

GLORIA.

Nueva expectación. Después
Prosigue el Rey:—Discutamos
Si nuestra *Gloria* sólo es
El Gólgotha, en que dejamos
Los primeros treinta y tres.

—De Bruto es la indignación.
—Es de César la grandeza.
—La vanidad en acción.
—Toda la humana simpleza,
Fundida en una ilusión.

—Placer de lo extraordinario.
—Humo que despide luz.
—Luz que despide un osario.

—Dicha de llevar la cruz
A la cumbre de un calvario.

—¡Gloria! grandeza pequeña.
—Dolor que canta una trompa.
—Verdad de todo el que sueña.
—Bazar en que el hombre enseña
De su miseria la pompa.

—Espacio que un aire llena.
—Abrir tumbas con la espada.
—Morir viviendo en escena.
—Es un néctar que envenena.
—Es darlo todo por nada.—

No viendo sino locura
En duda tan espantosa,
Con la más honda amargura,
—¡La gloria!—el gran Rey murmura,—
¡Poca cosa, poca cosa!—

IV.

JUSTICIA.

—¿Qué es justicia, y dónde se halla?—
Dice el Rey. A nombre tal,
Se alzan grandes y canalla,

Gritando unos:—¡La metralla!—
Diciendo otros:—¡El puñal!

—La justicia es el humor.
—Lo justo es la autoridad.—
Los grandes:—Es la bondad.—
Los reyes:—Es el rigor.—
El pueblo:—Es la libertad.

—Es—dicen los escogidos—
Que al bueno el que es malo tema.—
Y exclaman los oprimidos:
—La justicia es este lema:
¡Desdichados los vencidos!

A tan discorde rumor
Dice alto el Rey:—¡Basta ya!—
Y en voz baja:—Pues, señor,
Todo espectáculo está
Dentro del espectador.—

V.

VIRTUD.

Sigue el Rey con emoción,
Pero con noble actitud:
—¿La virtud es ilusión?

¿Es prueba una buena acción
De que hay tipo de *virtud*?—

Y un sabio:—Hay virtud cumplida,—
Responde—si hay quien se atreva
A obrar siempre como deba;
Mas ¿puede haber en la vida
Juicio que esté á toda prueba?—

De este sabio á la opinión
Se adhiere otro sabio más:
—¿Qué es virtud, en conclusión,
Si hay puntos donde jamás
Resiste nuestra razón?

—La virtud—dice un pagano—
Es el placer que va unido
Al bello ideal humano.
—La virtud—dice un cristiano—
Es el deseo vencido.—

Y exclama la juventud:
—La virtud no es la fortuna.—
A lo cual la multitud
Dice:—Mas, sin duda alguna,
La fortuna es la virtud.—

Y un hombre que irracional
Toma por ciencia el desdén,
Dice:—Regla general:

Dudad cuando os hablen bien;
Creed cuando os hablen mal.

—Es tristeza.—Es el contento.
—Es sufrir.—Es la salud.—
Y un epicúreo opulento
Prorrumpe:—¡Virtud! ¡virtud!
Cuestión de temperamento.—

A este axioma el Rey.—No hay tal,—
A replicar se apresura;
—La virtud es inmortal;
Si el mundo es un cenagal,
Buscadla siempre en la altura.—

VI.

RELIGIÓN.

Una tras otra ilusión
Mirando desvanecidas,
—Veamos la *Religión*,—
Dijo el gran Rey, ya caídas
Las alas del corazón.

Uno:—Es fe.—Y otro:—Es conciencia.
—Es lo eterno.—Es el no ser.
—Es fuerza.—Es benevolencia.

—Es de Confucio la ciencia.
—Es de Mahoma el placer.

—¡Silencio!—el gran Rey profiere,
La religión viendo hollada;—
Creer sólo en lo que agrada,
Es todo lo que se quiere,
Y lo que es todo no es nada.

¡Inútilmente traidora,
Dardos la impiedad te lanza,
Religión, que el mundo adora,
Fuente de nuestra esperanza,
De esta virtud que no llora!

¡Nunca el alma racional
Podrá creer que eres un sueño,
Bálsamo de todo mal,
Luz á través de la cual
Todo en el mundo es pequeño!—

VII.

Calló, y á una cortesía
Que hizo al pueblo el Rey de pie,
Todo el concurso aquel día,
Creyendo lo que creía,
Por donde vino se fué.

LIII.

AMOR Y GLORIA.

¡Sobre arena y sobre viento
Lo ha fundado el cielo todo!
Lo mismo el mundo del lodo,
Que el mundo del sentimiento.
De amor y gloria el cimiento
Sólo aire y arena son.
¡Torres con que la ilusión
Mundo y corazones llena,
Las del mundo sois arena,
Y aire las del corazón!

LIV.

NUNCA OLVIDA QUIEN BIEN AMA.

Ya que este mundo abandono,
Antes de dar cuenta á Dios,
Aquí para entre los dos,
Mi confesión te diré:
—Con toda el alma perdono
Hasta á los que siempre he odiado;
¡A tí, que tanto te he amado,
Nunca te perdonaré!

LV.

TODO ES UNO Y LO MISMO.

(Axioma de Schelling.)

Á MI AMIGO EL MARQUÉS DE MOLINS.

PRIMERA PARTE.

Á LO IDEAL POR LO REAL.

I.

Juan amaba tanto á Luisa,
Como á Luis quería Juana;
Y aunque me exponga á la risa
De la multitud liviana,
Diré que su simpatía
Rayaba en tales extremos,
Cual la que tener podemos,

Tú á tu esposa, y yo á la mía.
Sí, Marqués, no os cause espanto
El que ponga frente á frente
Su encanto con nuestro encanto;
Pues podéis creer firmemente
Que, aunque no se amasen tanto,
Se amaban inmensamente.

II.

Mas la muerte, esa tirana
Que siempre el mal improvisa,
Llevándose á Juan y á Juana,
Solos dejó á Luis y á Luisa.

III.

Llorando la mala suerte
De los dos que se murieron,
Los vivos casi estuvieron
A las puertas de la muerte.
¡Siempre á nuestra vida humana
Es otra vida precisa!
Así Luis quedó sin Juana,

Como al perder á Juan Luisa,
Sin que nadie amenguar pueda
Las lágrimas ¡ay! que llora,
Como se queda el que queda,
Cuando al que se va se adora.

IV.

Desde entonces, poco á poco,
Tan loca ella como él loco,
Por cuantos sitios frecuentan,
Marchan con pasos inciertos,
¡Tan tristes! ¡tan pensativos!...
Que parece que alimentan
Las almas de los dos muertos
Los cuerpos de los dos vivos.
Y al verlos tan sólo atentos
A su ventura ilusoria,
Sombras de dos pensamientos
Que alumbran desde la gloria,
Llama la gente liviana,
Sirviendo al vulgo de risa,
—La *loca* por Juan—á Luisa,
Y á Luis—el *loco* por Juana.—

V.

¡Luisa feliz, que en un duelo
Toda su delicia encierra,
Cual ángel que por la tierra
Cruza de paso hacia el cielo!
Sueña, sueña, ángel hermoso,
En tu dicha malograda;
Porque la dicha sóñada
¡Es un sueño tan dichoso!...
¡Dichoso Luis! Sus tormentos,
En su ensueño delicioso,
Trueca en bellas ilusiones;
Lo que es horrible, en hermoso;
La realidad, en visiones;
Días de angustia, en momentos...
¡Una y mil veces dichoso
Aquel que sus sensaciones
Transfigura en pensamientos!

SEGUNDA PARTE.

Á LO REAL POR LO IDEAL.

I.

Rogar con cierto misterio
En un cierto cementerio
Una sombra se divisa;
Es que por Juan reza Luisa.
Otra sombra que hay cercana,
Es Luis que ruega por Juana.
Se lamentan los dos vivos
Por sus muertos respectivos
Con corazón tan ardiente,
Que al mirarse frente á frente,
Dicen la una y el uno:
—¡Qué importuna!—¡Qué importuno!
Y Luis huyendo de Luisa,
Y Luisa de Luis huyendo,
Se marchan, casi corriendo,
Y corren, casi de prisa.

II.

En el mismo cementerio,
Y con el mismo misterio,
Se hallan los dos otro día,
Y mientras Luisa exclamaba:
—Cuando mi amante vivía,
Le hallaba donde le hallaba,
Y hoy, que en la tumba me espera,
Su sombra está donde quiera,—
Lanzando quejas amantes,
Dice Luis del mismo modo:
—Si todo estaba en tí antes,
Ahora tú estás en todo.—
Y esta vez menos esquivos,
Ó de agradarse más ciertos,
Después de orar por los muertos,
Se hablaron algo los vivos.

III.

Desde entonces los amantes
Dijeron, siempre con fuego,
Una larga oración antes,

Y un corto diálogo luégo;
Mas consignar bien importa
Que, después de algunos días,
Se fueron haciendo cargo
Que la oración ya era corta,
Y el diálogo era ya largo.

IV.

Saliendo del cementerio,
Mas ya sin ningún misterio,
Se miraron otro día,
Diciendo, ¡quién lo creería!
—¡Es buen mozo!—¡Pues es bella!
—¡Pero aquél!—¡Ay! ¡Pero aquella!...—
Y ella de amor suspirando,
Y Luis aun de amores loco,
Ya no corren, van marchando;
Pero marchan poco á poco.

V.

Así el buen mozo y la bella,
Al promediar la semana,
¡Oh fidelidad humana!

—¡Se parece á Juan!—dice ella;
Y él dice:—¡Parece Juana!—
(¡Pobres Juana y Juan!) Dicho esto,
Uno con otro se junta,
Haciéndolo él, por supuesto,
En honor de la difunta;
Y ella admitiéndole al lado,
Con temor aun no fingido,
Pues si el vivo era ya amado,
Aun el muerto era querido.

VI.

Mas era tal la insistencia
De su enamorada mente
En dar á su amor presente
De su muerto amor la esencia,
Que su alma, siempre indecisa,
Piensa que mira realmente
En Luis, de Juan la presencia;
La sombra de Juana, en Luisa;
Y es que nuestro sentimiento,
Por arte de encantamiento,
Haciendo cuerpo la idea,
Y lo ya muerto existente,
Transfigura eternamente
Lo que ama en lo que desea.

VII.

En conclusión; cuando se aman
Con un amor verdadero,
Así mutuamente exclaman;
—¡Como á él y por él te quiero!
—¡Te amo como á ella y por ella!—
Y así el buen mozo y la bella,
Fingiendo vivo lo muerto,
Y haciendo falso lo cierto,
Que eran los muertos creían,
Creyendo lo que querían;
Y desde entonces, el duelo
Trocando todos en risa,
Luisa á Luis, y Luis á Luisa,
Después de aquella semana
Se prestan mutuo consuelo;
Creyendo que Juan y Juana
Harán lo mismo en el cielo.

LVI.

EL SEXTO SENTIDO.

I.

Viendo en el mundo el Señor
Desorden por donde quiera,
Quiso darle un director
Y dijo de esta manera:

—Cinco sentidos dí al hombre,
Y no me entiende jamás.
Daré á un sér que al mundo asombre
Un sexto sentido más.

Quiero hacer al mundo don
De un hombre de alma gigante,
Grande cual la religión,
Como la gloria brillante.

Fe y saber broten sus labios
Cual brota el verano flores,
Más docto que los más sábios,
Más bueno que los mejores.

De la humana criatura
Cese el eclipse moral.
¡Salve á mi mejor hechura!—
Dijo, y nació Blas Pascal.

II.

Al ver pasar su existencia,
Ya meditando, ya orando,
Con mucha fe y más paciencia,
Dice un hombre meditando:

—¡Oh Dios! Cuanto más comprendo,
Menos soy yo comprendido;
¡Qué cilicio es tan horrendo,
El don de un sexto sentido!

Si bestia al hombre llamé,
Los ángeles murmuraron;
Cuando ángel le apellidé,
Las bestias me calumniaron.

Mi talento y su talento
No están de acuerdo jamás;

O quítame el pensamiento,
O dáselo á los demás.

Hallo sus deseos locos,
Sus pensamientos informes,
Sus remordimientos pocos,
Sus sensaciones deformes.

Con lo porvenir sostienen
De lo presente el afán;
¡Porvenir! ¡sombras que vienen!
¡Presente! ¡sombras que van!

Da fe el hombre á su provecho,
Y cree sólo en su interés;
Y el que ve el mundo al derecho,
Dice que lo ve al revés.

¡Señor! ya á tan hondo anhelo
Mi corazón se rindió
Enfermo de mal del cielo.—
Dijo Pascal, y enfermó.

III.

Entre oración y oración,
Entre llorar y gemir,
A un hombre un santo varón
Le ayuda así á bien morir:

—¡Cuántos afanes perdidos
En crear tan noble hechura!
Para los cincos sentidos,
El tener seis es locura.

De gozar, el mundo ahito,
Fijo sólo en lo presente,
Ni sospecha lo infinito,
Ni la eternidad presiente.

¡Qué condición tan menguada!
Mezcla el hombre de alma y lodo,
Para lo infinito es nada,
Si para la nada es todo.

De orgullo y de envidia llenos,
Cual siempre, dejan atrás,
Los muchos que saben menos,
Al uno que sabe más.

Para el mundo, que sin fe
Presume mucho y ve poco,
Es necio el que menos ve,
Y el que ve más es un loco.

¡Pascal! pues con santo anhelo
Te mata del cielo el mal,
Vuélvete á tu patria el cielo!...—
Dijo, y murió Blas Pascal.

LVII.

LOS DOS PECADORES.

Tú pecas porque me adoras,
Y yo peco por gozar;
Y en tan diverso pecar,
Yo río cuando tú lloras.
¡Maldigo mis dulces horas,
Y bendigo tu tormento!
Podrá tu remordimiento
Llevarte á un dichoso estado:
¡Yo sí que soy desdichado,
Que peco y no me arrepiento!

LVIII.

MUERTOS QUE VIVEN.

A MI HERMANO POLÍTICO DON JOSÉ MARÍA VALDÉS,
EN LA MUERTE DE SU HIJA GUILLERMINA.

Con tierna melancolía
Van á una niña á enterrar,
Y el padre, al verla pasar,
Dice llorando:—¡Hija mía!
¡La pierdo cuando aun vivía
Con la fe de la ilusión!...—
Mas se templó su aflicción
Mirando al cortejo, y viendo
Tantos que, sin fe viviendo,
Llevan muerto el corazón.

LIX.

LAS DOS LINTERNAS.

Á DON GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

I.

De Diógenes compré un día
La linterna á un mercader.
Distan la suya y la mía
Cuanto hay de ser á no ser.

Blanca la mía parece;
La suya parece negra;
La de él todo lo entristece;
La mía todo lo alegra.

Y es que en el mundo traidor
Nada hay verdad ni mentira:
Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

II.

—Con mi linterna—él decía—
No hallo un hombre entre los seres.—
¡Y yo, que hallo con la mía
Hombres hasta en las mujeres!

Él llamó, siempre implacable,
Fe y virtud teniendo en poco,
A Alejandro, un miserable,
Y al gran Sócrates, un loco.

Y yo ¡crédulo! entretanto,
Cuando mi linterna empleo,
Miro aquí, y encuentro un *santo*;
Miro allá, y un *mártir* veo.

¡Sí! mientras la multitud
Sacrifica con paciencia
La dicha por la virtud,
Y por la fe la existencia,

Para él virtud fué simpleza;
El más puro amor, escoria;
Vana ilusión la grandeza,
Y una necedad la gloria.

¡Diógenes! mientras tu celo
Sólo encuentra sin fortuna,
En Esparta algún *chicuelo*,
Y hombres en parte ninguna,

Yo te juro por mi nombre
Que, con sufrir el nacer,
Es un héroe cualquier hombre,
Y un ángel toda mujer.

III.

Como al revés contemplamos
Yo y él las obras de Dios,
Diógenes ó yo engañamos.
¿Cuál mentirá de los dos?

¿Quién es, en pintar, más fiel,
Las obras que Dios crió?
El cinismo dirá que él,
La virtud dirá que yo.

Y es que en el mundo traidor
Nada hay verdad ni mentira:
Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

LX.

EL MAYOR CASTIGO.

Cuando de Virgilio en pos
Fué el Dante al infierno á dar,
Su conciencia, hija de Dios,
Dejó á la puerta al entrar.

Después que á salir volvió,
Su conciencia el Dante hallando,
Con ella otra vez cargó,
Mas dijo así suspirando:

—Del infierno, en lo profundo,
No ví tan atroz sentencia
Como es la de ir por el mundo
Cargado con la conciencia.—

LXI.

MÚSICAS QUE PASAN.

Todas las cosas pasan, y tú con ellas.
(KEMPIS, lib. XI, cap. I.)

Á MI QUERIDO AMIGO DON FACUNDO GOÑI.

I.

¡Música!—¡Qué aliento dan,
Y qué esperanzas sin fin,
El *re-tin-tín* del clarín,
Del tambor el *ra-ta-plán!*
¡Ya aproximándose van!
¡Tambor y clarín resuenen!
¡Cuál la esperanza entretienen!
¡Cómo el corazón abrasan!
Estas músicas que pasan,
¡Qué alegres son cuando vienen!

II.

¡Música!—¡Conforme avanza
Ya el tambor ó ya el clarín,
Causa aliento el *re-tin-tín*,
Da el *ra-ta-plán* esperanza!
Se aleja... y ya en lontananza,
Más bien que gozoso afán,
Tristeza sus ecos dan!
¡No hay bien seguro en el mundo!
¡Qué lúgubres son, Facundo,
Las músicas que se van!

III.

¡Ay! ¡Ni al principio ni al fin,
Nos dan á algunos ardor
El *ra-ta-plán* del tambor,
Del clarín el *re-tin-tín!*
¡Tu esplín, Facundo, y mi esplín...
Para músicas están!
¡Poco nuestro antiguo afán
Las músicas entretienen,
Ni cuando alegres se vienen,
Ni cuando tristes se van!

LXII.

EL CAFE.

Á MI AMIGO DON ENRIQUE SAAVEDRA, MARQUÉS DE AUÑÓN.

I.

¡Café!—Tal es la cuestión:
¿Hizo Cabanís tan mal
Al decir que es la razón
Fruto de una digestión
De la masa cerebral?
Sin ir más lejos, Marqués,
¿Cómo me podrás negar
Que el rico café que ves,
Ó es cosa que piensa, ó es
Materia que hace pensar?
¡Gloria á ese vital licor,
Espíritu material;
Ó, si os parece mejor,

Materia espiritüal;
Incomprensible hacedor
De una dicha artificial;
Secreto elaborador
De un frenesí racional!
¡Yo no extrañaré, pardiez,
Que su semilla al probar
Las aves alguna vez,
En deliciosa embriaguez,
Hablen en vez de cantar!

¡Otra taza! y ¡otra!—A fe
Que asegura con razón,
No sé quién ni sé por qué,
Ni recuerdo en qué centón,
Que en cada grano el café
Lleva un sabio en embrión...
Yo quiero ser sabio... ¿oís?
Dadme sabiamente, pues,
Una taza, y dos, y tres...
¡Marqués! ¡querido Marqués!
¿Tendrá razón Cabanís?

II.

¡Café ¡y más café!—Ven, tú,
A dar á mi sangre ardor,
Del sueño infalible *bu;*
Maná que oxida el dolor;

Bálsamo á cuya virtud
Mi prematura vejez
Siempre recobra otra vez
La alegría y la salud!

Admiraos y escuchad:
Por descubrir del café
El sólo la propiedad,
Sin duda tan sabio fué
El diablo en la antigüedad.
¿Decís que no?—Pues yo sé
De un sapientísimo autor
Que dice y prueba que fué
De Numa el legislador
La ninfa Egeria, el café;
Y añade, poco después,
Que fué este noble licor
De Sócrates, sabio autor,
El genio, diablo ó lo que es.
De modo, caro Marqués,
Que con este talismán
Han vuelto el mundo al revés,
Del uno al otro confín,
Sócrates, Numa y Satán,
Y cuantos brujos, en fin,
Han sido, son y serán.

Esto es lo cierto. Y si no,
¿Quién como el café marcó
De la fortuna el vaivén,

Y á Napoleón arrastró
Hoy al mal, mañana al bien?
¿Que quién tal cosa creyó?—
Todos, y á más creo yo
Que ya feliz, ya infeliz,
Acaso una gota más
Le dió el triunfo de Austerliz,
Y una de menos quizás
Le hizo huir en Waterló.
Y aun pienso otra cosa, y es
Que obedeciendo, Marqués,
A la rara propiedad
De un café de calidad,
Gaje de algún holandés,
Corriendo en la inmensidad
Benito Espinosa, en pos
De una infinita verdad,
Lanzó esta inmensa impiedad:
—Dios es todo, y todo es Dios.—
¿Tengo ó no tengo razón?
Pues antes de concluir,
Todavía vais á oir
La más extraña opinión
Que muchas veces á herir
Viene mi imaginación:
Y es que llego á presumir,
¿Si será el café ese sér
Que en una edad y otra edad
Siempre aspira á comprender
La mísera humanidad?

¿No es cierto, Padre Voltaire?
Marqués de Auñón, ¿no es verdad?

III.

¡Café! ¡café! y ¡más café!
Ahitadme de ese elixir,
Pasto de almas sin el cual
Fuera el humano existir
Casi un sueño vegetal,
Pues en eléctrico ardor,
En el sér más baladí
Hace del afecto amor,
Y del amor frenesí...
¡Ah! ¡que caiga sobre tí
Del orbe la bendición,
Del alma sabroso pan,
Borrachera de ilusión,
A cuya mágica acción
Es un Etna el corazón,
Es la cabeza un volcán!
¿Y quién no honrará el poder,
Marqués de Auñón, de un licor
Que hasta hace alegre el dolor,
Que hace más vivo el placer,
Que da al brazo más vigor,
A la mente inmensidad,
A los ojos claridad,
Al corazón más amor,

Y alas á los mismos pies...
Tanto, que, como tú ves,
No echo á volar por un tris?...
¡Marqués! ¡querido Marqués!
¿Tendrá razón Cabanís?

LXIII.

DRAMAS DESCONOCIDOS.

Cuando el pueblo á Otelo vió
Que, matando á la que adora,
Dice:—Muera la traidora,
Que el alma me asesinó,—
Tu rostro el color perdió
Llorando el fin de la bella;
Yo de él pensando en la estrella,
Dije mirándote:—¡Infiel!
¡Si no te mato como él,
Me asesinaste como ella!—

LXVI.

LA METEMPSÍCOSIS.

I

Hallé una historia, lector,
En un viejo pergamino,
Donde prueba un sabio autor
¡Ay! que el variar de destino
Sólo es variar de dolor.

II.

FLOR.

—Flor, primero abandonada,
Entre unas hierbas broté,
Envidiosa y no envidiada,
Sin ver sol me marchité,
Llorando y sin ser llorada.

BRUTO.

—A bravo alazán subí,
Y de victoria en victoria,
Tras mil riesgos, conseguí
Para mi dueño la gloria,
Y la muerte para mí.

PÁJARO.

—Ave después, hasta el llanto
Dios me condenó á expresar
Con las dulzuras del canto:
Canté, sí, mas canté tanto,
Que al fin me mató el cantar.

MUJER.

—Mujer, y hermosa, nací;
Amante, no tuve fe;
Esposa, burlada fuí;
Lo que me amó aborrecí,
Y me burló lo que amé.

SABIO.

—Hombre al fin, ciencia y verdad
Buscando en lid malograda,
Fué desde mi tierna edad,

Mi objeto la inmensidad,
Y mi término la nada.

DICTADOR.

—En mí, cuando César fuí,
Su honor la gloria fundó.
Siempre—vine, ví y vencí;—
Adopté un hijo, ¡ay de mí!
Creció; le amé y me mató.

HOMBRE.

—La escala transmigradora
De mis cien formas y modos
Vuelvo ya á bajar; y ahora
Un hombre soy, que, cual todos,
Vive, espera, sufre y llora.—

III.

Después de saber, lector,
La historia del pergamino,
¿Qué importa ser hombre ó flor
¡Ay! si el variar de destino
Sólo es variar de dolor?

LXV.

LAS DOS TUMBAS.

¡Cuán honda, oh cielos, será,
Dije, mi tumba mirando,
Que va tragando, tragando,
Cuanto nació y nacerá!

Y huyendo del vil rincón
Donde al fin seré arrojado,
Los ojos metí espantado
Dentro de mi corazón.

Mas cuando dentro miré,
Mis ojos en él no hallaron
¡Ni un sér de los que me amaron,
Ni un sér de los que yo amé!

Si no hallo aquí una ilusión,
Y allí sólo hallo el vacío,
¿Cuál es más hondo, Dios mío,
Mi tumba, ó mi corazón?...

LXVI.

LA COMEDIA DEL SABER.

Á MI AMIGO DON TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

I.

(Asunto, lo que es verdad.
Gradas de curiosos llenas.
Lugar de la acción, Atenas.
Época, en la antigüedad.)

(Gran pausa.—Escena primera.
Como el que se duerme andando,
Sale HERÁCLITO *llorando,*
Y dice de ésta manera:)

—¡Ay! mi ciencia es bien menguada,
Pues nada en el mundo sé;
Si sé que hay Dios, es porque
DE NADA NO SE HACE NADA.

Respeto la autoridad,
Que es de los inicuos valla...
—¡Falso!—*(grita la canalla)*,
(Los nobles dicen:)—¡Verdad!

Heráclito:—Yo imagino
Que es la autoridad de un rey
Poder que la humana ley
Saca del poder divino.

No hay más dicha que el deber:
Todo aquel que hombre se llama
Dará por honra la fama,
Y el poder por el saber.

Dad á los buenos honores,
Y castigo á los demás...
(Aquí le silban los más,
Y le aplauden los mejores.)

Nuestra vida debe ser
Por nuestras faltas llorar,
Meditar y meditar,
Creer y siempre creer.

(Rumores.—Después quietud.)
Heráclito:—En conclusión,
La justa moderación
Da saber, paz y virtud.

II.

(Gime HERÁCLITO, *y á poco*
Sale DEMÓCRITO *y mira,*
Y al ver que el otro suspira,
Se echa á reir como un loco.)

(Segundo acto.— El pueblo está
Casi cortés, de callado.)
HERÁCLITO:—¡Desgraciado!
DEMÓCRITO:—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

HERÁCLITO:—Es duelo todo.
DEMÓCRITO:—Todo es juego.
HERÁCLITO:—El alma es fuego.
DEMÓCRITO:—El alma es lodo.

(Calla HERÁCLITO *y murmura:)*
—¡Todo en la vida es miseria!
(Y DEMÓCRITO:)—¡Es materia
Todo en el mundo, y locura!

Materia sin albedrío
Son Dios, el hombre y el bruto;
El átomo es lo absoluto;
Lo único real el vacío.

Filósofos, que en el mundo
Buscáis lo cierto, ¡apartad!
Si existe, está la verdad
Dentro de un pozo profundo.

Es del alma universal
Parte nuestra alma también...
(Muchos, casi todos:)—¡Bien!
(Y pocos, muy pocos:)—¡Mal!

Demócrito:—Un torbellino
De átomos en movimiento
Son Dios, la vida, el contento,
La justicia y el destino.

Cuanto existe en derredor,
De lo que existía se hace;
Y hasta el hombre crece y nace
Cual nace y crece una flor.

Y así, lo que ha de existir
Nacerá de lo existente.
¡Pueblo! goza en lo presente,
Y olvida lo porvenir.

(Risa.—Aplauso general.)
Demócrito:—En conclusión,
El alma es la sensación:
El placer es la moral.—

—Vivir, es creer y pensar
(Dice HERÁCLITO *gimiendo.)*
(Y DEMÓCRITO *riendo:)*
—¡Vivir!... sentir y gozar.—

(Llanto y risa.—El cielo, en tanto,
Sigue su curso imparcial,
Pues hasta el fin, le es igual
Nuestra risa ó nuestro llanto.

Y uno y otro concluyendo,
Queda un bando y otro bando,
Con HERÁCLITO *llorando*,
Con DEMÓCRITO *riendo.*

Y así, pensando en pensar
Si ha de llorar ó reir,
Ve el hombre su vida huir
Entre reir y llorar.)

III.

(Ruido.—Dudas.—Desencanto.
Sale en el acto tercero
SÓCRATES, *cual dice Homero,*
Riéndose bajo el llanto.)

Sócrates:—Sin ton ni son
Riñe aquí un loco á otro loco;
¿No veis que entre mucho y poco
Está la moderación?

La fe del uno es menguada;
Grande es del otro la fe;
Yo sólo una cosa sé,
Y es que sé que no sé nada.

Conócete, debe ser
De nuestra ciencia el abismo;
Quien se conozca á sí mismo
Sabrá cuanto hay que saber.

Para la ciencia, rehacias
Las plebes... *(El pueblo todo*
Lo silba aquí de tal modo,
Que Sócrates *dice:)*—¡Gracias!

Siempre el pueblo soberano
Revela al hombre imparcial
La presencia universal
De un universal tirano.

(Nueva silba.—Sensación.)
Sócrates:—De mi alma rey,
Sólo obedezco á la ley
Que Dios puso en mi razón.

(Rugé la chusma indignada.)
Sócrates:—Y de tal modo,
Que el hombre es centro de todo,
Y todo ante el hombre es nada.

Sólo hay un Dios... *(Gran rumor*
Entre la vil multitud.)
Sócrates:—Dios de virtud,
Del bien y lo bello autor.

A un Dios sólo, fe tributa
Un corazón como el mío...
(Y el pueblo grita:)—A ese impío,
¡La cicuta! ¡la cicuta!

(Y mientras del pueblo el celo
Lo arrastra á tan mala suerte,
Sócrates *dice:)*—¡La muerte!
¡Ultima bondad del cielo!—

(Y así, no alegando excusa,
No salva esta vida ruin,
Que, cual la hiel, le da fin
Un vaso de Siracusa.

¿Quién mejor su juicio emplea?
¿El sabio ó el pueblo homicida?
Si el sabio, ¡gloria á la vida!
Si el pueblo, ¡maldita sea!)

IV.

(Acto cuarto.—Se alborota
La plebe á Diógenes *viendo*
Taza y linterna trayendo,
La alforja y la capa rota.

Al empezar iracundo
Diógenes *silba á los tres,*
Como le silba después
A Diógenes *todo el mundo.)*

Diógenes.—Pruebo que es vana
Toda regla de razón,
En este sueño en acción
Que llamamos vida humana,

Si á preguntaros me atrevo
¿De quién antes se origina,
El huevo de la gallina,
O la gallina del huevo?—

(Todos tres su menosprecio
Le hacen á Diógenes *ver,*
Y éste hace á los tres saber
Su desprecio hacia el desprecio.)

DIÓGENES:—Nada hay formal;
Esta vida es una gresca
Tragi-cómico-burlesca,
Jocoso-sentimental.

No hay ninguna cosa cierta,
Más que son vuestras locuras
Escenas de criaturas
Junto á una tumba entreabierta.

El pensar, creer y sentir,
No es sentir, creer ni pensar;
Eso se debe llamar
Nacer, crecer y morir.

Si aplico aquí mi linterna,
Ni con un hombre tropiezo.
¡La vida! eterno bostezo,
Si no es una falta eterna.

¡Mundo! esfuerzos sin deber;
Virtudes sin religión;
Puntos de honor sin razón,
Y crímenes sin placer.

(Los unos prorrumpen:)—¡Fuera!
(Los otros exclaman:)—¡Bravo!
(Y todos gritan al cabo,
Éstos:)—¡Viva!—*(Aquellos:)*—¡Muera!—

(Yo al ver á todos, me río,
Pues llorar no puedo ya:
¡Dónde el depósito está
De las lágrimas, Dios mío!)

V.

(El pueblo á la conclusión
Muestra, al partir tristemente,
Aire de duda en la frente,
Y angustia en el corazón.)

(*Dice éste al irse:*)—¡A pensar!
(*Y aquél murmura:*)—¡A sentir!
(*Uno:*)—¡A reir! ¡A reir!
(*Y otro:*)—¡A llorar! ¡A llorar!

(*Resumen:—¿Qué es el vivir?*
—SENTIR, *uno. Otro:*—CREER.
Este:—CREER Y SABER.
Y aquél:—NI CREER NI SENTIR.

¿Qué es el mundo?—Lo que vemos.—
¿Y el saber?—Lo que se ignora.—
Y ¿qué es Dios?—Lo que se adora.—
¿Y virtud?—Lo que queremos.—

Y aunque más el pueblo alcanza
Con su VIRTUD-ARMONÍA,
Con su FE-SABIDURÍA
Y con su DIOS-ESPERANZA,

Los sabios al escuchar,
Ignora el pueblo qué hacer,
Si ha de dudar ó creer
Si ha de reir ó llorar.)

FIN DE LA SEGUNDA ÉPOCA.

DOLORAS.

TERCERA PARTE.

DOLORAS.

LXVII.

LA VERDAD Y LAS MENTIRAS.

Á FERNANDO ÁLVAREZ Y GUIJARRO.

Cuando por todo consuelo,
Un sacerdote, al nacer,
Nos dice en nombre del cielo:
—Polvo es, y polvo ha de ser,—

Dicen, en coro armonioso,
El pecho de gozo lleno,
La nodriza:—Será hermoso;—
Y la madre:—¡Será bueno!—

Y luégo, allá en lontananza,
Gritan en acorde són:
—¡Será feliz!—la esperanza;
Y—¡será Rey!—la ambición.

Y yendo el tiempo y viniendo,
Aquí, lo mismo que allá,
La religión va diciendo:
—¡Polvo es, y polvo será!—

Con vanidad y codicia,
Dicen, sin reir jamás:
—¡Será un Creso!—la avaricia;
Y el orgullo:—¡Será más!—

Y exclaman con fiero acento
De todo saber en pos:
—¡Será Homero!—el sentimiento;
Y la razón:—¡Será Dios!—

Y en tanto la religión,
Al morir, como al nacer,
Repite:—No hay remisión;
¡Polvo es, y polvo ha de ser!—

LXVIII.

LA AMBICIÓN.

A un monte una vez subí,
Y de cansado me eché;
Mas luégo que lo bajé,
De confiado caí.

¡Déjame, ambición, aquí
Hasta morir descansando!
¿Qué ganaré ambicionando,
Si cuanto más suba, entiendo
Que me he de cansar subiendo,
Y me he de caer bajando?

LXIX.

LOS GRANDES HOMBRES.

De Yuste en el santüario,
Carlos Quinto, Emperador,
Valientemente al calvario
Subiendo de su dolor,

Ver su entierro determina,
Cual resuelto capitán,
Doblado como la encina
Rota por el huracán.

Ya en el ataúd metido
Como en lecho sepulcral,
Cayó cual león herido
Que lleva el dardo mortal.

Y al tiempo en que se cayó,
Mirándole de hito en hito
Una vieja murmuró:
—¡Qué feo y qué viejecito!—

Y cuando la multitud
Cree que el grande Emperador
Está, más que en su ataúd,
Sepultado en su dolor,

Él, frunciendo el entrecejo,
Y fijo en tan vana idea,
Dice:—¿Qué soy feo y viejo?
¡Ella sí que es vieja y fea!—

¿Qué le importará al cuitado
Más bello ó más joven ser,
Si esas cosas ya han pasado
Para nunca más volver?

Del *Dies iræ* el rumor
Ya consternaba el ambiente,
Y aun dice el Emperador:
—¡Habrá vieja impertinente!—

Mientras el canto bosqueja
Todo el horror de aquel día,
Al Rey la voz de la vieja
El corazón le roía.

Y es cosa particular,
No pueda un varón tan fuerte
Una burla despreciar,
El, que desprecia la muerte.

Don Carlos siente iracundo
El corazón hecho trizas,
Y el canto prosigue:—¡El mundo
Se convertirá en cenizas!—

La vieja, del funeral
Oye entretanto el solfeo,
Como diciendo:—Sí tal,
Muy viejecito y muy feo.—

Y airado su Majestad
Sigue:—¡Bruja del infierno!—
Y el canto:—¡Por tu bondad
Líbrame del fuego eterno!—

Calla el coro; alza el semblante
Pálido el Emperador,
Surgiendo allí semejante
A la estatua del dolor;

Y cuando el monje imperial
Vuelve á su celda apartada,
Mostrando algo de fatal
En su frente devastada,

Por todo su sér refleja
Santa humildad, puro amor;
Tan sólo miró á la vieja
Con humos de Emperador.

LXX.

LOS RELOJES DEL REY CARLOS.

Carlos Quinto, el esforzado,
Se encuentra asaz divertido
De cien relojes rodeado,
Cuando va, en Yuste olvidado,
Hacia el reino del olvido.

Los ve delante y detrás
Con ojos de encanto llenos,
Y los hace ir á compás,
Ni minuto más ni menos,
Ni instante menos ni más.

Si un reloj se adelantaba,
El imperial relojero
Con avidez lo paraba,
Y al retrasarlo exclamaba:
—Más despacio, ¡majadero!—

Si otro se atrasa un instante,
Va, lo coge, lo revisa,
Y aligerando el volante,
Grita:—¡Adelante, adelante,
Majadero, más aprisa!—

Y entrando un día,—¿Qué tal?—
Le preguntó el confesor.
Y el relojero imperial
Dijo:—Yo ando bien, señor;
Pero mis relojes mal.

—Recibid mi parabién,—
Siguió el noble confidente;
—Mas yo creo que también,
Si ellos andan malamente,
Vos, señor, no andáis muy bien.

¿No fuera una ocupación
Más digna, unir con paciencia
Otros relojes, que son,
El primero el corazón,
Y el segundo la conciencia?—

Dudó el Rey cortos momentos,
Mas pudo al fin responder:
—¡Sí! más ó menos sangrientos,
Sólo son remordimientos
Todas mis dichas de ayer.

Yo, que agoto la paciencia
En tan necia ocupación,
Nunca pensé en mi existencia
En poner el corazón
De acuerdo con la conciencia.—

Y cuando esto profería,
Con su *tic-tac* lastimero,
Cada reloj que allí había
Parece que le decía:
—¡Majadero! ¡Majadero!...

—¡Necio!—prosiguió,—al deber
Debí unir mi sentimiento,
Después, si no antes, de ver
Que es una carga el poder,
La gloria un remordimiento.—

Y los relojes sin duelo
Tirando de diez en diez,
Tuvo por fin el consuelo
De ponerlos contra el suelo
De acuerdo una sola vez.

Y añadió:—Tenéis razón:
Empleando mi paciencia
En más santa ocupación,
Desde hoy pondré el corazón
De acuerdo con la conciencia.—

LXXI.

LO QUE HACE EL TIEMPO.

Á BLANCA ROSA DE OSMA.

Con mis coplas, Blanca Rosa,
Tal vez te cause cuidados,
Por cantar
Con la voz ya temblorosa,
Y los ojos ya cansados
De llorar.

Hoy para tí sólo hay glorias,
Y danzas y flores bellas;
Mas después,
Se alzarán tristes memorias,
Hasta de las mismas huellas
De tus piés.

En tus fiestas seductoras,
¿No oyes del alma en lo interno
Un rumor,
Que lúgubre á todas horas,
Nos dice que no es eterno
Nuestro amor?

¡Cuánto á creer se resiste
Una verdad tan odiosa
Tu bondad!
Y esto ¡fuera menos triste,
Si no fuera, Blanca Rosa,
Tan verdad!

Te aseguro, como amigo,
Que es muy raro, y no te extrañe,
Amar bien,
Siento decir lo que digo;
Pero, ¿quieres que te engañe
Yo también?

Pasa un viento arrebatado,
Viene amor, y á dos en uno
Funde Dios;
Sopla el desamor helado,
Y vuelve á hacer, importuno,
De uno, dos.

Que amor, de egoísmo lleno,
A su gusto se acomoda

Bien y mal;
En él hasta herir es bueno,
Se ama ó no ama, aquí esta toda
Su moral.

¡Oh! ¡qué bien cumple el amante,
Cuando aun tiene la inocencia,
Su deber!
Y ¡cómo, más adelante,
Aviene con su conciencia
Su placer!

¿Y es culpable el que, sediento,
Buscando va en nuevos lazos
Otro amor?
¡Sí! culpable como el viento
Que, al pasar, hace pedazos
Una flor.

¿Verdad que es abominable
Que el corazón vagabundo
Mude así,
Sin ser por ello culpable,
Porque esto pasa en el mundo
Porque sí?

Se ama una vez sin medida,
Y aun se vuelve amar sin tino
Más de dos.
¡Cuán versátil es la vida!

¡Cuán vano es nuestro destino,
Santo Dios!

Él lleve tu labio ayuno
A algún manantial querido
De placer,
Donde dichosa, ninguno
Te enseñe nunca el olvido
Del deber.

Siempre el destino inconstante
Nos da cual vil usurero
Su favor:
Da amor primero y no amante;
Después mucho amante, pero
Poco amor.

Tranquila á veces reposa,
Y otras se marcha volando
Nuestra fe.
Y esto pasa, Blanca Rosa,
Sin saber cómo, ni cuándo,
Ni por qué.

Nunca es estable el deseo,
Ni he visto jamás terneza
Siempre igual.
Y ¿á qué negarlo? No creo
Ni del bien en la fijeza,
Ni del mal.

Este ir y venir sin tasa,
Y este moverse impaciente,
Pasa así,
Porque así ha pasado y pasa,
Porque sí, y ¡ay! solamente
Porque sí.

¡Cuán inútil es que huyamos
De los fáciles amores
Con horror,
Si cuanto más las pisamos,
Más nos embriagan las flores
Con su olor!

El cielo sin duda envía
La lucha á la tormentosa
Juventud;
Pues, ¿qué mérito tendría
Sin esfuerzos, Blanca Rosa,
La virtud?

¡Ay! un alma inteligente,
Siempre en nuestra alma divisa
Una flor,
Que se abre infaliblemente
Al soplo de alguna brisa
De otro amor.

Mas dirás:—¿Y en qué consiste
Que todo á mudar convida?—

¡Ay de mí!
En que la vida es muy triste...
Pero aunque triste, la vida
Es así.

Y si no es amor el vaso
Donde el sobrante se vierte
Del dolor,
Pregunto yo:—¿Es digno acaso
De ocuparnos vida y muerte
Tal amor?—

Nunca sepas, Blanca Rosa,
Que es la dicha una locura,
Cual yo sé;
Si quieres ser venturosa,
Ten mucha fe en la ventura,
Mucha fe.

Si eres feliz algún día;
¡Guay, que el recuerdo tirano
De otro amor
No se filtre en tu alegría,
Cual se desliza un gusano
Roedor!

Tú eres de las almas buenas,
Cuyos honrados amores
Siempre son
Los que bendicen sus penas,

Penas que se abren en flores
De pasión.

Con tus visiones hermosas,
Nunca de tu alma el abismo
Llenarás,
Pues la fuerza de las cosas
Puede más que Hércules mismo,
¡Mucho más!...

Si huye una vez la ventura,
Nadie después ve las flores
Renacer
Que cubren la sepultura
De los recuerdos traidores
Del ayer.

¿Y quién es el responsable
De hacer tragar sin medida
Tanta hiel?
¡La vida! ¡esa es la culpable!
La vida, sólo es la vida
Nuestra infiel.

La vida, que desalada,
De un vértigo del infierno
Corre en pos:
Ella corre hacia la nada;
¿Quieres ir hacia lo eterno?
Vé hacia Dios.

¡Sí! corre hacia Dios, y Él haga
Que tengas siempre una vieja
Juventud.
La tumba todo lo traga;
Sólo de tragarse deja
La virtud.

LXXII.

FIN Y MORAL DE LA ILÍADA.

Después que Troya fué, severa Esparta,
Muerto su Rey, de liviandades harta,
A Rodas sin piedad desterró á Elena,
Donde la ahorcó celosa Polixena.
Pero antes que el honor del sexo bello
Como un cisne al morir doblase el cuello,
La dijo así el verdugo:—¿Por ventura,
Quieres más que la dicha tu hermosura?
La Reina, que tu mal tanto desea,
Te dejará vivir si te haces fea;
Ponte estas hierbas sobre el rostro, hermosa,
Y siendo horrible, vivirás dichosa.
¿No vale más ser fea afortunada,
Que hermosa, y por hermosa desdichada?—
Calló el verdugo y suspiró; mas ella,

Prefiriendo el no ser á no ser bella,
Cogió el dogal, y se lo ató de suerte,
Que, á su belleza fiel, se dió la muerte;
Y más que vivir fea y venturosa,
Prefirió ser ahorcada, siendo hermosa.

LXXIII.

LA CIENCIA NUEVA DE VICO.

I.

A un cierto maestro ví
En cierto pueblo explicar
A varios niños, á mí,
Y al sacristán del lugar;

Y recuerdo, aunque era un chico,
Que comenzó de esta suerte:
—Ved: ciencia nueva de Vico;
Nacimiento, vida y muerte.

Círculo de toda historia,
Renacer tras de acabar:
Fábula, entusiasmo, gloria,
La muerte, y vuelta á empezar.

Así, ya unida, ya rota,
Sigue esta rueda fatal,
Sin que se turbe una nota
Del concierto universal.

Allá el Egipto entreveo;
Vida, gloria, senectud,
Reyes—Pastores—Proteo.—
Cambises; la esclavitud.

¡Cielo de dichas y penas!
Llega la Grecia. ¡Atención!
Los Argos—Esparta—Atenas.—
Filipo; la humillación.

Mudando nombres y nombres,
En rápido movimiento
Rodando van pueblos y hombres
Cual hojas que arrastra el viento.

¡Fenicia! Ved á Sidón,
La reina antigua del mar.
Cartago—Pigmaleón.—
Nabuco, y vuelta á empezar.

Dioses—Héroes—Invenciones.
Así, abyectas ó gloriosas,
Van, como veis, las naciones,
Los hombres, pueblos y cosas.

¡Roma! Tras su edad divina,
Por César llega á Tiberio.
Numa—Catón—Mesalina,—
Reyes—República—Imperio.

Pasan así en raudo giro,
Y en perpetua evolución,
Alejandro, como Ciro,
Como César, Napoleón.—

II.

Y al ver que de nuevo empieza
Su incesante torbellino,
Poniéndonos la cabeza
Cual la rueda de un molino,

—Ó vuestro Vico es un tonto,
Ó yo no sé qué pensar,—
Dijo al maestro de pronto
El sacristán del lugar.

—No es gran mérito el zurcir
La historia de esa manera;
Nacer, crecer y morir;
Eso lo sabe cualquiera.

Pese á vuestros pareceres,
¿No valdría mucho más
Decir á todo: *Polvo eres,*
Y en polvo te volverás?—

Mira el maestro al que cree
Llegar de Vico á la altura,
Como quien dice: (—Este lee
Los libros santos del cura.—)

Y en su silencioso afán,
Que esto imagina se infiere:
(—Dice bien el sacristán,
Todo lo que nace muere.—)

Y murmuró: (—De manera
Que mi ciencia está de más,
Si un libro santo cualquiera
Enseña esto y mucho más.—)

Y al fin,—¡niños!—prorrumpió,
—Después de círculos tantos,
Podréis saber más que yo
Leyendo los libros santos.

Pues hoy por ellos me explico
Cómo puede ser que sea
Mucho más sabio que Vico
El sacristán de una aldea.—

LXXIV.

LA HISTORIA DE AUGUSTO.

I.

A Ovidio empieza á leer
Su historia el Emperador,
Pues dice que quiere ser,
Cual César, autor y actor.

Hombre sin Dios y sin ley,
Que de su provecho en pos,
Pérfido antes, se hace Rey,
Necio después, se hace Dios;

En su historia disculpaba
Sus faltas cándidamente,
Cosas que Ovidio escuchaba
Con el rubor en la frente.

—¿Verdad que al mundo hará honor
La que llamo *era Juliana?*—
Dijo á Ovidio, el salteador
De la libertad romana.

Con un dictamen muy justo
Quiso Ovidio honrar su labio;
Porque al fin perdona Augusto,
Después que se venga Octavio.

Y—francamente, señor,—
Dijo, de modestia lleno,
—Si sois bueno como actor,
Como autor no sois tan bueno.—

—Ó—con altivo semblante
Replicó el Emperador
—Que soy muy buen comediante,
Pero muy mal escritor.—

Selló el Rey su augusto labio,
Calló Ovidio, no sin susto,
Pues siempre al fin venga Octavio
Los disimulos de Augusto.

II.

Cayó Ovidio en el desliz
De llamar, poco después,
A Livia, la Emperatriz,
«Ulises con guardapiés.»

Tuvo el Rey por ofensivo
Este madrigal tan bello,
Tomando esto por motivo
Para vengarse de aquello.

Y á Ovidio desterró Augusto
De la Circasia á un rincón,
Como buen tirano, injusto;
Falso, cual buen histrión.

III.

Muriendo Octavio inmortal,
Entre grandes dignos de él,
Les pregunta así:—¿Qué tal
Representé mi papel?—

Y contesta Ovidio á Octavio
Desde la orilla del Ponto:
—Representó como un sabio
Lo que pensó como un tonto.

Murió Octavio, el iracundo;
Pereció Augusto, el sagaz;
El que dió la paz al mundo,
Ya ha dejado al mundo en paz.

Conque, *¿qué tal?* Lo repito
Con más razón que despecho:
Has hecho muy bien lo escrito,
Y escrito mal lo que has hecho.

Doy al mundo el parabién.
¡Falso! aun preguntas *¿qué tal?*
Como cómico, muy bien;
Como Emperador, muy mal.—

LXXV.

ANTINOMIAS DEL GENIO.

Sentado indolentemente,
Cierta noche de verano,
Con una pluma en la mano
Y una luz frente por frente,

Está Napoleón Primero
Sumando con mucho afán,
Puesto á un lado aquel gabán,
Y á otro lado aquel sombrero.

Suma, de intento, muy mal,
Entre espantado é iracundo,
Todas las muertes que al mundo
Costó su gloria imperial.

Y cuando ya á traslucir
Llega una cifra espantosa,
Se lanza una mariposa,
Sobre la luz á morir.

Su muerte próxima, al ver,
Sintió el héroe compasión;
Que al fin, aunque Napoleón,
Era un hijo de mujer;

Y con benévola calma
La separó dulcemente,
Pues los que matan la gente
Pueden también tener alma.

Él, que *carne de cañón*
Pudo á los hombres llamar,
Ve á un insecto peligrar,
Con pena en el corazón.

Ni ella cede, ni él se pára,
Y con la intención más terca,
Cuanto más ella se acerca,
Tanto más él la separa.

Tal vez el Emperador
Llorara de sufrir tanto,
Si él pudiera tener llanto
Para el ajeno dolor.

¡Ay! una vida tan ruin,
¿No había de enternecer
Al que acababa de hacer
Del universo un botín?

¡Y luégo la coalición
Dirá que no era perfecto
El que en salvar á un insecto
Funda un sueño de Colón!

Sigue la lucha emprendida
Entre él y ella, y de esta suerte,
Mientras busca ella la muerte,
Le da Napoleón la vida.

Y así el empeño siguió
Por ambos con frenesí;
La mariposa en que sí,
Y Napoleón en que no.

La salva al fin, y—¡victoria!—
Exclama con alegría
El que hacía y deshacía
A cañonazos la historia.

¡Victoria! ¡Victoria, pues!
¡Dios inmenso! ¡Dios inmenso!
¡De esa acción suba el incienso
Hasta tus divinos pies!

Aquella alma generosa
Que vertió de sangre un mar,
¡Cuánto luchó por salvar
La vida á una mariposa!

¡Que alguno de tal bondad
Cuente á la Francia la gloria,
Luégo la Francia á la historia,
Y ésta á la posteridad!

Y tú, ciega multitud,
Pobre *carne de cañón*,
Dí por él:—¡Oh compasión,
Tú eres sólo la virtud!—

LXXVI.

LAS DOLORAS.

Á DOÑA JUANA BARRERA DE CAMPOS.

¿Conque una buena dolora
Me pides, Juana, tan llena
De candor?
Tal vez tu inocencia ignora
Que será, si es la más buena,
La peor.

¿Te he de alabar, fementido,
Desventuradas venturas
Que gocé,
Y amores que he aborrecido
E inagotables ternuras
Que agoté?

Perdona si en mis doloras
Siempre mi pecho destila
La ansiedad
De unas sombras vengadoras
Que asaltan mi no tranquila
Soledad.

Jamás en ellas escrito
Dejaré, imbécil ó loco,
El error
De que el bien es infinito,
Ni que es eterno tampoco
El amor.

Bueno es que, aunque terrenales,
Nuestras venturas amemos;
Pero ¡ah!
Bienes de acá son mortales,
¡La dicha y el bien supremos
Son de allá!

¡Qué inconsolables cuidados
Da el ver, desde la rendida
Senectud,
Los tesoros disipados
De la por siempre perdida
Juventud!

¡Qué manantial tan fecundo
De engañosas esperanzas

Es amor!
¡Qué doctor es tan profundo
En útiles enseñanzas
El dolor!

¡Cuán ciego el amor, cuán ciego,
Falta al deber más sagrado!
Y es de ver
¡Cómo al amor faltan luégo
Los que primero han faltado
Al deber!

¡Pérfido amor, y cuál huye
Tras los primeros momentos
Del ardor!
¡Santa amistad, que concluye
Por cumplir los juramentos
Del amor!

¡Siento á fe que esta dolora
Hiera, Juana, tu ternura!
Mas ya ves
Que toda dicha de ahora
Es siempre la desventura
De después.

Por eso, olvidado, quiero
Ya sólo el eterno olvido
Esperar,
Aunque del mundo en que espero,

Más siento el haber venido
Que el marchar.

Hasta de mí, el pensamiento
Hastiado, y arrepentido
Del vivir,
Huye cual remordimiento
Que del crímen cometido
Quiere huir.

Aunque, de dolor ajenos,
La vida ven placentera
Los demás,
Si la despreciara menos,
Yo acaso la aborreciera
Mucho más.

Deja ya, corazón mío,
Cuanto encuentras deleitable,
Sin saber
Que al gozar, mueres de hastío,
Galeote miserable
Del placer.

¡La vida! ¡Cuán fácil fuera
Sus más aciagos momentos
Soportar,
Si en el pecho se pudiera
Algunos remordimientos
Enterrar!

Mas ¡ay! Juana encantadora,
¡Cuál de espanto retrocede
Tu candor,
Al mirar que esta dolora,
Si es buena, tampoco puede
Ser peor!

Y es que derramo sincero
De mi dolor la medida
Sin querer,
Siempre que las aguas quiero
De mi soñolienta vida
Remover.

Ya, cual todo penitente
En el lodo derribado
Por su cruz,
Me agito impacientemente
Por revolverme hacia el lado
De la luz.

Yo antes vivir anhelaba,
Mas hoy morir sólo fuera
Mi ilusión,
Si estuviese como estaba
El día de mi primera
Comunión.

¡Juana! el respeto adoremos
Que aun nos liga complaciente

Al deber,
Y los lazos desatemos
Que habrá el tiempo tristemente
De romper.

¿A qué esperar á mañana
En dejar esto, y de aquello
En huir,
Si aunque tú lo sientas, Juana,
Lo que no dejemos, ello
Se ha de ir?

Al fin, de tu santo celo
Las huellas de buena gana
Sigo fiel.
Cuando va el perfume al cielo,
Todo lo que siente, Juana,
Va con él.

Ya en mi inútil existencia
Sólo el ímpetu modero
Del dolor,
Con paciencia y más paciencia,
Ese valor verdadero
Del valor.

Y hoy que humilde, si antes tierno,
Sus culpas el alma mía
Va á expiar,
¡Perdóname, Dios eterno!

¡Entónces ¡ay! no sabía
Sino amar!

Ya en nada inmutable creo
Más que en Dios Omnipotente;
Y también
En que engaña mi deseo
Por llevarme más clemente
Hacia el bien.

¡Sí! me lleva al bien cumplido
Que busco cual nunca, fuerte,
Pues ya sé
Que, aunque todo me ha vencido,
Hoy venceré hasta la muerte
Con la fe.

Y adiós, Juana, que extasiado,
Del supremo bien que anhelo
Voy en pos.
¿Quién será el desventurado
Que sólo mirando al cielo
No halle á Dios?...

LXXVII.

LA GRAN BABEL.

Á DON RAFAEL CABEZAS.

I.

Refiere el vulgo agorero
Que de los cantos del mundo,
El *tarará* fué el primero,
Y el *tururú* fué el segundo.

Y hay quien cree que estos sonidos
De *tururú* y *tarará*,
Son los últimos gemidos
Que una lengua al morir da.

Oye, y al fin de esta historia,
¡Dichosos, Rafael, los dos,
Si al perder la fe en la gloria,
Aun nos queda la de Dios!

II.

A un Romano un caballero
Regaló un pájaro un día
Que, lo mismo que un Homero,
Voces del griego sabía.

Y es fama que el patrio idioma
Charloteaba con tal fuego,
Que al pájaro toda Roma
Le llamó el *último griego*.

Si con preguntas la gente
Le importunaba quizá,
Respondía impertinente
El pájaro:—*Tarará*.

—¿Qué es *tarará?*—preguntó
Lleno el Romano de celo.
Soñó un sabio y contestó:
—*¿Tarará?* Patria del cielo.—

Que á un sueño, hambrienta de fama,
Se agarra la tradición,
Como un náufrago á la rama
Prenda de su salvación.

Después de mucho aprender,
Ni al cabo de la jornada
Llegó el Romano á saber
Que *tarará* no era nada.

Sólo por presentimiento
Pudo asegurar un día,
Que era el pájaro del cuento
El que más griego sabía.

Y es que sin duda perece,
Cual lo mezquino también,
Hasta aquello que merece
De Dios y la historia bien.

III.

Pues dando á esta historia cima,
Refiere otra tradición
Que siendo virrey en Lima
Nuestro Conde de Chinchón,

Le regalaron un día
Un loro experto en historia,
El sólo eco que existía
De la peruviana gloria.

—¿Quién fué,—le pregunta el Conde,
—El primer Rey del Perú?—
Habla el loro, y le responde
En ronca voz:—*Tururú.*

—¿Sabremos qué frase es esta?—
Dice á un sabio el español.
Sueña el sabio y le contesta:
—*¿Tururú?* Patria del sol.—

El pobre sabio aquí miente,
Cual mintió iluso el de allá:
¿Quién renuncia fácilmente
A la ilusión que se va?

Toda lengua y toda gloria,
Cumplida ya su misión,
Se tiende sobre la historia
Como un fúnebre crespón.

Pues lo mismo aquí que allá,
En Roma y en el Perú,
Como el Griego á un *tarará*,
Llegó el Inca á un *tururú*.

¡Paciencia! en queriendo el cielo
Nuestras glorias eclipsar,
No nos deja más consuelo
Que el consuelo de llorar.

IV.

Muy pronto, Rafael, quizá,
Por más que de ello te espantes,
Cual Homero un *tarará*,
Será un *tururú* Cervantes.

¡Cuánto los hombres se humillan
Viendo el eclipse total
De estas estrellas que brillan
En nuestro mundo moral!

¡Ay! esta lengua en que está
Brillando un vate cual tú,
¿Dará fin en *tarará*,
Ó acabará en *tururú?*

Corre el tiempo, y confundido
Lo grande con lo pequeño,
Juntos en perpetuo olvido
Los une un perpetuo sueño.

Mas tú, cual yo, á Dios alaba,
Pues ya sabemos los dos,
Que allí donde todo acaba
Es donde comienza Dios.

LXXVIII.

TODO Y NADA.

—¡Cuánta dicha! y ¡cuánta gloria!—
Dije, entre humillado y fiero,
Leyendo una vez la historia
Del Emperador Severo.

Y cuando á verle llegué
Subir á Rey desde el lodo,
—Yo en cambio,—humilde exclamé,—
No fuí nada, y nada es todo.—

Mas con humildad mayor,
Ví que al fin de la jornada
Exclamó el Emperador:
—Yo fuí todo, y todo es nada.—

LXXIX.

LOS DOS CETROS.

1860

Á S. A. R. EL PRÍNCIPE DE ASTÚRIAS.
(DON ALFONSO XII.)

I.

Vine un convento á heredar,
Y al mismo convento, anejo
Un templo á medio arruinar,
Donde hallé un santo muy viejo
Encima de un viejo altar.

Cogí un bastón que tenía
De caña el santo bendito,
Y dentro un papel había
Que, por don Pelayo escrito,
De esta manera decía:

II.

—Escucha, lector, la historia
Del postrer Rey español,
Y á los que amengüen su gloria,
Les ruego que hagan memoria
Que hay manchas hasta en el sol.

Meses anduve cumplidos
Del Rey don Rodrigo en pos,
Desde el día en que, vendidos,
Fuimos en Jerez vencidos
Los del partido de Dios.

Hallé al fin al Rey de España
Al pie de este santüario,
Llevando un cetro de caña,
Pobre pastor solitario,
Rey de una pobre cabaña.

Y al verme, casi llorando,
Rodrigo habló de esta suerte:
—Porque te estaba esperando,
No me hallo ya descansando
En los brazos de la muerte.

Llegué aquí desesperado,
Cuando mi trono se vió
Por traidores derribado...
¡Dios les haya perdonado
Como les perdono yo!

Desde entonces, entre flores,
Vagando por los oteros,
Recuerdan á mis dolores
El cetro, amigos traidores,
La caña, mansos corderos.

Tú, elegido por mi amor
Y mi heredero por ley,
Escoge aquí lo mejor
Entre este cetro de rey
Y esta caña de pastor.

Sé humilde ó grande. Yo ahora
Me quedo á ejercer contento
La virtud que el cielo adora,
Que es el arrepentimiento,
Que en la sombra reza y llora.—

Dijo, y siguiendo el destino
De su alegre adversidad,
Lleno de un fervor divino,
Tomó Rodrigo el camino
De la eterna soledad.

Yo, Pelayo, os doy la historia
Del postrer Rey español,
Y á los que amengüen su gloria,
Les ruego que hagan memoria
Que hay manchas hasta en el sol.

¡Dios eterno! ¿y de estas flores
He de dejar los senderos,
Recordando á mis dolores
El cetro, amigos traidores,
La caña, mansos corderos?

¡Sí! que aunque mi alma cansada
Tomaría de buen grado
El arado por la espada,
Tomo por tí, patria amada,
La espada en vez del arado.

Parto, y lo escrito, al marchar,
Con la caña al santo dejo.—
Caña que á mí vino á dar
Cuando hallé aquel santo viejo
Encima de un viejo altar.

Y he aquí por qué suerte extraña
Del Rey don Rodrigo, así
Han llegado cetro y caña,
Grande el cetro al Rey de España,
Y humilde la caña á mí.

III.

A vos, Príncipe y Señor,
Desde la cuna rodeado
De todo humano esplendor,
Os escribo ésta, sentado
Sobre unas yerbas en flor.

Vinimos por suerte extraña
A un Rey á heredar los dos,
Vos su cetro, y yo su caña;
Vos el cetro Real de España,
Yo el que humilde llevó Dios.

Cansancio ó tedio espantoso
El cetro os dará algún día;
La caña, más venturoso,
Al menos ¡ay! os daría
En la oscuridad reposo.

Yo, en vez de Rey desdichado,
Seré un dichoso pastor,
Pues ya el mundo me ha enseñado
Que, entre el cetro y el cayado,
El cayado es lo mejor.

¡Cuánto seréis bendecido
Desde mi humilde rincón,

Cuando os lleven perseguido,
La calumnia, si vencido;
Si vencéis, la adulación!

Cuando yo ande indiferente
Por el monte ó por el llano,
A vos os dirá la gente,
—¡Rey débil!—si sois clemente;
Si justiciero,—¡tirano!

¡Cuál será vuestro cuidado,
Mientras que todo, Señor,
Yo lo olvidaré, olvidado,
En mi trono recostado
De humildes yerbas en flor!

Noble, cual vuestra Nación,
A vuestra Madre imitad,
En cuyo Real corazón,
Se aman justicia y perdón,
Se abrazan dicha y verdad.

Y Dios, para bien de España,
De su gracia os dé el tesoro.
Dado en mi pobre cabaña;
Yo, el rey de cetro de caña,
A mi Rey de cetro de oro.

FIN DE LA TERCERA ÉPOCA.

DOLORAS.

CUARTA PARTE.

DOLORAS.

LXXX.

LOS DOS MIEDOS.

I.

Al comenzar la noche de aquel día,
Ella, léjos de mí,
—¿Porqué te acercas tanto?—me decía;
—¡Tengo miedo de tí!—

II.

Y después que la noche hubo pasado,
Dijo, cerca de mí:
—¿Por qué te alejas tanto de mi lado?
¡Tengo miedo sin tí!—

22

LXXXI.

LA ÚLTIMA PALABRA.

Cuando yo con el alma te quería,
¿Quién presumir pudiera
Que á despreciar ¡infame! llegaría
En tí y por tí la humanidad entera?...

LXXXII.

A REY MUERTO REY PUESTO.

El principio de toda tentación
es no ser uno constante...
(Kempis, lib. I, cap. XII.)

Murió por tí; su entierro al otro día
Pasar desde el balcón juntos miramos;
Y espantados tal vez de tu falsía
En tu alcoba los dos nos refugiamos.
Cerrabas con terror los ojos bellos.
El *requiéscat* se oía. Al verte triste,
Yo la trenza besé de tus cabellos,
Y—¡traición! ¡sacrilegio!—me dijiste.
Seguía el *de profundis* y gemimos...
El muerto y el terror fueron pasando...
Y al ver luégo la luz, cuando salimos,
—¡Qué vergüenza!—exclamaste suspirando.
Decías la verdad. ¡Aquel entierro!...
¡El beso aquel sobre la negra trenza!...
Después ¡la oscuridad de aquel encierro!...
¡Sacrilegio! ¡Traición! ¡Miedo! ¡Vergüenza!

LXXXIII.

HASTÍO.

Sin el amor que encanta,
La soledad de un ermitaño espanta.
¡Pero es más espantosa todavía
La soledad de dos en compañía!

LXXXIV.

LAS DOS COPAS.

I.

Le dijo á Rosa un doctor:
—«Se curan de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral.
»Yo, aunque el método condene,
Lo dulce en lo amargo escondo:
Esta copa es la que tiene
Dulce el borde, amargo el fondo.
»Y por si quiere esa boca
Cumplir una vez mi encargo,
Tiene esta segunda copa
Dulce el fondo, el borde amargo.
»Dios, sin duda, así lo quiso,
Y esto siempre ha sido y es:
Tomar lo amargo es preciso,
Bien antes ó bien después.»—

II.

Rosa luégo, de ansia llena,
Dice en su amoroso afán:
—«Mezclados cual dicha y pena
Lo dulce y lo amargo van.
»Merced á doctor tan sabio,
Ve, aunque tarde, mi razón,
Que aquello que es dulce al labio
Es amargo al corazón.
»Yo, que hasta el postrer retoño
Agosté en mi edad primera,
Brotar no veré en mi otoño
Flores de mi primavera.
»Fuí dejando, por mejor,
Lo amargo para el final,
Y esto, según el doctor,
Sabe bien, mas sienta mal.
»Cumpliré una vez su encargo:
Tú, copa segunda, ven,
Pues tomar antes lo amargo,
Si sabe mal, sienta bien.
»¡Oh, cuán sabio es el doctor
Que cura de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral!»—

LXXXV.

MAL DE MUCHAS.

¿Qué mal, doctor, la arrebató á la vida?—
Rosaura preguntó con desconsuelo.
—Murió, dijo el doctor, de una caída.
—Pues ¿de dónde cayó?—Cayó del cielo.—

LXXXVI.

BODAS CELESTES.

Te ví una sola vez, sólo un momento;
Mas lo que hace la brisa con las palmas
Lo hace en nosotros dos el pensamiento;
Y así son, aunque ausentes, nuestras almas
Dos palmeras casadas por el viento.

LXXXVII.

LAS DOS ESPOSAS.

Sor Luz, viendo á Rosaura cierto día
Casándose con Blas,
—¡Oh, qué esposo tan bello! se decía,
¡Pero el mío lo es más!—
Luégo en la esposa del mortal miraba
La risa del amor,
Y, sin poderlo remediar, ¡lloraba
La esposa del Señor!

LXXXVIII.

CONVERSIONES.

Brotó un día en Rosaura el sentimiento
De su primer amor, y en el momento
Volando un ángel, con fervor divino,
Para guiarla al bien del cielo vino,
Mientras un diablo del infierno, ardiendo,
Para arrastrarla al mal, llegó corriendo.
Ante Rosaura bella,
Angel y diablo, enamorados de ella,
Divinizado el diablo se hizo bueno,
Y el ángel se impregnó de amor terreno;
Y al ser transfigurados de este modo,
Por voluntad del que lo puede todo,
Fué el ángel al infierno condenado,
Y el diablo al cielo fué purificado.
¿De qué gracia y malicia estará llena
Mujer que con mirar salva ó condena?

LXXXIX.

MEMORIAS DE UN SACRISTAN.

I.

Dos de Abril.—Un bautizo.—¡Hermoso día!
El nacido es mujer, sea en buen hora.
Le pusieron por nombre Rosalía.
La niña es, cual su madre, encantadora.
Ya el agua del Jordán su sien rocía;
Todos se ríen, y la niña llora.
Cruza un hombre embozado el presbiterio;
Mira, gime y se aleja: aquí hay misterio.

II.

A unirse vienen dos de amor perdidos.
El novio es muy galán, la novia es bella.
¿Serán en alma como en cuerpo unidos?

Testigos, primas de él y primos de ella.
En nombre del Señor son bendecidos.
Unce el yugo al doncel y á la doncella.
Dejan el templo, y al salir se arrima
Un primo á la mujer, y él á una prima.

III.

¡Un entierro! ¡Dichosa criatura!
¿Fué muerto, ó se murió? Todo es incierto.
Solos estamos sacristán y cura.
¡Cuán pocos cortesanos tiene un muerto!
Nacer para morir es gran locura.
Suenan las diez. La iglesia es un desierto.
Dejo al muerto esta luz, y echo la llave.
Nacer, amar, morir: después... ¡quién sabe!

XC.

EL ANÓNIMO.

Sobre la tumba de ella escribió un día:
—¡Por darte vida á tí, me mataría!—
Y al otro día, por autor incierto,
Con lápiz al final se vió añadido:
—Si ella hubiese vivido,
Ya de hastío tal vez la hubieras muerto.—

XCI.

NUEVO TANTALO.

Hay un rincón maldito en el infierno
Desde el que, en vaga y celestial penumbra,
Para aumentar el sufrimiento eterno,
Otro rincón del cielo se columbra.
¿Por qué de mi alma el tenebroso invierno
La hermosa luz de tu semblante alumbra,
Si es mirarse en tus ojos retratado
Hacerle ver el cielo á un condenado?

XCII.

EL ALMEZ.

I.

Junto á este mismo almez, á *Rosa* un día
Hice votos de amarla eternamente.
Se está oyendo en el aire todavía
De mi acento el rumor.
¿Por qué siento, mis votos olvidados,
Esclavo de otra fe, nuevos ardores?
Pasa el tiempo de amar y ser amados,
Mas no pasa el amor.

II.

Otro día, á *Rosaura* encantadora
Al pie del mismo almez juré lo mismo,
Y recuerdo que, entonces, como ahora,
Cantaba un ruiseñor.

Pasó el tiempo, y los nuevos ruiseñores
Vinieron á cantar á otra hermosura:
Porque se van amados y amadores,
Pero queda el amor.

III.

Después, al pie de este árbol, he sentido,
Extático mirando á *Rosalía*,
Momentos de emoción, en que he perdido
Para siempre el color.
¡Ay! ¿Pasarán, como pasaron antes,
Si no el amor, las almas que lo sienten?
¡Sí! ¡que es siempre, siendo otros los amantes,
Uno mismo el amor!

IV.

Almez, á cuyo pie tanto he adorado;
De amores, que aun vendrán, altar querido;
Que enciendes, recordando mi pasado,
De mi sangre el ardor...
Tú morirás, cual muere nuestra llama,
Y otro árbol nacerá de tu semilla,
Porque, aunque es tan fugaz todo lo que ama,
Es eterno el amor.

V.

Y cuando el mundo al fin sea extinguido
Y se oiga en las regiones estrelladas
Del orbe entero el último crujido
En inmenso fragor,
Dios de nuevo la nada bendiciendo,
De ella hará otros almeces y otros mundos,
E irá un hervor universal diciendo:
—¡Amor! ¡amor! ¡amor!...—

XCIII.

¡ASÍ!

—

I.

—Mira hacia allá. Tu eléctrica mirada
¿Por qué se clava con ardor en mí?
¡Es mi pecho un volcán! ¡muero abrasada!
¡No me mires así!—

II.

—Mira hacia acá. Tus ojos inconstantes
Ya no se clavan con ardor en mí;
Si he de vivir, mírame *así*... como antes...
Fíjate bien: *¡así!*—

XCIV.

EL ALMA EN VENTA.

Así con Satanás Julio habló un día:
—¿Quieres comprarme el alma?—Vale poco.
—Tan sólo por un beso la daría.
—Antiguo pecador, ¿te has vuelto loco?
—¿La compras?—No.—¿Por qué?—Porque ya es mía.

XCV.

EL OJO DE LA LLAVE.

No te ocupes en cosas ajenas, ni te entremetas en las cosas de los mayores.
(KEMPIS, lib. I, cap. XXI.)

I.

Á LOS QUINCE AÑOS.

Dos hablan dentro muy quedo;
Rosa, que á espiar comienza,
Oye lo que le da miedo,
Ve lo que le da vergüenza.
Pues, ¿qué hará que así le espanta
Su amiga á quien cree una santa?
No sé qué le da sonrojo,
Mas... debe ver algo grave
Por el ojo,
Por el ojo de la llave.

El corazón se le salta
Cuando oye hablar, y después
Mira... mira... y casi falta
La tierra bajo sus pies.
¡Ay! si ya á vuestra inocencia
No desfloró la experiencia,
No miréis por el anteojo
Del rayo de luz que cabe
Por el ojo,
Por el ojo de la llave.

Desde que á mirar empieza,
De un volcán la ebullición
Sube á encender su cabeza,
Va á inflamar su corazón.
Claro; el sér que piensa y siente,
Siempre, cual ella, en la frente,
Tendrá del pudor el rojo
Cuando de mirar acabe
Por el ojo,
Por el ojo de la llave.

De aquel anteojo á merced
Mira más... y más... y más...
Y luégo siente esa sed
Que no se apaga jamás.
Mas, ¿qué ve tras de la puerta
Que tanto su sed despierta?
¿Qué? Que á pesar del cerrojo,
Ve de la vida la clave

Por el ojo,
Por el ojo de la llave.

Haciendo al peligro cara,
Ve caer su ingenuidad
La barrera que separa
La ilusión de la verdad.
Pero ¿qué ha visto, señor?
Yo sólo diré al lector
Que no hallará más que enojo
Todo el que la vista clave
Por el ojo,
Por el ojo de la llave.

Siguen sus ojos mirando
Que habla un hombre á una mujer,
Y van su cuerpo inundando
Olëadas de placer.
Su amiga de gracia llena,
¿No es muy buena? ¡ah! ¡sí, muy buena!...
¿Pero hay alguien cuyo arrojo
De ser mirado se alabe
Por el ojo,
Por el ojo de la llave?

II.

Á LOS TREINTA AÑOS.

Mas, quince años después, Rosa ya sabe
Con ciencia harto precoz,
Que el mirar por el ojo de la llave
Es un crimen atroz.

Una noche de Abril á un hombre espera:
La humedad y el calor
Siempre son en la ardiente primavera
Cómplices del amor.

Húmeda noche tras caliente día...
Rosa aguarda febril.
¡Cuánta virtud sobre la tierra habría
Si no fuera el Abril!

Y como ella ya sabe lo que sabe,
Después que el hombre entró,
De hacia el frente del ojo de la llave
Cual de un espectro huyó.

Y cuando al lado de él, junto á él sentada,
En mudo frenesí
Se hablan ambos de amor, sin decir nada,
Rosa prorrumpe así:

—¿El ojo de la llave está cerrado?
¡Ay hija de mi amor!
Si ella mirase, como yo he mirado. .
Voy á cerrar mejor.

XCVI.

MIS LECTURAS.

Después de Job, para templar mi enojo
Leo cantos de Byron con ardor;
Pero, espantado de los dos, arrojo
Si á Job con pena, á Byron con horror.

Entre un vil muladar y un negro infierno
Me quita éste la fe, y aquél la calma;
Y al fin, entre el antiguo y el moderno,
Prefiero el Job del cuerpo al Job del alma.

XCVII.

A...

No doy los tristes pensamientos míos
Por tus sueños ligeros y rosados,
Porque, á cráneos vacíos,
Prefiero corazones disecados.

XCVIII.

LO DE SIEMPRE.

I.

Un galán la adoraba,
Y ella reía, mientras él lloraba.

II.

Después de cierto día,
Mientras ella lloraba, él se reía.

XCIX.

TEJER Y DESTEJER.

Gracias á tí, he caído
En el horrible estado
De olvidar cuantò puedo lo pasado,
Y despreciar después cuanto no olvido.

C.

LA VIUDA Y EL FILÓSOFO.

ELLA:—Muerto mi bien, me matará la pena.
ÉL:—¡Ay! ¡cuánto envidia ese dolor mi hastío!
ELLA:—¡Urna es mi corazón de polvo llena!
EL:—Mi pecho es un sarcófago vacío.
ELLA:—¡No hay suerte tan cruel como mi suerte!
ÉL:—¡Dichosa la que amó y ha sido amada!
ELLA:—¡Hoy en mi corazón reina la muerte!
EL:—¡En el mío es peor, reina la nada!

CI.

Para querer á un rico, que es un necio,
Por pobre me entregaste al abandono.
Si ha sido por codicia, te desprecio;
Si ha sido por amor... ¡te lo perdono!

CII.

NO HAY VIDA SIN TÍ.

¿Por qué quieres saber, Ana querida,
En qué vive mi espíritu ocupado?
Después que mi cariño has despreciado,
Me ocupo sólo en despreciar la vida.

CIII.

ELLOS Y ELLAS.

Se quieren dos; y él y ella
De amor, ó de bondad, el pecho lleno,
Mientras él nos pregunta—¿es bella, es bella?—
Ella va preguntando:—¿es bueno, es bueno?

CIV.

EL AMOR Y LA FE.

AL PIE DEL RETRATO DE QUINTANA, EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA CONDESA DE ANTILLÓN.

Jamás cantó la fe ni los placeres,
Pero probó su musa soberana
Que no son ilusiones los deberes,
Ni el patriotismo una palabra vana.
Mas, no adorando á Dios ni á las mujeres,
¿Cómo amaba y creía el gran Quintana?
Yo, exceptuando el amor, nada deseo.
Si suprimís á Dios, en nada creo.

CV.

CUESTIÓN DE NOMBRE.

De una hermosa pagana la existencia
Salvó un cristiano, y, con fervor divino,
La pagana dió gracias al *Destino*,
Y el cristiano alabó la *Providencia*.

CVI.

EL GAITERO DE GIJÓN.

Á MI SOBRINA GUILLERMINA CAMPOAMOR Y DOMÍNGUEZ.

I.

Ya se está el baile arreglando.
Y el gaitero ¿dónde está?
—Está á su madre enterrando,
Pero enseguida vendrá.
—Y ¿vendrá?—Pues ¿qué ha de hacer?
Cumpliendo con su deber
Vedle con la gaita... pero,
¡Cómo traerá el corazón
El gaitero,
El gaitero de Gijón!

II.

¡Pobre! ¡Al pensar que en su casa
Toda dicha se ha perdido,
Un llanto oculto le abrasa
Que es cual plomo derretido!
Mas, como ganan sus manos
El pan para sus hermanos,
En gracia del panadero,
Toca con resignación
El gaitero,
El gaitero de Gijón.

III.

¡No vió una madre más bella
La nación del sol poniente!...
¡Pero ya una losa, de ella
Le separa eternamente!
¡Gime y toca!. ¡Horror sublime!
Mas, cuando entre dientes gime,
No bala como un cordero,
Pues ruge como un león
El gaitero,
El gaitero de Gijón.

IV.

La niña más bailadora,
—¡Aprisa!—le dice—¡aprisa!
Y el gaitero sopla y llora,
Poniendo cara de risa.
Y al mirar que de esta suerte
Llora á un tiempo y los divierte,
¡Silban, como Zoilo á Homero,
Algunos sin compasión
Al gaitero,
Al gaitero de Gijón!

V.

Dice el triste en su agonía,
Entre soplar y soplar:
—¡Madre mía, madre mía,
Cómo alivia el suspirar!
Y es que en sus entrañas zumba
La voz que apagó la tumba;
¡Voz que, pese al mundo entero,
Siempre la oirá el corazón
Del gaitero,
Del gaitero de Gijón!

VI.

Decid, lectoras, conmigo:
¡Cuánto gaitero hay así!
Preguntáis ¿por quién lo digo?
Por vos lo digo, y por mí.
¿No veis que al hacer, lectoras,
Doloras y más doloras,
Mientras yo de pena muero,
Vos la recitáis, al són
Del gaitero,
Del gaitero de Gijón?...

CVII.

LOS EXTREMOS SE TOCAN.

Mientras la abuela una muñeca aliña
Y, haciéndose la niña, se consuela;
Haciéndose la vieja, usa la niña
El báculo y la cofia de su abuela.

CVIII.

LA CONDICIÓN.

Al regresar del otero,
Lleno de gozo y cariño
Les dió á una niña y un niño
Dos pájaros un cabrero.
Dándole un beso primero,
La niña al suyo soltó;
Al pájaro que quedó
No se le pudo soltar,
Porque el niño, por jugar,
El cuello le retorció.

CIX.

LAS TRES NAVIDADES.

I.

Colgó un zapato Luz con blanca mano
En la noche de Reyes al sereno.
Pasó, haciendo de Rey, Ana su tía,
Y, al despertar la niña muy temprano,
Viendo de dulces el zapato lleno,
Se puso colorada de *alegría*.

II.

Puso Luz su zapato á la ventana
En la noche de Reyes con recato.
Pasó un Rey, que era un joven de alma pura,
Y Luz, al despertar por la mañana,
Encontrando una flor en el zapato
Se puso colorada de *ternura*.

III.

Ya es Luz una mujer; mas suele ahora
El zapato colgar lo mismo que antes;
Y un Creso, que en poder no hay quien lo venza,
Pasa haciendo de Rey, y ella á la aurora
Al ver lleno el zapato de brillantes,
Se pone colorada de *vergüenza*.

CX.

CUESTIÓN DE FE.

Ya el amor los hastía
Y hablan de astronomía;
Y en tanto que él, impío,
Llama al cielo *el vacío*,
¡Ella, con santo celo,
Llama al vacío *el cielo!*

CXI.

AMOR AL MAL.

Por más que me avergüenza, y que lo lloro,
No te amé buena, y pérfida te adoro.

CXII.

VERDAD DE LAS TRADICIONES.

I.

Ví una cruz en despoblado
Un día que al campo fuí,
Y un hombre me dijo:—«Allí
Mató á un ladrón un soldado.»

II.

Y ¡oh pérfida tradición!
Cuando del campo volví,
Otro hombre me dijo:—«Allí
Mató á un soldado un ladrón.»

CXIII.

MAL DE AMOR.

¡Ya no tengo esperanza
De que acabe jamás la pena mía,
Pues al perder en tí mi confianza
No he perdido el amor que te tenía!

CXIV.

LA NOCHE-BUENA.

I.

Son hija y madre; y las dos
Con frío, con hambre y pena,
Piden en la Noche-Buena
Una limosna por Dios.

II.

—Hoy los ángeles querrán—
La madre á su hija decía,
—Que comamos, hija mía,
Por ser Noche-Buena, pan.—

III.

Y al anuncio de tal fiesta,
Abre la madre el regazo,
Y sobre él á aquel pedazo
De sus entrañas acuesta.

IV.

Al pie de un farol sentada,
Pide por amor de Dios...
Y pasa uno... y pasan dos...
Mas ninguno le da nada.

V.

La niña con triste acento
—Pero ¿y nuestro pan?—decía,
—Ya llega—le respondía
La madre... y ¡llegaba el viento!

VI.

Mientras de placer gritando
Pasa ante ellas el gentío,
La niña llora de frío,
La madre pide llorando.

VII.

Cuando otra pobre como ella
Una moneda le echó,
Recordando que perdió
Otra niña como aquella,

VIII.

—Ya nuestro pan ha venido—
Gritó la madre extasiada...
Mas la niña quedó echada,
Como un pájaro en su nido.

IX.

¡Llama... y llama!... ¡Desvarío!
Nada hay ya que la despierte:
Duerme; está helando, y la muerte
Sólo es un sueño con frío!

X.

La toca. Al verla tan yerta,
Se alza; hacia la luz la atrae,
Se espanta, vacila... y cae
A plomo la niña muerta.

XI.

Del suelo, de angustia llena,
La madre á su hija levanta...
Y en tanto un dichoso canta:
—¡Esta noche es Noche-Buena!...

CXV.

LAS BUENAS PECADORAS.

Después de días de tormentas llenos
Te vi en misa rezar con santa calma,
Y dije para mí:—«Del mal el menos;
Da el cuerpo al diablo, pero á Dios el alma!»

CXVI.

LA LEY DEL EMBUDO.

De su honor en menoscabo,
Faltó un esposo á su esposa;
Ella perdonó amorosa,
Y el público dijo:—¡Bravo!
Faltó la mujer al cabo,
Harta de tanto desdén,
Y el falso esposo ¿también
Perdonó á la esposa? No:
El esposo la mató,
Y el público dijo:—¡Bien!

CXVII.

ROGAD A TIEMPO.

Marchando con su madre, Inés resbala,
Cae al suelo, se hiere, y disputando
Se hablan así después las dos llorando:
—¡Si no fueras tan mala!...—No soy mala.
—¿Qué hacías al caer?...—¡Iba rezando!

CXVIII.

HERO Y LEANDRO.

I.

A Hero Leandro adoraba,
Y, por verla, enamorado
El Helesponto cruzaba
Todas las noches á nado.

II.

Y, según la fama cuenta,
Hero una luz encendía
Que en las noches de tormenta
De faro al joven servía.

III.

Una noche á Hero, cansada
De mirar hacia Bizancio,
Rendida, aunque enamorada,
La hizo dormirse el cansancio.

IV.

Y esto su amor no mancilla,
Pues todas, lo mismo que Hero,
Tienen el cuerpo de arcilla
Aun teniendo alma de acero.

V.

Y lo más triste es, que apenas
La pobre Hero se durmió,
Cuando un aire desde Atenas
La luz, soplando, apagó.

VI.

Viendo él la luz apagada,
Sintió aquel olvido tanto,
Que maldiciendo á su amada,
Abrasó el mar con su llanto.

VII.

Y queriendo, ó sin querer,
De pena se dejó ahogar,
Sin que él pudiese saber
Si le ahogó el llanto ó la mar.

VIII.

Lo cierto es que al desdichado,
Al rayo del sol primero,
La tormenta le echó, ahogado,
Al pie de la torre de Hero.

IX.

Y cuando muerto le vió,
Hero, cual Leandro fiel,
Se arrojó al agua y murió,
Como él, por él, y con él.

X.

¡Que ellas, fuertes en amar
Y flacas en resistir,
Si duermen para esperar,
Despiertan para morir!

CXIX.

GUARDAS INÚTILES.

I.

—Ya anocheció: ¿quieres que hablemos, Lola,
Aquí, á solas los dos?
—La que es buena, señor, nunca está sola,
Pues está con su madre ó está con Dios.

II.

—Lola, ¿es verdad que un día os encontraron
Solos, allí, á los dos?
—Eso es porque aquel día se quedaron
Mi madre en casa y en el cielo Dios.

CXX.

CONTRASTES.

I.

¡Mucho le amaste y te amó!
¿Recuerdas por quién lo digo?
Era tu amante y mi amigo.
¡Amaba, sufrió... y murió!
Cuando su entierro pasó,
Todos te oyeron gemir.
Mas yo, Inés, al presentir
Que lo habías de olvidar,
Sentí, viéndote llorar,
La tentación de reir.

II.

Al año justo ¡oh traición!
Al baile fuí de tu boda,

Y allí, cual la villa toda,
Ví el gozo en tu corazón.
¿Y el muerto? ¡En el panteón!
¡Ay! cuando olvidada de él
A otro jurabas ser fiel,
Yo, al verte reir, gemí,
Y dos lágrimas vertí
Amargas como la hiel!

III.

Primero amor: ¡luégo olvido!
Aquí tienes explicado
Por qué en el baile he llorado
Y en el entierro he reído.
¡Siempre este contraste ha sido
Ley del sentir y el pensar!
¡Por eso no hay que extrañar
Que, quien lee en lo porvenir,
Vaya á un entierro á reir
Y acuda á un baile á llorar!

CXXI.

UN CIELO EN EL INFIERNO.

Quiero morir contigo, si el destino
Nos ha de conducir á aquel infierno
En que, unidos en raudo torbellino,
Se dan *Paolo* y *Francesca* el beso eterno.

CXXII.

DOS LIBROS DE MEMORIAS.

I.

LO ESCRITO EN EL LIBRO DE ÉL.

Así se hace uno querer.
¡Cuánto gusto á aquella fatua
Con mis posturas de estatua!
Miro... y mira... al fin, mujer.
Escribe para hacer ver
Que tiene las manos bellas.
¿Se va? Pues sigo sus huellas,
Porque prueba su rubor
Que ya está muerta de amor.
Esta es como todas ellas.

II.

LO ESCRITO EN EL LIBRO DE ELLA.

Aquel don Juan de parada
Pone para enternecerme
Los ojos como quien duerme.
Cree el muy necio que me agrada.
¡Qué osadía en la mirada!
¡Qué modos tan importunos!
Me voy, me voy; hay algunos
Que, amantes dignos de algunas,
Creen que todas somos unas
Porque ellos todos son unos.

CXXIII.

EL GRAN PROTEO.

Porque amaste en tres años á tres hombres,
¿Te juzgas una infiel? No, vida mía.
El amor se transforma, y no varía;
Un mismo amor puede tener mil nombres.

CXXIV.

LO QUE SE PIENSA AL MORIR.

I.

Cree la vulgar opinión
Que el alma de un moribundo
Piensa, más que en este mundo,
En Dios y en la salvación.
Oye, Leonor, la canción
Que hirió el pensamiento mío
Al són del eco sombrío
De mi funeral campana:
—«Cucú, *cantaba la rana,*
Cucú, *debajo del río.*»

II.

Partiste, y del sentimiento
En cama enfermo caí,

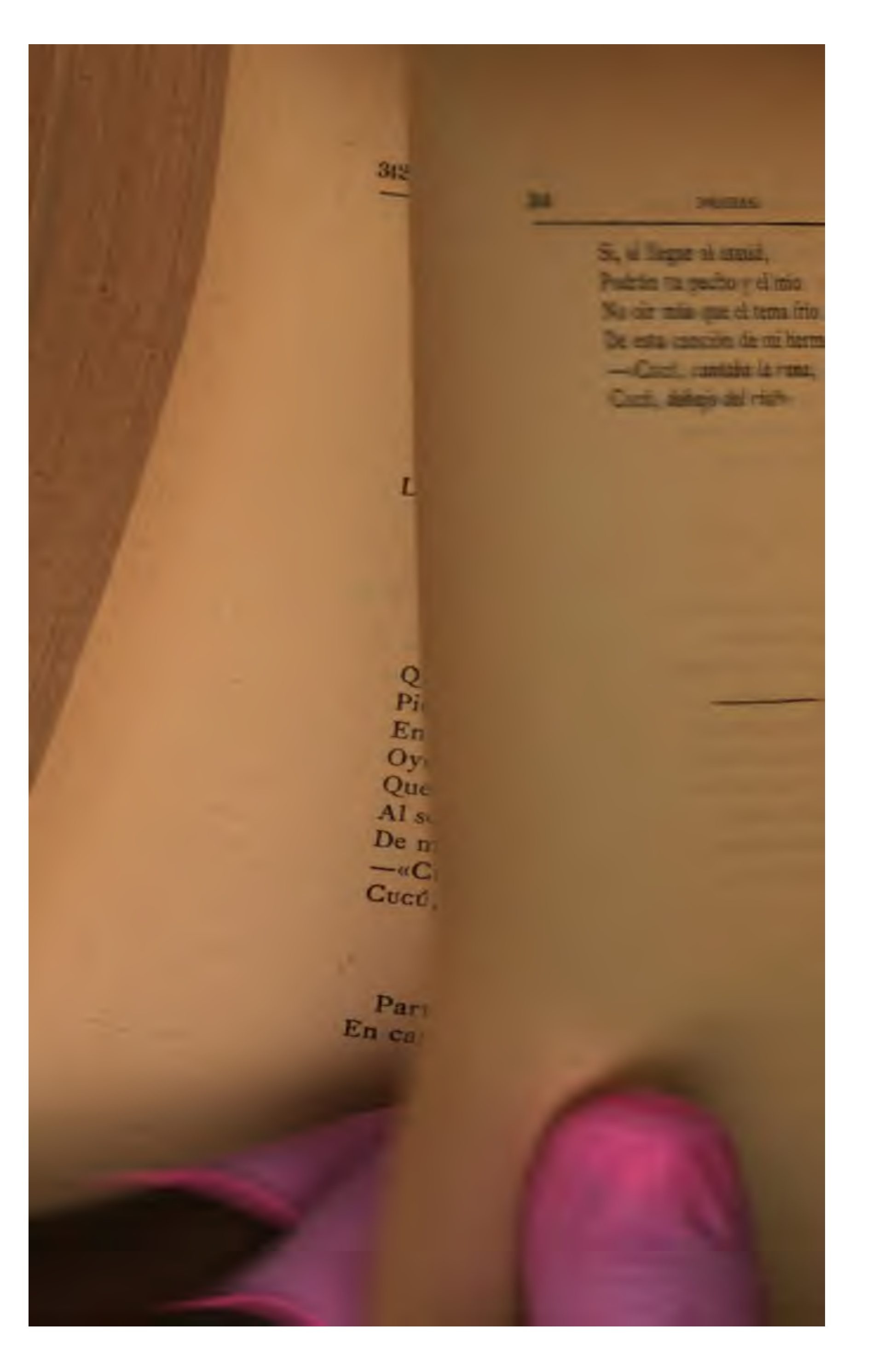
Y cuando á exhalar por tí
Iba ya mi último aliento,
Embargó mi pensamiento,
En vez de tu amor y el mío,
Este cantar tan vacío
Que oí de niño á mi hermana:
—«Cucú, *cantaba la rana*,
Cucú, *debajo del río.*»

III.

Y como todo el que olvida
Es de salud un dechado,
Después que te hube olvidado
Volví otra vez á la vida.
Aun vivo muerto, querida,
Pensando con hondo hastío
Que tú, en vez del canto mío,
Oirás, al morir, mañana:
—«Cucú, *cantaba la rana*,
Cucú, *debajo del río.*»

IV.

¿A qué tan grande inquietud
Para llenar la memoria
De tantos sueños de gloria,
De amor y de juventud,



CXXV.

LOS PROGRESOS DEL AMOR.

I.

Así un esposo le escribió á su esposa:
«O vienes, ó me voy. ¡Te amo de modo
e es imposible que yo viva, hermosa,
Un mes lejos de tí!
Mi amor es tan profundo, tan profundo,
te prefiero á todo, á todo, á todo!...»—
la exclamó:—«No hay nada en este mundo
Que él quiera como á mí!»—

II.

s pasan unos meses, y la escribe:
Qué hermoso debe estar nuestro hijo amado!
o él, él sólo, en mis entrañas vive!
Piensa en él más que en tí.

Su cuna se pondrá junto á mi cama.
No hay cielo para mí más que á su lado.»—
Y ella prorrumpe:—«¡Es que, el ingrato, ya ama
Al hijo más que á mí!»—

III.

Despues de algunos años la escribía:
—«Espérame. Ya sabes lo que quiero:
Mucho orden, mucha paz y economía.
¿Estás? Yo soy así.
Cierra el coche; me espanta el reumatismo.
Avísale que voy al cocinero.»—
Y ella pensó:—«Se quiere ya á sí mismo
Más que al hijo y que á mí!»—

CXXVI.

EL ÚLTIMO AMOR.

I.

Ve un hombre amante á una mujer muy bella;
Mas, por fatal disposición del hado,
Ella es más joven, y él
Calla su amor, porque le apartan de ella
Treinta años, en que el triste ha derramado
Un mar de llanto y hiel.

II.

¿Qué pasa luégo? Nada. Que entre tanto
Que ella un amor inmenso, aunque tardío,
Mira en él con piedad,
Por la parte de allá del mar de llanto,
«¡Adios—dice él—último sueño mío,
Hasta la eternidad!»...

CXXVII.

VENUS SACRATÍSIMA.

Una estatua de Venus Citerea
Vió un Abad en un huerto abandonado;
La vistió, y con fervor
Llevándosela al templo de una aldea,
Transformó aquella afrenta del pasado
En virgen del pudor.

¡Grande impiedad! La Diosa que en Oriente
Se hace adorar porque al desnudo ostenta
Su hermosura carnal,
Cubierta con un velo, en Occidente
Encantando á los fieles, representa
La belleza moral!

¡Hondos misterios de la fe que ignoro!
Se deja Venus contemplar sin velo,
Y es ideal lo real.
Mas se cubre después con seda y oro,
Y Venus pasa del Olimpo al Cielo,
Y es lo real ideal.

CXXVIII.

UNA CITA EN EL CIELO.

—«En la noche del día de mi santo»
(A Londres me escribiste)
«Mira la estrella que miramos tanto
La noche en que partiste.»—

Pasó la noche de aquel día, y luego
Me escribiste exaltada:
—«Uní en la estrella á tu mirar de fuego
Mi amorosa mirada.»—

Mas todo fué ilusión; la noche aquella,
Con harta pena mía,
No pude ver nuestra querida estrella...
Porque en Londres llovía.

CXXIX.

ROSAS Y FRESAS.

I.

Porque lleno de amor te mandé un día
Una rosa entre fresas, Juana mía,
Tu boca, con que á todos embelesas,
Besó la rosa sin comer las fresas.

II.

Al mes de tu pasión, una mañana
Te envié otra rosa entre las fresas, Juana;
Mas tu boca, con ansia, y no amorosa,
Comió las fresas sin besar la rosa.

CXXX.

EL GRAN FESTÍN

I.

De un junco desprendido, á una corriente
Un gusano cayó;
Y una trucha, saltando de repente,
Voraz se lo tragó.
Un martín-pescador cogió á la trucha
Con carnívoro afán;
Y al pájaro después, tras fiera lucha,
Lo apresó un gavilán.
Vengando esta cruel carnicería,
Un diestro cazador
Dió un tiro al gavilán, que se comía
Al martín-pescador.
Pero ¡ay! al cazador desventurado
Que al gavilán hirió,

Por cazar sin licencia, y en vedado,
Un guarda lo mató.
A otros nuevos gusanos dará vida
Del muerto la hediondez,
Para volver, la rueda concluída,
A empezar otra vez.

II.

¿Y el amor? ¿Y la dicha? Los nacidos,
¿No han de tener más fin
Que el de ser comedores y comidos
Del universo en el atroz festín?...

FIN DE LA CUARTA ÉPOCA.

DOLORAS.

QUINTA PARTE.

DOLORAS.

CXXXI.

LA LEY DEL HAMBRE.

Corre la madre al motín,
Adonde el rencor la llama,
Dejando un niño en la cama
Bello como un serafín;

Niño que al ver junto al lecho
De una Virgen el retrato,
Que da alegre y sin recato
A un niño Jesús el pecho,

Con hambriento frenesí
Ansioso á la Virgen toca
en los pechos y en la boca,
como diciendo: «¡á mí, á mí!»

Pero, aunque con vivo anhelo
El niño el pecho pedía,
La Virgen se sonreía
Más impasible que el cielo.

Y mientras la madre hiere
Gritando: «¡muera el tirano!»
Y hambrienta y puñal en mano
Lucha y lucha, y mata y muere,

El niño, exánime y yerto,
Hunde el dedo en el papel,
Gime airado, tira de él,
Rasga el cuadro, y cae muerto.

¡Así, venciendo á los dos
Del hambre la dura ley,
Ella, inicua, mata al Rey,
Y él, impío, rasga á Dios!

CXXXII.

LO QUE ES EL OLIMPO.

¿Qué es el Olimpo?—Para el niño un juego
De pájaros, de músicas y flores.—
¿Qué es para el jóven?—Lupanar de amores,
Eterna forma del Elíseo griego.—
¿Qué es para el hombre?—Para el hombre ciego
Es un templo de glorias y de honores;
Y el viejo se lo finge en sus dolores
Como un rincón de paz y de sosiego.—
Y el viejo ya senil, ¿en qué convierte
Del Olimpo la espléndida morada?—
En un *no ser*, que es menos que la muerte.
¡Así la infancia y la vejez helada
Van cambiando el Olimpo de esta suerte
En *flores*, en *amor*, en *paz*, en *nada!*

CXXXIII.

LOS TRES GUARDAPELOS.

I.

La madre de mi amor, que está en el cielo,
Cuando era niño aún, como un tesoro
Llevaba en un hermoso guardapelo
Cabellos míos del color del oro.

II.

Otra mujer, que con el alma toda
Me quiere, tan leäl como hechicera,
Aun guarda desde el día de mi boda
Un rizo de mi obscura cabellera.

III.

¡Ay! ¡como nadie, por horror al frío,
Quiere hoy tocar de mi cabeza el hielo,
Ya sólo para tí, cabello mío,
Mi sepulcro será tu guardapelo!

CXXXIV.

VIAJE REDONDO.

I.

Á LA IDA.

Parte el buque, y lo bate inútilmente
La tempestad. ¿Por qué?
Porque al ir, la tormenta es impotente
Contra el genio y la fe.

Sobre el buque los pájaros cayeron
Cansados de sufrir.
Los hombres, sin piedad, se los comieron;
Salió el sol, y ¡á vivir!

¡Qué hermoso es el principio de la vida!
¡sentir, creer, triunfar!
¡Un viaje, en buque nuevo, es á la ida
Un festín sobre el mar!

II.

Á LA VUELTA.

Nada, á la vuelta, á resistir alcanza
Los ímpetus del mar.
¡Sin juventud, sin fe, sin esperanza,
Es inútil luchar!

De pedazos del buque haciendo naves,
Y ansiando otro festín,
En cómoda actitud vieron las aves
El naufragio hasta el fin;

Y haciendo ellas después lo que antes vieron,
Con un hambre voraz
Las aves á los hombres se comieron...
Y ¡todo quedó en paz!

CXXXV.

CABALLOS Y CABALLEROS.

I.

Cercado un francés quedó,
Pero, escapando ligero
El caballo, al caballero
De los prusianos salvó.
De éstos el corcel huyó
Con tanto ardor y constancia,
Que el francés con arrogancia,
Después que pasó el rastrillo,
Desde su propio castillo
Libre gritó:—¡Viva Francia!—

II.

Sitiado por hambre, y fiero
Destrozándolo á sablazos,

Se fué comiendo á pedazos
Al caballo el caballero.
—¿Al que lo salvó primero
Lo pudo él matar después?—
¡Sí! ¡por un vil interés
Hacen mil gentes que callo
Lo que hizo con su caballo
El caballero francés!

CXXXVI.

LA INSURRECCIÓN DEL AGUA.

Una fuente de un valle en Santa Elena
    Ve correr Napoleón,
Cierto día de invierno en que la pena
    Le atrófia el corazón.

—«Como yo—murmuró—que impenitente
    Caeré en el ataúd,
Aspirando á ser mar vive esta fuente
    En perpetua inquietud.»—

Y una pobre aguadora que le oía,
    Contestó á Napoleón:
—«El agua con su eterna rebeldía
    Huye de la opresión.

¿Cómo, señor, el agua de las fuentes
Tranquila podrá estar,
Si la arrastran, en tierra las pendientes,
Los vientos en el mar?»—

Sintiendo un frío que le llega al alma,
dice el héroe:—«Es verdad:
Buscando el agua en su nivel la calma,
Busca la libertad.

La insurrección del agua de esta fuente
No se podrá calmar
Hasta que halle cabida suficiente
En la extensión del mar.

Con los diques que alzó mi tiranía
He faltado al deber,
Y trajo, en vez del orden, la anarquía
Mi omnímodo poder.

¡Sí! ¡sí! Pese á mi nombre, no es la historia
Una vieja locuaz,
Cuando dice que el mundo, antes que gloria,
Pide á los dioses paz.»—

Y terminó diciendo:—«En el planeta,
La loca humanidad,
Como esa agua que corre, estará quieta
Cuando esté en libertad.»—

¡Y al pensar que ha llevado el desconcierto
Al mundo su poder,
Con la cara más lívida que un muerto
Mira el agua correr!...

CXXXVII.

LA FE DE LAS MUJERES.

Cierto monte por su altura
No dejaba ver el mar
Desde la casa del cura
De un lugar.

Para ampliar el horizonte,
Con un cuento baladí
Trasportó el cura aquel monte.
—¿Cómo?—Así:

—«A las que una piedra—dijo—
Lleven de aquel monte, Dios
Les dará á algunas un hijo,
Y á otras dos.»—

Hubo mujer diligente
Que se llevó de una vez,
No una piedra solamente,
Sino diez.

Con fe rubias y morenas
Fueron al monte á buscar
Más hijos-piedras que arenas
Tiene el mar.

Despojando grano á grano
Las niñas el monte aquel,
Lo pusieron con el llano
A un nivel.

Perdió así el monte su altura,
Y al fin vino á resultar
Que desde casa del cura
Se vió el mar.

¡Como cree con las entrañas
Toda mujer, cuando cree,
Trasporta hasta las montañas
Con la fe!

CXXXVIII.

EL SOL PERDIDO.

I.

Un sabio, á cuya hija fué la muerte
De la cuna á arrancar,
Como sabio, á la madre de esta suerte
La quiere consolar:

—«¡Oh, qué inmenso dolor! ¡esas estrellas
Que ves resplandecer,
Circundaban á un sol más grande que ellas
Que se ha apagado ayer!

¡Cuántos hijos y padres sin consuelo
Habrán muerto quizás
En ese sol que se perdió en el cielo
Para siempre jamás»—

II.

Mirando con desprecio al firmamento
Mientras el padre habló,
—«¿Qué le importa tu ciencia al sentimiento?—
La madre replicó:—

Si hoy falta en el espacio de una estrella
El pálido arrebol,
La cuna de tu hija está sin ella
Como el cielo sin sol.

No hay locura mayor que la locura
De querer comparar
Un sol con aquel sér cuya hermosura
Al cielo fué á alegrar.

¡Ha muerto un sol, mas de la niña bella
Al invencible imán,
En el espacio azul, al paso de ella,
Mil soles brotarán.

¡Ay! ¡desde el día en que sus labios fríos
Quedaron sin color,
No habrá sol que á los tuyos ni á los míos
Les devuelva el calor!

¡Ya esta cuna vacía nos condena
A eterna soledad!...»—
Y el sabio murmuró con honda pena:
—«¡Es verdad! ¡Es verdad!»—

III.

¡E implorando los padres sin fortuna
La clemencia de Dios,
Se abrazaron, cayendo ante la cuna
De rodillas los dos!

FIN DE LA QUINTA ÉPOCA.

CANTARES.

SEXTA PARTE.

CANTARES.

AMOROSOS.

1.

La amo tanto, á mi pesar,
Que, aunque yo vuelva á nacer,
La he de volver á querer
Aunque me vuelva á matar.

2.

Desde que perdí el encanto
De mi primera pasión,
No he entrado en mi corazón
Por no morirme de espanto.

3.

No esperes que una mudanza
Me dé la tranquilidad;
Que amo en tí más la esperanza,
Que en otras la realidad.

4.

Si hago al juicio una llamada,
Me responde el corazón
Que si hay juicio no hay pasión,
Y si no hay pasión no hay nada.

5.

Como no vives tú en mí,
Vivo en tí, mas no contigo;
Y hasta no vivo conmigo,
Como vivo sólo en tí.

6.

Está tu imagen, que admiro,
Tan pegada á mi deseo,
Que si al espejo me miro,
En vez de verme, te veo.

7.

Perdí media vida mía
Por cierto placer fatal,
Y la otra media daría
Por otro placer igual.

8.

Más cerca de mí te siento
Cuanto más huyo de tí,
Pues tu imagen es en mí
Sombra de mi pensamiento.

9.

Sueñe ó vele, no hay respiro
Para mi ardiente deseo,
Pues sueño cuando te miro,
Y cuando sueño te veo.

10.

Prometo que te he de amar,
Pero me has de prometer
Que sólo me has de engañar
Si me dejas de querer.

11.

Tu bien es mi gran contento,
Tu mal mi mayor sufrir,
Pues siento más tu sentir
Que lo que yo mismo siento.

12.

¡Qué razón tiene mi amor
Cuando te jura y rejura
Que, aunque grande, es tu hermosura
De tus gracias la menor!

13.

¿Quién, niña, se te figura
Que amará con más verdad,
Mis sentidos tu hermosura,
O el corazón tu bondad?

14.

Cuantos te han tratado y tratan,
En tu amor aprender suelen,
Todos, las penas que duelen,
Yo, los dolores que matan.

15.

Aunque esté muerto de cierto,
En nombre suyo llamadme;
Si no respondo, enterradme,
Porque de cierto estoy muerto.

16.

Marcho á la luz de la luna
De su sombra tan en pos,
Que no hacen más sombra que una,
Siendo nuestros cuerpos dos.

17.

Me causas tanto pesar,
Que he llegado á presumir
Que mucho me debe amar
Quien tanto me hace sufrir.

18.

Todos pagan la traición
Con el odio y el puñal;
Yo te pagué el mismo mal
Con el amor y el perdón.

19.

Si indócil á mis consejos,
Vas de mi cariño á huir,
Yo me voy mucho más lejos,
Porque me voy á morir.

20.

Nunca, aunque estés quejumbrosa,
Tus quejas puedo escuchar,
Pues como eres tan hermosa,
No te oigo, te miro hablar.

21.

Dios, que nos crió á los dos,
Podrá hacer que yo me muera;
Pero hacer que no te quiera,
Dios podría... porque es Dios.

22.

Un día á Richmond subí,
¡Y cuán bello lo hallaría,
Que, perdóname, aquel día
Fuí feliz hasta sin tí!

23.

Las malas son esas penas
Que sin matar nos maltratan;
Las que de un golpe nos matan,
¡Esas sí que son las buenas!

24.

Ten paciencia, corazón;
Que es mejor, á lo que veo,
Deseo sin posesión,
Que posesión sin deseo.

25.

Así, en inútil porfía,
Pasa esta vida traidora:
Yo pidiéndote que *ahora*,
Tú diciendo que *otro día*.

26.

Aun dí poco por tu amor,
Aunque por él dí, constante,
Veinte años por un instante,
La dicha por un favor.

27.

Vengo á pedirte perdón;
No puedo luchar contigo,
Pues mi mayor enemigo
Es mi mismo corazón.

28.

¡Ay! ¿por qué haciendo, perjura,
Dos veces fatal mi historia,
Me arrebatas la ventura
Dejándome la memoria?

29.

Para pintarte, querida,
Mi existencia de una vez,
Lee el resumen de mi vida:
—Una tarde en Aranjuez.—

30.

Absorto en tí mi deseo,
Tan sólo en tu amor creí;
Pero ahora en nada creo,
Desde que no creo en tí.

31.

Si en tu gracia he de creer,
Quiero tus gracias mirar,
Pues mal te podré aprender
Si no te puedo estudiar.

32.

Ir hacia Atocha la ví;
La seguí, miré, miró;
Y no *vine*, *ví* y *vencí*;
Yo vine, ví, y me venció.

33.

Es tanta mi ceguedad,
Que te amo, aunque estoy seguro
Que con amarte aventuro
Mi dicha en la eternidad.

34.

Tú presumes, y no es cierto,
Que yo te oculto una cosa;
Y sólo te oculto, hermosa,
El llanto que por tí vierto.

35.

Porque en dulce confianza
Contigo una vez hablé,
Toda la vida pasé
Hablando con mi esperanza.

36.

Vuélvemelo hoy á decir,
Pues, embelesado, ayer
Te escuchaba sin oir,
Y te miraba sin ver.

37.

En la fiesta de San Blas
Reïste tanto con él,
Que desde entonces ¡infiel!
No he vuelto á reir jamás.

38.

Mientras bebí descuidado
El filtro de sus amores,
Me mató, cual los traidores,
Al descuido con cuidado.

39.

Tus perfecciones al ver,
Suelen los hombres decir:
—Sólo por verla, nacer;
Después de verla, morir.—

40.

¡Pérfida! te odio; mas creo
Que al mismo tiempo te adoro,
Pues maldigo, si te veo,
Y si no te veo, lloro.

41.

Tras tí cruzar un bulto
Ví por la alfombra;
Ciego el puñal sepulto...
Y era tu sombra.

¡Cuánto, insensato,
Te amo, que hasta de celos
Tu sombra mato!

42.

Que es matarme, confieso,
El olvidarme:
Aborréceme, que eso
Ya es recordarme.

Por Dios te pido
Que me entregues al odio,
Mas no al olvido.

EPIGRAMATICOS.

I.

Que me vendiste se cuenta,
Y añaden, para tu daño,
Que te dieron por mi venta
Monedas de desengaño.

2.

Que es corto sastre, preveo,
Para el hombre la mujer,
Pues siempre corta el placer
Estrecho para el deseo.

3.

Siempre se rinde mejor
La fuerza de tu conciencia
A un grano de vïolencia
Que á cien quintales de amor.

4.

Porque esté más escondido,
De tal modo te lo cuento,
Que entre mi boca y tu oído
No quiero que esté ni el viento.

5.

El mismo amor ellas tienen
Que la muerte á quien las ama;
Vienen si no se las llama,
Si se las llama, no vienen.

6.

Sin antifaz te veía,
Y una vez con él te ví;
Sin él no te conocía,
Mas con él te conocí.

7.

Ni te tengo que pagar,
Ni me quedas á deber;
Si yo te enseñé á querer,
Tú me enseñaste á olvidar.

8.

A un mármol Pigmalión
Le dió de mujer el sér,
Y en mí cambió una mujer
En mármol mi corazón.

9.

Si te ha absuelto el confesor
De aquello del Cabañal,
Ó tú te confiesas mal,
O él te confiesa peor.

10.

Por mucho que el tren corría,
Corre tanto un «yo te adoro,»
Que era tuyo en Valdemoro,
Y en Aranjuez ya eras mía.

11.

¡Qué bien supiste aprender
Lo que dice cierto autor:
Que suele en lances de amor
Ser la mentira un deber!

12.

¡Que no me conoce, ayer
Juró por no sé qué santo!
¿Cómo me ha de conocer
Si yo la conozco tanto?...

13.

Mira que ya el mundo advierte
Que, al mirarnos de pasada,
Tú te pones colorada,
Yo pálido cual la muerte.

14.

Cuando pasas por mi lado
Sin tenderme una mirada,
¿No te acuerdas de mí nada,
Ó te acuerdas demasiado?

15.

Aunque al salir tú del puerto
Quedé más muerto que vivo,
Verás, por ésta que escribo,
Que, con efecto, no he muerto.

16.

Levanta ese rostro inquieto
Y el mirarme no te asombre;
Que, aunque agraviado, soy hombre
Que muero con mi secreto.

17.

Yo no soy como aquel santo
Que dió media capa á un pobre;
Ten de mi amor todo el manto,
Y si te sobra, que sobre.

18.

Es el amor un galán
Que ni hambre ni hartura quiere,
Pues lo mata el mucho pan,
Y con poco pan se muere.

19.

Con desdén me has molestado,
Y hoy con celos me molestas,
Y más bostezos me cuestas
Que suspiros me has costado.

20.

No engañarías, á fe,
Su fe con tan buenos modos,
Si este, y aquel, y ese, y todos
Supieran lo que yo sé.

21.

Cual vil cazador me trata
La cazadora á quien amo:
Se esconde, saca el reclamo,
Va la perdiz, y la mata.

22.

Testigo de eterno amor,
Le dí una flor á mi amante;
Mi suerte fué que la flor
Tan sólo duró un instante.

23.

Quisiera al jardín volver
De tu cariñoso amor,
Si se pudiera coger
Dos veces la misma flor.

24.

Pues yo la perdiz anhelo,
El mochuelo es para tí;
Ó bien para tí el mochuelo,
Y la perdiz para mí.

25.

Como en la iglesia te ví
Después de lo de la fiesta,
Me santigüé y prorrumpí:
—¿Quién dirá que aquélla es ésta?—

26.

Sin saber decir por qué es,
Para los malos amantes,
Todas son discretas antes,
Y todas tontas después.

27.

Con tanto placer cruzamos
El túnel de Elda los dos,
Que al salir de él exclamamos:
—¿No habrá otro túnel, gran Dios!—

28.

Lo recuerdo de tal modo,
Que aun creo que estoy mirando
Cómo fuiste colocando
Mano, pie, cabeza y todo.

29.

Cuando cobrar una de uno
Quiere prenda que aun no dió,
Esa una vendió á alguno
Lo que alguno no pagó.

30.

Ya sé que aunque perdí en ello,
He perdido tu amistad,
Desde que hablando de aquello,
Te dije aquella verdad.

31.

Por más que sobre árbol bueno
Otro mejor he ingertado,
Nunca hay fruta en mi cercado
Como en el cercado ajeno.

32.

No hay quien en suerte te venza,
Pues aun cree la multitud
Que es pudor de tu virtud
El rubor de tu vergüenza.

33.

En vano al pie de un retablo
Le juras á Dios ser fiel;
Después que fuiste de aquél,
Sólo puedes ser del diablo.

34.

De noche, solo y á pie,
Voy á tu lado, me acuesto,
Me vuelvo, y nadie me ve...
Todo en sueños, por supuesto.

35.

Casi te lo agradecí
Cuando el engaño toqué,
Pues si loco me acosté,
Filósofo amanecí.

36.

Loca por mí te figuras,
Mas ya ven los que te advierten,
Que nunca haces más locuras
Que aquellas que te divierten.

37.

No inquieras con tal constancia
Si soy ó no soy leal;
Que toda dicha cabal
Nace de alguna ignorancia.

38.

Te pintaré en un cantar
La rueda de la existencia:
Pecar, hacer penitencia,
Y luégo vuelta á empezar.

39.

¡Cuántos deseos cautivos
Te manda mi corazón
Velados en la expresión
De estos puntos suspensivos!...

40.

Entonces, con el deseo,
Sin mirarte te veía;
Pasó algún tiempo; y hoy día,
Si te miro, no te veo.

41.

Diciéndolo, no diré
Lo que aquel pinar esconde;
Allí, ya recuerdas dónde,
Nos pasó, ya sabes qué.

42.

Pensando que he de morir
A tal desventura llego,
Que como un muerto me entrego
A la dicha de vivir.

43.

Si es fácil una hermosa,
Voy y la dejo;
Si es difícil la cosa,
También me alejo.
Niñas, cuidad
De amar siempre con fácil
Dificultad.

FILOSÓFICO-MORALES.

1.

Por más contento que esté,
Una pena en mí se esconde
Que la siento no sé dónde
Y nace de no sé qué.

2.

Fuí un día á la ciudad,
Y me volví al otro día,
Pues mi mejor compañía
Es la mayor soledad.

3.

La vida es dulce ó amarga;
Lo corta ó larga ¿qué importa?
El que goza la halla corta,
Y el que sufre la halla larga.

4.

Dejándome en paz sufrir,
Puedes, ventura, pasar,
Pues como te has de marchar,
No gozo en verte venir.

5.

Cuando las penas ajenas
Mido por las penas mías,
¡Quién me diera á mí sus penas
Para hacer mis alegrías!

6.

Menor el tormento fuera
De esta duda en que me muero,
Si, cual sé lo que no quiero,
Lo que yo quiero supiera.

7.

Decía yo, de amor loco:
—¡Penar tan poco por tanto!—
Y dije, al perder mi encanto:
—¡Penar tanto por tan poco!—

8.

Con tantos pesares lidia
Mi corazón en el mundo,
Que cuando ve á un moribundo,
Casi se muere de envidia.

9.

¡Qué divagar infinito
Es este en que el hombre vive,
Que siente, piensa y escribe,
Y luégo borra lo escrito!

10.

Mal hizo el que hizo el encargo
De hacer las cosas al gusto;
Todo es corto ó todo es largo,
Y nada nos viene justo.

11.

Para divertir su afán
Cantaba á su reja un loco:
—Unos estamos por poco
Y otros por poco no están.—

12.

Tanto suelen mi sufrir
Las desdichas apurar,
Que á veces me echo á reir
Por no poderlas llorar.

13.

Corro de aquí para allí
Sin que halle mi afán parada,
Y no es porque busco nada,
Es que ando huyendo de mí.

14.

Tenga penas ó contento,
Me nacen á manos llenas,
Por cada placer cien penas,
Por cada pena otras ciento.

15.

El tiempo á todos consuela,
Sólo mi mal acibara,
Pues si estoy triste, se para,
Y si soy dichoso, vuela.

16.

Como asegura un autor,
La muerte es un grande sueño;
Si es bueno el sueño pequeño,
El grande será mejor.

17.

¡Cómo cansan, cómo cansan
Las horas que van pasando,
Y el no descansar, pensando
Cómo los demás descansan!

18.

Pasa un día, y sabe Dios
Que mi atroz melancolía
No siente que pasa un día,
Sino que no pasen dos.

19.

Mi deseo es desear,
Más que alcanzar lo que quiero,
Y mejor que lo que espero,
Lo que quiero es esperar.

20.

Cuando más desesperado
Voy del cielo á maldecir...
¡Bendigo á Dios, que me ha dado
La esperanza de morir!

21.

Con más fe se soportara
La vida, si se pudiera
Llorar cuando se anhelara,
Morir cuando se quisiera.

22.

Ya lo gozado y sufrido
Se ha pasado, y claro está
Que si pasó lo venido,
Lo que venga pasará.

23.

Si ayer tropecé bastante,
Hoy tropiezo mucho más;
Antes, mirando adelante,
Después, mirando hacia atrás.

24.

La tumba es al lecho igual;
Pero bien sabido ten
Que en uno se duerme mal,
Y en otra se duerme bien.

25.

Sufro poco, al recordar
Que ha de acabar mi sufrir;
Ni gozo cuando, al gozar,
Recuerdo que he de morir.

26.

Si, como se sabe ya,
El que *espera desespera*,
Quien, como yo, nada espera,
¡Cuál se desesperará!

27.

Si entre no haber sido y ser
Hubiera el hombre elegido,
Claro es que hubiera escogido
El no poder escoger.

28.

Del mundo entré en el bazar;
Mas ¡cuánto he sufrido al ver
Que ya es costumbre vender
Cuanto se quiere comprar!

29.

Tengo un consuelo fatal
En medio de mi dolor,
Y es, que hallándome tan mal,
Nunca podré estar peor.

30.

Nunca he podido olvidar
Lo que me dijo al partir:
—Tú piensa para decir,
Mas no hables para pensar.—

31.

Tarde ví lo inútil que es
Dar gusto á nuestra esperanza,
Pues cuando una cosa alcanza,
Quiere otra cosa después.

32.

Con permiso del Eterno
Dudo cuál será mayor,
Si aquel dolor del infierno,
Ó este infierno de dolor.

33.

Ya ni por saber trabajo,
Que es este mundo de prueba;
Quien sabe por qué me trajo,
Ya sabrá por qué me lleva.

34.

Yo no siento que la suerte
Me abrume cada vez más;
Lo que siento es que la muerte
No llega á tiempo jamás.

35.

La dicha es una ilusión,
Pues se puede, en mi sentir,
Una tragedia escribir
Del más feliz corazón.

36.

Ya de sentimiento llena,
Siente en falso el alma mía,
Pues lo alegre me da pena,
Y lo que es triste alegría.

37.

No vengas, falso contento,
Llamando á mi corazón,
Pues traes en la ilusión
Envuelto el remordimiento.

38.

Dáme la vida, ¡oh dolor!
Compañero eterno mío,
Pues si no fuera tu amor,
Ya hubiera muerto de hastío.

39.

Después que ya se ha agotado
Todo humano sufrimiento,
Siempre hay un nuevo tormento
Para un viejo atormentado.

40.

Llorar de placer se suele,
Y es que en nuestro corazón
Hay siempre una vibración
Que, aun con el placer, nos duele.

41.

Mucho sabría, en verdad,
Si supiera la razón
Dónde acaba la ilusión
Y empieza la realidad.

42.

¡Infeliz del que en la tierra
Las ilusiones perdió,
Y está además, como yo,
Con sus recuerdos en guerra!

43.

Llaman vida á ir de esta suerte,
Hasta que el cuerpo sucumba,
En agonías sin muerte,
Y en una muerte sin tumba.

44.

Ayer sudé por ganar
Lo que hoy me causa desgana,
Y hoy sudo por alcanzar
Lo que me aburra mañana.

45.

Cuando con fe inextinguible
Pretendas dichoso ser,
Lo primero que has de hacer,
Es discutir *si es posible*.

46.

Piensa con ojos serenos
Cómo y cuándo morirás;
Que siendo el morir lo más,
El cómo y cuándo es lo menos.

47.

Mi madre, que me amaba
Con desvarío,
Siempre al verme exclamaba:
—¡Consuelo mío!—

¡Y hoy, santo cielo,
Quién consolar pudiera
A aquel Consuelo!

48.

Te enseñó, pues quisiste,
Toda su ciencia,
¿Y hoy le preguntas ¡triste!
Por tu inocencia?

¿Cómo ¡imprudente!
Querías, siendo sabia,
Ser inocente?

NOTAS.

ADVERTENCIAS SOBRE LAS NOTAS.

La estimación por el poeta, el amor al arte, la novedad del género, las vivas controversias que ha suscitado, y otros motivos, han sido causa de que nos decidiésemos á tomar la pluma para poner notas críticas á la presente colección; método, á nuestro juiçio, tan útil y oportuno en este caso, como una disertación dogmático-crítica, que no sería más que una de tantas, inferior, sin duda, en mérito á las publicadas hasta el día, y mucho más á la de mi excelente amigo Aguilera, tan competente en esta materia, y con que va encabezado el libro.

Las dificultades habidas en el desempeño fueron mayores de lo que en un principio pudimos figurarnos. Seducidos por el ejemplo del ilustre Quintana, no alcanzamos al pronto la diferencia que hay entre juzgar cincuenta y seis poetas de índole, estudios y tendencias tan diversas, eslabonados en el largo período de cuatro siglos, y anotar á éste, de carácter ceñido y concreto, en una sola de sus manifestaciones. De aquí lo laborioso del juicio, la monotonía y las repeticiones enfadosas á cada paso, que impiden toda variedad; razón por

la cual, si hubiéramos de perfeccionar este trabajo, no acabaríamos ni quedáramos nunca satisfechos, y más tratándose de un escritor que tanto refleja su tiempo, pues en él están encarnados el realismo y el escepticismo de la época, el espiritualismo cristiano y el panteísmo moderno, la fe y la duda, el pesar y la alegría, la exaltación y el abatimiento.

Como la dolora, lleve ó no tal nombre, si bien alguno ha de tener, y nadie más respetable que su autor para ponerle, es realmente un género nuevo, sin filiación bien notoria en nuestra literatura patria, pareciónos oportuno, con las citadas notas, tratar de escudarle contra todo extravío en que pudieran dar los imitadores, exagerando los pecados veniales de que adolece, sin desarrollar sus bellezas, como ha sucedido con Góngora.

El lector no debe considerarlas como un trabajo completo hasta en sus detalles; no ha sido, ni debía ser, este tal propósito; porque, de serlo, pecaríamos de enfadosos y pesados, partiendo del supuesto de una ignorancia completa en el que leyere. Queda, por lo tanto, que estudiar bastante sobre el mérito de la rima, la variedad de la combinación de metros y de estrofas, la belleza de la versificación, el uso de tropos y figuras, la corrección del estilo; en general, la filiación de algunas doloras con otras en que á veces se sigue un pensamiento fijo, hasta agotarle bajo puntos de vista diversos en composiciones sucesivas.

Es Campoamor un poeta de mucha variedad, pero poco propenso por carácter á la morbidez y á la blandura; describe con exactitud y concisión, narra con naturalidad y dialoga con energía; pocas veces peca por el argumento cuando no se inclina á la paradoja; en la invención y composición es sobrio,

y sus cuadros tienen una terminación feliz y bien graduada; el estilo es á menudo más nervioso que flúido, severo y cortado más que dulce y rítmico, y sus períodos, concisos en demasía á veces, le quitan riqueza, abundancia y número; pero si los versos no alcanzan siempre todas estas cualidades, sobresalen, en cambio, por el brío y por la sentencia.

Confesamos, en fin, haber dicho poco sobre el arte de componer y presentar sus asuntos, porque es una de las cosas que más le caracterizan, puesto que tiene una *manera propia*, verdadera causa de dificultad para imitarle, y en que se correrá riesgo de seguirle, haciéndolo sin el estudio ni la meditación conveniente. Queda también otra cuestión, que nace de la lectura de las doloras: la de saber si el octosílabo es su mejor forma de expresión popular, y del género que el endecasílabo, como lo parece indicar la insistencia del poeta en el uso del metro corto.

Puntos son todos estos que, perteneciendo más á la belleza extrínseca ó plástica que á la intrínseca ó filosófica, puede el lector examinar por sí con poco esfuerzo; y el no consignarlos con minuciosidad descarga la crítica de una muchedumbre de observaciones que, á la altura que ha llegado hoy la educación, parecerían impertinentes y acaso pueriles.

En la elección de las doloras escogidas para ser anotadas no ha habido un rigor extremado; se han incluído algunas doloras más de lo que quizá se debiera, porque esto ofrece ventajas al estudio y á la comparación, pues señalados el mérito de las unas y las imperfeciones de las otras, se ve con más relieve el contraste, y la enseñanza puede ser eficaz y práctica.

Nada más tengo que decir de un trabajo delicado y espino-

so, que estoy seguro no satisfará á los doctos. No fué éste mi ánimo, puesto que he tenido presente á la generación que viene y no á la generación que pasa, dándole en tan corto estudio el pequeño caudal de mis conocimientos; amargo fruto del árbol de la experiencia, adquirido con los sinsabores de la vida, los placeres del estudio y el triste privilegio de los años.

Madrid 31 de Mayo de 1864.

D. M. Rayón.

Dolora I.—*Cosas de la edad.*

Damos comienzo por esta dolora, una de las primeras que han salido de la pluma del autor. En ella están contenidas en embrión muchas de las calidades que, andando los años, desplegó el poeta. Su *manera* de componer, la forma dramática, la intención social y filosófica, la abundancia de refranes y sentencias como tesis y como conclusiones de sus poesías, la estructura y distribución ordenada por parte de sus cuadros, la pintura real de los caracteres, la abundancia, variedad y riqueza de situaciones que escoge para sus asuntos, como se irá viendo, todo está aquí de un modo latente.

En esta composición, un argumento sencillo y un pensamiento trascedental se unen á un desempeño fácil y de efecto seguro. El interés del diálogo nace del contraste de dos edades tan difíciles de comprenderse. Los raciocinios de la abuela son concluyentes; sin embargo, la nieta no se enmienda; contesta, y al contestar es el intérprete de toda la posteridad, que será, como ha sido en este caso, incorregible; de aquí parte el poderoso resorte de la dolora, que da la clave de la historia de la vida. ¡Cómo habla la cabeza y cómo responde el corazón! El tema está bien planteado y queda sin resolver, porque no tiene solución posible en esta situación en que cada uno obedece al influjo de su edad, probando la abuela y la niña que la generación que pasa es y será siempre un problema para la generación que viene. El contraste que resulta de las edades respectivas y de las situaciones y profesiones de la vida es, como tendrá ocasión de ir notando el lector, uno de los buenos recursos del poeta para el artificio y éxito de sus composiciones.

Esta dolora, como otras muchas, permite que puedan ser representadas con feliz éxito, siempre que se hallen intérpretes que comprendan bien al autor, lo cual no sería uno de los entretenimientos menos agradables en las largas veladas del

invierno. Podrá hallarse la niña maliciosa que quiera hacer su papel; pero ¿se encontrará con tanta facilidad la abuela desengañada que quiera encargarse del suyo?

II.—*Glorias de la vida.*

Esta dolora es digna de un pincel. El cuadro es sobrio, completo y acabado en todos sus detalles; la ejecución esmerada, fácil y correcta. El poeta, triste y desesperado, arroja al fuego las cartas de sus novias, y aquellos dulces rasgos de amor vuelan en pavesas al impulso de la devoradora llama. Ocúrresele entonces que *¡humo las glorias de la vida son!* El pensamiento es poético, de gran melancolía y de un carácter general, porque es la faz dominante de nuestra naturaleza en cierta época de la vida; por eso esta dolora vivirá siempre, y tendrá una aplicación diaria en las mutuas relaciones de ambos sexos. Una duda, sin embargo, se nos ocurre. ¿Tenía motivos razonables el poeta para quejarse con tanta amargura, siendo él tan fácil en querer á tantas? Creemos que no: por eso vemos aquí un proceso general del amor, más que un caso de desdicha particular, lo cual debilita el concepto y da á la obra un tono satírico contra el bello sexo. El poeta debe tener razón siempre en sus pasiones, y quien ha amado á muchas deja de tenerla. Por esto aseguramos sería de un mérito superior esta poesía si, en vez de muchas, fuesen de una sola las cartas, deduciendo de un desengaño particular que son humo todas las glorias de amor. Hemos insistido en esto, por creerlo importante para la mayor perfección de una obra tan acabada y tan bella como lo es esta dolora.

III.—*Ventajas de la inconstancia.*

Dolora del género de las festivas. Su forma, su composición y hasta la rima le dan fisonomía propia. Muchos moralistas de la literatura han vituperado esta y otras de igual índole. Tienen razón; pero el arte ¿es siempre un sermón? La pintura de la realidad de la vida, ¿no modera? ¿no corrige? Esta dolora, contra las falsas y coquetas, es de una gran enseñanza, pues predica muy alto que debe haber lealtad en los compromisos, porque, de lo contrario, ¡adiós amor! pasión la más bella y noble de nuestro sér. Aquí, como en otras composiciones del mismo género, el poeta parece escéptico, y no obstante, sería aventurado calificarle de tal, teniendo á la vista otros lugares del mismo; y aun cuando otra cosa fuera, ¿sería esto una verdadera contradicción? De ninguna manera; ¿y por qué? Porque el arte abraza todos ó muchos particulares de la vida, de géneros y órdenes diversos, ya armónicos entre sí, ya contradictorios. Pintar el bien y el mal dentro de sus propias condiciones es una ley á que obedece el poeta, á quien en muchos casos no se le puede exigir entera responsabilidad, porque no sabemos si piensa lo que pinta, ó pinta lo que siente. Aquí un tunante engaña á una joven, y viéndose á su vez burlado por ella, se consuela, en desquite, con que la ha faltado antes. Ambos salen castigados, cumpliendo el refrán: *á un pícaro otro mayor*. ¿No hay aquí enseñanza? Después de leída esta poesía, lo primero que se ocurre es obrar con sinceridad y mucha cautela en un negocio de los más espinosos de la vida, y la dolora es una voz de alerta contra las falsías y la mala fe embozadas. Firma el poeta en su pueblo natal, con lo que nos da también á entender que fechorías de esa índole pasan lo mismo en la ciudad que en el campo, en lo cual anda acertado, pues la humanidad en este caso es igual en todas partes, á pesar de las santidades pastoriles tan celebradas por nuestros mayores.

Permítasenos decir dos palabras sobre el autor del epígrafe, asunto de la composición. Inteligencia clara, fina y cultivada, dedicó los cortos años de su juventud al estudio del derecho, hermanándole en sus ocios con el cultivo de las humanidades y de las bellas artes, en cuyos ramos dejó muestras de sus felices disposiciones, buen ingenio y exquisito gusto. Quizá algún día demos á luz sus poesías, como testimonio de tierno cariño por un hermano tan querido, arrebatado á la vida en 1855, á los treinta y cuatro años de edad. Campoamor le consagra aquí un recuerdo de la amistad que profesó siempre al que había sido desde la infancia su compañero querido por aquellos pueblecillos de Vega, Andés, Piñera, Anleo, Otur y márgenes del río Navia; testigos todos de las primeras é inefables impresiones de ambos, traducidas más tarde en hermosas poesías.

VI.—*Las dos almas.*

Esta composición, tierna y delicada, es de las que pertenecen á los buenos tiempos del autor, en que la lectura, la instrucción y la filosofía no habían dado aún á sus versos una dirección más calculada y razonadora.

VII.—*No hay dicha en la tierra.*

Si no hay dicha de niño, de joven, ni de viejo, ¿dónde la habrá? En la muerte. Véase, pues, la dolora que sigue, de la cual ésta no es más que una premisa. La composición es agradable por la tristeza y la inquietud que reina en toda ella, por

la poética expresión de las tres edades cardinales de la vida, y por los hermosos versos con que termina:

Temo á la muerte, y la muerte
Todos los males consuela.

XI.—*Vanidad de la hermosura.*

Cuadro completo y conciso, con arte pensado y con habilidad y sentimiento desempeñado. El realismo de la belleza y del amor no es más que *aire, sombras é ilusiones*. Sin embargo, la interlocutora no comprende esta verdad, y se muestra incrédula, según se colige de sus maliciosas preguntas. ¡Cuán pronto la edad y los desengaños habrán puesto á la pobre Octavia en consonancia con las opiniones del poeta!

XV.—*La compasión.*

Excusado nos parece decir nada sobre el mérito de la composición, que se recomienda por sí sola. El lector gozará con la lectura de esta leyenda, de un desempeño y carácter *arromanzados*, que la hacen muy agradable.

XVIII.—*El concierto de las campanas.*

Este instrumento de la cristiandad, que llama á los fieles á la oración en los templos, y habla siempre en todas las ceremonias alegres ó tristes de la Iglesia, ha servido de tema cons-

tante á la inspiración de los poetas. Campoamor nos da aquí, en forma y ejecución sencillas, llenas de armonía imitativa, una muestra del efecto que produce en su ánimo el eco triste del melancólico tañido de las campanas en dos opuestas situaciones, y que le trae á la memoria el vano afán de las cosas de la vida.

Ésta y *Musicas que pasan*, son doloras de un mérito particular, á que no será ciertamente insensible el lector más frío.

XXII.—*Vaguedad del placer.*

Bajo la hermosa y poética alegoría del arco iris perseguido por unos niños, se describe lo que es la felicidad y todo el cortejo de venturas que soñamos, las cuales, unas veces nos parece que han pasado, y otras que están por venir. Esta poesía es rica por su colorido poético, animada por la narración, dramática por el diálogo, pintoresca por las descripciones y feliz por la conclusión que la resume.

XXV.—*Adiós para siempre.*

Hermosa composición. Modelo de sobriedad, de suavidad y de ternura. Es una de las doloras más perfectas por el conjunto, la ejecución y sencillez del plan. El poeta va á explicar los motivos que tiene para decir *Adiós para siempre* á Carolina, y lo hace con una concisión, verdad y naturalidad que encanta, envolviendo al mismo tiempo una delicada lisonja á Carolina en los dos primeros versos del segundo cuarteto.

Un adiós con más belleza poética expresado, de seguro que no lo habrá oído ninguna Carolina, ni llevado consigo á su partida una impresión más grata.

XXXI.—*Porvenir de las almas.*

El consuelo que el poeta procura á su hermana por la muerte de su hija es natural, nace del fondo mismo de las creencias religiosas, se desenvuelve y termina con sencillez y sin artificios extraños y no adecuados. *Morir es resucitar*: he aquí la tesis cristiana; y como una niña resucita para la bienaventuranza eterna, he aquí su felicidad y el consuelo para la afligida madre. Nótense los razonamientos que emplea el poeta para convencer, y se verá con qué naturalidad están hechos. No quisiéramos, sin embargo, ver en la penúltima estrofa un pensamiento que debilita la base de la dolora, pues implica duda y hasta contradicción, toda vez que la poesía estriba en el fundamento de la fe.

Si esta composición en su pensamiento y en el arreglo del plan es buena, no nos parece igual en la pureza del desempeño. Hay algunos versos duros, como el primero, y demasiadas asonancias y consonancias en *eo* y en *ia*, que siempre deben evitarse en cortas composiciones.

XXXV.—*La dicha es la muerte.*

Pertenece esta dolora á uno de los móviles más pronunciados en el autor, muy dado á tratar y resolver estas tesis filosóficas, que han sido y serán el eje sobre que giren las ideas y los sentimientos de la humanidad y del individuo. El poeta afirma resuelto, que la dicha es la muerte; ¿y por qué? Porque se ha dirigido á diversas clases y edades, y todas á la vez le responden con acento de dolor, que el sufrimiento es la condición ineludible de sus respectivos estados. De aquí deduce que no hay dicha en la vida, y que es preciso atravesar el

triste pórtico de la tumba para alcanzar en otras mansiones de eterna bienandanza la ventura que se niega á los mortales en esta región de penas y desolaciones.

Esta composición, como se ve, es altamente espiritual y cristiana; afirma en la creencia de la inmortalidad del alma, y en que las penas y sufrimientos de este mundo servirán de expiación para alcanzar la dicha en la otra vida, que es lo que piadosamente debemos pensar de nuestros hermanos. Aparte de lo dicho y de la vigorosa dialéctica empleada por el poeta, tememos que predique en vano, pues dudamos que los magnates, los ancianos, las hermosas, ni nadie, crea que la dicha es la muerte. ¡Tan poderoso es el sentimiento de la vida! Y sin embargo, no por eso será menos cierto el tema.

Más bella por la idea y el arreglo de su plan que por la riqueza de su poesía, tiene, sin embargo, esta dolora una de las supremas condiciones del arte, la melancolía; por eso simpatizaremos todos siempre, á su lectura, con aquel Judío errante de la felicidad, que va por todas partes *preso de infernal batalla.*

XXXVI.—*La opinión.*

La concreción más posible de una idea, la reducción más completa de un pensamiento y el menor desarrollo alcanzado en el plan y dimensiones de la obra, son facultades en que campea y de que hace alarde este poeta, en un tiempo en que la poesía tiende y es con frecuencia exuberante y gárrula hasta el fastidio. En el arte todos los extremos son vituperables, si bien es preferible la extremada concisión á la dilución fatigante de la obra. El asunto de ésta es difícil y vago; tema de disertaciones y diatribas en pro ó en contra; ha sido y es un palenque donde combaten plumas hábiles. ¿Qué es, sin embargo, la opinión en el hecho más natural de la vida? ¿Es la

uniformidad del juicio? No; pues entonces no hay singular para esta palabra. Sabemos cómo el poeta piensa en este asunto, cuando nos ha afirmado resueltamente en una dolora que la dicha es la muerte. Ahora vamos á ver qué piensa la generalidad sobre la misma cuestión. Una niña se muere y la llevan á enterrar. A su paso por delante de las gentes, cada uno exclama de diverso modo, pero perfectamente adecuado. ¿Qué se deduce al fin? Que la opinión no puede ser una, sino la resultante de las variadísimas condiciones de la vida, de la edad, del sexo, de la educación, de las profesiones, etc. Conclusión veraz, y que nos conduce como por la mano de lo particular á lo general, para saber lo que es la opinión según los tiempos, las personas y las circunstancias.

¿Nos atreveríamos á indicar que, á pesar del mérito de esta composición, aun dado el género, se echa de menos la armonía rítmica, que tanto poder tiene siempre sobre nuestra organización.

XXXVII.—*¡Quién supiera escribir!*

Composición bien sentida, diálogo animado con reticencias maliciosas y llenas de gracia. Aunque el protagonista es una mujer vulgar, que ni aun sabe escribir, nótese la conveniencia del lenguaje, que no se aparta de la naturalidad, aun en medio de una pasión ardiente al par que tierna. Nótese también cómo circula el fuego por toda ella, y cómo desde la estrofa octava, parte creciendo en ardor, en violencia y en colorido. Al leer esta y otras composiciones del autor se advierte pronto un sagaz conocimiento del corazón y sus flaquezas, como también el arte muy meditado de saberlas exponer con verdad y sencillez. La elección del amanuense, sobre ser natural para una aldeana, está bien calculada, por cuanto suministra grandes medios de contraste y hace posible el desempeño

del asunto; posible en lo que cabe, pues no acertando á ser el rápido ni exacto intréprete de aquel corazón apasionado, prorrumpe la hermosa aldeana en la preciosa arenga de lo que hubiera de poner si supiera escribir.

XXXVIII.—*Amar al vuelo.*

¿Qué diremos del arte y desempeño de esta composición? ¡Qué armonía, qué versificación tan fácil, tan ligera y encadenada desde el principio al fin! Nos parece difícil hacer más en rima libre, sin sujeción á ley alguna, más que la del tacto y el buen gusto. El carácter de la dolora es adecuado al de la edad de la niña, y de aquí su recíproca consonancia y cadencia. Recomendamos el estudio de estas irregulares estrofas, que tan buen efecto producen en el oído, y que tienen la ventaja de no caer en el martilleo ó monotonía á que propenden las regulares y compasadas.

Del fondo de esta composición no podemos decir otro tanto. Hay una gran amargura bajo apariencias dulces, y abundan las sentencias veraces y desoladoras, producto del desencanto que trae consigo la edad, y que viene á parar á esta terrible conclusión: *el amor no existe.* Verdad es que, penetrando un poco en el sentido íntimo, asoma la influencia de cierto panteísmo, que podremos llamar amoroso.

¿Qué quiere decir si no:

Aunque no importa realmente
Que ames infinitamente,
Si amas infinitas cosas.
. . . .
. . . .
Ama mucho, mas de modo
Que estés siempre enamorada

De un cierto todo que es nada,
De un cierto nada que es todo?

Si él amor no existe, ó existe en esta forma, toda niña oirá como quien oye llover semejante desatino; y en fin, si la mariposa, como símil de amor, es uno de los temas constantes de los poetas, no es menos cierto que la pertinaz y oscura ostra le ha seguido de cerca para bien de los verdaderos amantes.

XXXIX.—*El beso.*

Esta composición no es lo que aparece á primera vista, pues no se trata de un hecho particular, sino general. Aquí se canta el amor universal de ambos sexos en una de sus manifestaciones más poéticas; en una palabra, la totalidad de la vida del amor, en cuyo caso la humanidad es la resultante de la armonía de un beso general en todos los tiempos desde Adán hasta nuestros días, como indica el autor. Este nos define con exactitud las diversas clases de besos que hay, y que no son otra cosa que *la expresión de un idioma universal.* La rima tiene novedad, es de difícil manejo, y su éxito pende del buen gusto del autor; pero la dolora se distingue más por el pensamiento que por la forma, pues siendo tan vasto aquél, se diluye algo ésta, y no impresiona con viveza el ánimo. Hay además en ella, aunque con deliberado modo, demasiadas consonancias y asonancias, que dan monotonía al conjunto. Las estrofas 3.ª, 4.ª y 7.ª sobre todo, son, sin duda, las mejores. También debemos notar que no faltan aquí pensamientos alambicados y conceptuosos, á que es dado á veces el escritor, y que son lunares con que empaña de cuando en cuando sus hermosos cuadros. Esto, que nace

del fondo filosófico ó subjetivo de su propia *manera*, tiene graves riesgos en los imitadores, pues volveríamos desgraciadamente á los tiempos de la poesía culta.

XLVI.—*¿Qué es amor?*

No siempre el poeta subyuga ni fascina. *Alicuando bonus dormitat Homerus.* Si esto acaeció á tan grande ingenio, ¿cómo no ha de suceder á los demás? Una niña hermosa, con la ingenuidad propia de sus años, le pregunta qué es amor. El interlocutor no puede ser más bello, ni la pregunta más natural é inocente; ¡hermosa situación! y sin embargo, el poeta no ha atinado con la respuesta, que, sobre ser erudita, conceptuosa y no pertinente por su poco acierto, es débil y vaga, con ribetes de atea en sus conclusiones. Añádese á esto el empleo de una metrificación poco elástica y de enfadoso martilleo.

El amor, idealismo puro ó puro realismo, es, por consiguiente, todo lo sublime y todo lo vulgar, todo lo grande y todo lo pequeño, todo lo hermoso y todo lo prosaico: esto lo sabemos muy bien; por tanto, esperábamos una respuesta más acabada de quien escribió *Vivir es sufrir.* Otro modo mejor de desempeño, ya que el poeta no quiso dar su opinión, sería, en nuestro sentir, la exposición de lo que han dicho los más levantados pensadores y artistas con que se honra la humanidad, lo cual valdría más que la mayor parte de los protagonistas citados. Entretanto, ¡sombras, adorables siempre, de Marcilla, de Inés de Castro y de Macías, perdonad á este poeta un momento de mal humor!

XLVII.—*Las dos grandezas.*

Esta leyenda griega de la entrevista de Alejandro con Diógenes, trasmitida por Plutarco y otros escritores de la antigüedad, fué objeto siempre de comentarios, porque implica la pregunta de ¿quién de los dos es más grande? La humanidad, sin embargo, se ha ido con Alejandro, no por vanagloria, sino por razones poderosas, que no son de este lugar. Cualquiera que fuese el mérito de Diógenes, no podemos dudar que éste era un hombre excéntrico, si no extravagante, según las cortas noticias que han llegado hasta nosotros, y por tal tenido entre sus conciudadanos. Rousseau, que es su semejante en nuestros tiempos, le lleva gran ventaja, porque es el iniciador más poderoso de la libertad moderna y una de las protestas más fuertes del espiritualismo y del sentimiento contra el grosero materialismo de los enciclopedistas, como se ve en muchas de sus elocuentes páginas. Herida la imaginación del poeta, como lo ha sido la de otros muchos, por la singularidad del caso, le pinta dramáticamente en esta escena conforme á la tradición, procurando ser fiel á la verdad moral de ambos caracteres, y pareciendo quizá inclinar nuestro ánimo á que la gloria militar, como la científica, son dos grandes miserias, que nunca habrán de comprenderse ni hacerse mutua justicia.

Dos extremos tan fuertemente acentuados como Alejandro y Diógenes son imposibles de conciliar; y la humanidad sería muy desgraciada marchando exclusivamente por cualquiera de los dos caminos. No obstante que el poeta se mantiene neutral, al parecer, entre ambos y sólo como mero narrador, sin indicarnos siquiera cuál es su *concepción de la vida*, le vemos simpatizar con Diógenes, puesto que en su boca están las réplicas más acertadas y las sentencias más enérgicas y profundas, hasta el punto de parecernos débil y pequeña la figura de Alejandro.

En cuanto á la forma, observaremos que la elección del metro no ha sido la más oportuna, teniendo en cuenta el asunto y los protagonistas. La redondilla no da, según pensamos, nobleza suficiente, y hace mezquina la forma de ciertas composiciones serias; verdad es que el poeta ha sacado todo el partido posible, y mostrado en algunas un vigor, una concisión y energía notables, enseñando cuánto se puede hacer aún con las más humildes combinaciones de la rima castellana.

XLIX.—*Sufrir es vivir.*

El tema de esta dolora no es una paradoja: está fundado en el verdadero conocimiento de la naturaleza humana. Si se necesitase una prueba fisiológica y razonada á la vez de que *sufrir es vivir*, esta composición bastaría por sí sola para convencernos: tal es el arte singular con que está concebida y ejecutada, debiendo considerársela como una apoteosis de la fe y del amor, que triunfa de los sufrimientos que le acompañan en esta vida. El asunto ha sido tratado en todos tiempos, y sin embargo, ¡cuánta novedad se advierte aquí! Con los medios más sencillos y triviales el poeta sabe remontarse á la más alta concepción de la vida: ¿qué es ésta sin el amor, su forma universal? Nada. Además, ¡qué moralidad! Un poeta vulgar hubiera pedido y consumado el suicidio, con escándalo de la razón y de las gentes de buen vivir; éste, al contrario, comprendiendo mejor las exquisitas fuentes de la vida y cuál es la naturaleza humana, termina por el arranque magnífico de un corazón realmente apasionado:

Decid al tiempo, Señor,
Que no me arranque este amor,
Que es arrancarme la vida.

Mucho más pudiéramos decir sobre esta preciosa dolora; pero lo indicado basta para que el lector, con sus propios conocimientos, pueda apreciar verso por verso todas sus bellezas de fondo y de forma.

L.—*Los dos espejos.*

La forma por sí constituye una gran parte de la belleza. En poesía, como en pintura y escultura, debe haber ciertas leyes de proporcionalidad si se aspira á conseguir en la obra un carácter grandioso. Ni la estatua de la Baviera de Rauch ó el coloso de Rodas, ni las graciosas figuritas de Pradier son el verdadero arte escultural, como tampoco el Prometeo de Rivera, ni los diminutos cuadros ó miniaturas son la expresión genuina de la pintura. Esto por regla general; mas las Parcas y las Niobes, la Venus de Milo y el Apolo de Belvedere, el Pasmo de Sicilia y la Toma de Breda serán siempre tipos de composición, basados sobre los más perfectos modelos de nuestra propia naturaleza. Verdad es que la poesía lírica, aunque parecida á las anteriores, no tiene un punto de partida tan preciso y seguro para determinar la debida y armónica proporción de sus obras; sin embargo, cuando se estudia atentamente á Horacio, Fr. Luis de León y otros grandes maestros, que admiramos todos cada vez más, á pesar de los siglos transcurridos, vemos el tino con que procedieron dejándonos modelos acabados en la *ponderación* conveniente de las formas; pues parece que, como guiados por su exquisito gusto, acertaron con la ley ó regla de proporcionalidad que deben tener en su desarrollo los géneros más selectos de la poesía lírica.

Estas sucintas observaciones son aplicables aquí al poeta Él nos presenta buenos modelos de lo que debe ser una dolora, como puede verse en *Glorias de la Vida, Adiós para siem-*

pre, Porvenir de las almas, Vivir es sufrir, etc.; mas no así en *La comedia del saber, Todo es uno y lo mismo,* y otras, faltas de elegancia, á nuestro parecer, por su demasiada extensión, que atenta al equilibrado conjunto de la forma, asimilando la composición á otros géneros que tienen su categoría especial y formal, llámese elegía, sátira ó epístola. Por otro extremo, y en contraposición á las citadas, hallamos: *Cosas del tiempo, Todo está en el corazón, Amor y gloria, Muertos que viven, El mayor castigo, Los celos causan olvido, Los dos pecadores, Nunca olvida quien bien ama,* que pueden considerarse más como apotegmas ó epigramas que como doloras.

LIII.—*Amor y gloria.*

No aceptamos el pensamiento. Esto será llevar el despecho ó el escepticismo hasta sus últimas consecuencias. El amor y la gloria son los móviles más poderosos á que obedecemos, y por consiguiente, los generadores de cuanto grande hay en la vida, cuando estas dos pasiones van noblemente encaminadas. El arte, pues, debe tender siempre á fomentar y levantar las más bellas porciones de nuestro espíritu y de nuestros sentimientos. Este es su rico venero; lo contrario sería matar la poesía. Aparte de esto, ¡qué décima tan épica, por decirlo así, y cómo trae á la memoria el estilo grandioso de Calderón!

LIV.—*Nunca olvida quien bien ama.*

Feliz conclusión: no es posible un pensamiento más apasionado, más triste, más desgarrador. Perdonar á todo el mundo menos á la que se ama, es una idea bella, expresada con una

concisión y energía admirables. ¡Qué conocimiento del corazón humano y de nuestra flaca naturaleza! Para un alma cristiana podrá ser esta confesión motivo de escándalo; y sin embargo, ¡cuántos, víctimas de una pasión en lo más florido de su edad, habrán hecho lo mismo! No sé qué hay de singular en esta conclusión, que, á pesar de la amenaza, el cariño va á ser más profundo y porfiado en la otra vida. A pesar de tanta belleza en el pensamiento, repetimos lo dicho en *Los dos espejos*.

LV.—*Todo es uno y lo mismo.*

En esta composición, como en otras, habrá notado el lector el empeño en hacer pasar al dominio de la poesía ciertas conclusiones de la filosofía alemana de Hegel, y de Fichte sobre todo. No aplaudimos tal propósito, el cual, si hubiera de imitarse, daría malos resultados para el arte, encaminado por esta senda más bien á probar tesis difíciles de metafísica que á levantar nuestros más nobilísimos sentimientos y pasiones hacia un ideal puro de perfección y de grandeza. El arte prueba de diverso modo que la filosofía. Siendo el fin uno, los medios difieren mucho, ó son, cuando menos, muy poco perceptibles sus analogías para la mayor parte de los lectores. En fin, con estos ensayos la filosofía no progresa y la poesía padece. Tal es nuestro modo de ver en la materia. Aparte de esto, se puede gustar aquí la gracia y chiste de la exposición, lo acertado y malicioso de las reflexiones y sentencias, y en general, la facilidad y tersura de la rima.

LVII.—*Los dos pecadores.*

Insistimos en que la dolora no se debe llevar hasta una décima; forma estrecha, si no mezquina, para el desarrollo y justas proporciones de una obra de arte. Prescindiendo de esto, el pensamiento y la ejecución corren aquí parejas, sin subordinación ninguna entre ambos. Recomendamos el sutil ingenio con que está expuesto y desempeñado el asunto, algo paradójico á nuestro parecer, y la valentía de los dos versos finales.

LIX.—*Las dos linternas.*

Según se deduce de varios pasajes, el carácter de Diógenes ha ejercido alguna influencia en el autor, lo cual no podemos explicarnos siendo ambos tan diferentes. Podríamos penetrar, no obstante, en esta cuestión fisiológica, y rastrear algo del cómo se dejan influir á veces las imaginaciones vivas sin darse cuenta razonada; pero no es de este lugar disertación semejante. La creencia en el poeta de que su linterna es blanca, no pasa de ser una ilusión suya, pues, aunque con distintos modos, tan negra es como la del otro. ¿No son en su mayor parte las doloras de un fondo triste, melancólico y hasta sombrío? ¿No ha buscado el amor, la ciencia, la felicidad, la gloria y la fortuna, y no las ha encontrado en ninguna parte? ¡Ah! ¡Cómo nos engañamos! ¡Y luégo nos asegura que su linterna es blanca! Mi amigo, el ilustrado catedrático Laverde Ruiz no debe estar muy convencido de la tesis aquí sostenida, por ser inexacta. ¿No hay sobre las gafas particulares el telescopio y el microscopio, que penetran y descubren los dos polos ó regiones del mundo visible é invisible? ¿No está

sobre lo particular lo general? ¡Ah! ¡Pobre humanidad, si todo fuera nada más que según el color propio del cristal de cada uno!

LXI.—*Músicas que pasan.*

Si fuera necesario fijar qué fondo, qué forma y qué desempeño debe tener toda composición lírica para agradar ó ser perfecta, nunca nos entenderíamos ni consiguiéramos nuestro deseo. La retórica y la poética no resuelven la cuestión, y eso que somos los primeros en estimar su importancia y utilidad. Lo vago, lo indeterminado un no sé qué singular, que se siente y no puede explicarse por las reglas más comunes de la crítica, constituyen ó componen á veces una obra de arte. Tal acontece á esta dolora, que participa de los modos secretos y misteriosas penumbras de la música. Puede asegurarse que no hay aquí, en rigor, pensamiento deliberado, ni plan, ni fin concreto; y sin embargo, ¡qué alegría, qué movimiento, qué tristeza! ¿y por qué? ¡Porque las músicas vienen y se van! «¡Qué tontería!» dirán algunos; «¡qué belleza!» dirán los más. Para mí es claro el sentido de esta dolora, pues representa el drama entero de la vida. Los años vienen, los años se van, las ilusiones se acercan... ¡cuán rápidas huyen! Un mundo de flores que avanza á nosotros es yermo de abrojos que queda detrás. Toda, toda la vida es una música inefab'e de armonía cuando viene, y un triste concierto de melancólicas y discordantes notas cuando se va. Mi amigo Goñi, organización delicada y por demás impresionable y triste, ¡cómo habrá sentido el efecto de esta composición, de una belleza vaga y de una melancolía inexplicable!

LXIV.—*La metempsicosis.*

El pensamiento de esta composición tiene, como es sabido, su raiz en la India, de donde lo importó á su manera Pitágoras en Grecia. Considérese como quiera tal sistema, no es más que un imperfecto embrión de la idea de inmortalidad. Estas metamorfosis tenían un término de purificación, el cual cumplido, se pasaba á gozar de un descanso ó bien superior. El poeta es aquí más duro, pues nada nos dice del término de reposo y felicidad, y acepta, al parecer, una metempsícosis continua y eterna, en la cual, variar de destino, *sólo es variar de dolor*. ¡Terrible conclusión en el sentido moral, y no cierta considerada literalmente!

El *Cosmos* es una soberbia armonía en su conjunto, y en sus detalles un compuesto de placeres y de dolores, de dichas y de desesperaciones; así que la permanencia constante de la pena en la totalidad de la vida no es dable ni posible; ¿y por qué? Porque aquí es una idea absoluta, y como tal, no cabe en casos concretos y particulares. Cuando habla el hombre (humanidad acaso) en la penúltima y hermosa quintilla, ¿no ha llevado consigo la reminiscencia de ningún goce? No puede ser. Hay un tiempo en todos los infinitos particulares de la vida indefectiblemente señalado para la felicidad, como hay otro para las penas, y esto constituye la sucesión alternada del bien y del mal. El egoísmo nos hace soñar una felicidad perenne, sin reflexionar que pedimos su propia destrucción, porque ¿de dónde nos viene la idea de dicha, sino de la de su opuesto, desgracia? Si es verdad que en toda la escala transmigradora hay dolor, también hay placer; de consiguiente, falta aquí un término absoluto de felicidad superior al que referir el ideal existente en la conciencia como fin de la vida, pues lo contrario es proclamar sin esperanza una desesperación eterna. Por tales razones se colegirá que estos asuntos inmensos, abordados directamente, son un escollo insupera-

ble para el buen éxito; así, pues, opinamos que no están demás estas breves observaciones, que puede muy bien ampliar el lector, cuando el poeta se remonta atrevidamente á las regiones más escabrosas de la filosofía y trata nada menos que de la predestinación universal.

Si no estamos conformes respecto del orden interno de la dolora, en cuanto á la forma no podemos sino alabar el estro, la energía y variedad de tonos, ya fuertes, ya dulces, empleados en las quintillas, y la dicción poética, que hace á algunas, como la 6.ª y 8.ª, tan levantadas y poéticas.

LXV.—*Las dos tumbas.*

Es verdad: la vida sin una idea, sin ilusión, sin amor, es un sepulcro. Cuando el corazón y la cabeza llegan á cierto estado, no contienen más que el vacío, y tanto monta ser como no ser. Huyendo del uno, se busca asilo en el otro, y como nada hay, se persigue fatigosamente una sombra; porque el hombre entonces no es realidad, sino sombra de realidad. Véase para el contraste la dolora de *Sufrir es vivir.*

LXVI.—*La comedia del saber.*

Cuadro sencillo de los principales sistemas filosóficos de Grecia, en que, bajo la forma dramática, se expone el juego de ideas por las cuales viene luchando, con nuevas integrantes siempre, la humanidad sabia contra la multitud ignorante, para sacarla de la servidumbre y del error, y conducirla por la vía del progreso y del bien hacia mejores fines y felicidad posible, por más que se extravíe en ocasiones, prestándose á

ciegas á bastardos intereses, hasta el extremo de pedir la cicuta para Sócrates y la cruz para el Nazareno.

Desde luégo notamos que el título es peligroso, y que el poeta se vale del divino arte de la poesía para ridiculizar, al parecer, las sectas filosóficas. El medio es ya antiguo. La pintura y la escultura le han empleado también. Sin embargo, la humanidad marcha á un destino más perfecto, sin curarse de estos *humorismos* particulares. Nada sentimos tanto como ver el arte y la ciencia al servicio de malas causas, pues sobre no adelantar nada, no se adquiere respetabilidad en la augusta asamblea de los genios que empujan la sociedad hacia fines más rectos. ¡La filosofía una mentira! Pues entonces, ¿por qué van triunfando, si bien lentamente, por esa vereda tortuosa de la vida las más nobles porciones del espíritu humano? La lucha existe, porque es inevitable, dada nuestra naturaleza, y he aquí el drama sobre que gira la historia. Desde el lapón y el esquimal hasta el francés y el español, ¿qué marcha viene siguiendo el hombre? Desde los pueblos autóctonos hasta nuestros días, ¿qué progresos se van realizando? Muchos. ¿Ha sido obstáculo la extravagancia ó el error sincero de algunos filósofos? No. ¿Por qué? Porque la individualidad es la expresión formal de la totalidad, no la expresión esencial; pues aspirando ésta á su mejoramiento indefinido y constante dentro de sus propias condiciones, en vano intentará torcer su curso la idiosincrasia de algunos escritores sometidos á un particularismo pequeño y mezquino, como lo es el individuo con relación al todo.

En cuanto á la cuestión de forma, ya hemos establecido en otra parte nuestra doctrina respecto de las doloras cortas como de las que pudiéramos llamar largas, y repetimos aquí de nuevo que toda obra, para ser perfecta, ha de tener indispensablemente cierta ponderación de formas internas y externas, de las cuales resulte la armonía y la unidad, uno de los grandes fines del arte, para que sea eficaz y obre como tal en nuestra limitada naturaleza. A pesar de estos defectos, se nos preguntará por qué hemos analizado la presente compo-

sición, careciendo de las dotes de una verdadera dolora. A lo cual responderemos sin titubear que por lo mismo; pues sólo de este modo pueden señalarse con claridad los peligros en que incurriría todo imitador que quiera seguir esta senda; porque debe tenerse entendido que la filosofía y la erudición *per se* no son el arte, ni cuadros tan extensos guardan las proporciones del género, y por más que se pulan y perfeccionen, las poesías de que se trata serán siempre de arduo empeño y poco fáciles á la memoria.

No simpatizamos con ciertos metros para el estilo elevado; pero notará el lector cuán aficionado es Campoamor á la redondilla, y es preciso convenir en que en este, como en otros pasajes suyos, algunas son bellas, rotundas y hasta grandiosas. Ningún asunto, por severo que sea, le arredra para usarlas, y en general están bien construídas y llenas de nobleza, y exentas del carácter vulgar y coplero que suelen tener.

LXX.—*Los relojes del rey Carlos.*

Es el rey Carlos Primero de España, Quinto emperador á la vez del mismo nombre en Alemania, uno de los hombres más simpáticos de la época del Renacimiento. Cumplido caballero, esforzado é invicto capitán, basta él solo para dar gloria á la vez á un gran pueblo y á un gran siglo. Como persona y como monarca, fuéronle sin duda inferiores cuantos figuraron en su tiempo en aquel vasto teatro de acontecimientos europeos. A sus sentimientos religiosos, encarnados en el pueblo español, que acababa de sostener con sin par constancia una lucha de siete siglos en defensa de la fe, se debe el sostén de la gran causa católica, que era entonces el empeño de honor nacional contra poderosos amigos, que supo Carlos tener siempre á raya, sacando incólume sobre toda clase de intereses egoístas y comerciales dos grandes prin-

cipios, tan culminantes siempre: la autoridad y la unidad.

En este concepto, pues, y otros muchos, ajenos de este lugar, parécenos que el pensamiento fundamental de esta composición falsea algo el carácter de este grande hombre; pues en él, más que en otro alguno, se encuentra la verdadera ponderación entre su cabeza y sus sentimientos, ó entre su corazón y su conciencia: antinomia que sólo es dado resolver á las organizaciones privilegiadas, á los grandes genios de la guerra y de la política, en el arte dificilísimo de gobernar la sociedad. Otros grandes genios han sido más atormentados que Carlos por el dualismo del carácter, funesto siempre para los pueblos.

En cierto modo son también aplicables á la dolora anterior estas observaciones; pero con una diferencia notable. En aquélla se echa de ver un concepto general, de modo que Carlos no es más que el *medium* elegido para exponer el pensamiento de que los grandes hombres tienen flaquezas hasta ridículas á veces. Esta opinión la confirma el título, perfectamente elegido. No están fuera de lugar estas observaciones, porque es ley de perfección que á la belleza externa corresponda la verdad interna, que asimila y vigoriza el mágico poder de la forma.—En esta, ambas son ricas de ingenio y dicción poética, sobre todo la anterior, *Los grandes hombres*, solemne y grave en su exposición y marcha hasta su hermoso final. El móvil escogido para contraste está astutamente elegido, por más que á la primera lectura se quede el lector extrañamente desconcertado.

LXXI.—*Lo que hace el tiempo.*

Lindas son estas coplas, dedicadas á Blanca Rosa, hermoso nombre, que convida á unas variaciones sobre el inagotable tema del amor. El poeta aquí, sin plan preconcebido, arreba-

tado ante la contemplación de la vida y el amor en sus mutuas relaciones, se entrega á la espontaneidad poética del sentimiento, y por todas partes fluye la inspiración, la belleza, la dulzura y la suavidad. Sin embargo, no se crea que autorizamos con esto algunos conceptos, que pecan de oscuros ó alambicados, y estrofas que, comparadas con otras de esta hermosa poesía, carecen de dicción poética y corrección suficiente. No sabemos, por último, si Blanca Rosa habrá quedado satisfecha con la lectura de esta dolora, que deja en el alma un sabor triste y amargo.

LXXIV.—*La historia de Augusto.*

Ni el título ni el asunto están bien escogidos. Si se tratara de una falta particular del hombre, pase; pero pretender que esta dolora determine el carácter general de este personaje, no puede ser. No vemos, pues, aquí más que una sátira política, sangrienta, contra quien gobernó sabiamente, con especial juicio y cordura, casi medio siglo, ciento cuarenta millones de súbditos; que fundó el poder civil en Roma sobre el insoportable militarismo de su siglo, y echó las bases de una administración inteligente; que moderó harto las rapiñas de los procónsules y gobernadores de la ya corrompida república; que puso término á las sangrientas matanzas, comenzadas en tiempo de Mario y Sila. Hombre débil, enfermizo, apocado y hasta tímido, mal podía ser un tirano salteador de la libertad romana, él, que no alcanzó el poder precedido de la gloria militar. Y mal podía ser un tirano, en el rigor de la palabra, quien no tenía más recursos que los del carácter y la inteligencia para mantener á devoción suya generales, literatos, artistas y poetas insignes, como Virgilio y Horacio, por quienes la lengua latina no perecerá jamás. Por sus cualidades en el gobierno y artes de la paz dió nombre á su siglo, y

la apoteosis de su persona, hecha, según aquí se da á entender, por los aduladores de su tiempo, fué ampliamente confirmada por toda la posteridad hasta nuestros días. Ciegas y vengativas pasiones políticas ponen en duda, por razones de hoy, el mérito de entonces. El poeta es aquí intérprete de una escuela histórica, que peca siempre de parcial é injusta. Si Augusto ha sido astuto, sagaz y ladino, que bien lo había menester en su época, eso mismo prueba que su dominación no estaba fundada sobre la fuerza bruta de los ejércitos, á los cuales temía, sino sobre los recursos de su propia inteligencia, dotes de carácter y amor de los pueblos, que le protegían contra las decisiones de aquel Senado egoísta y duro. Sin ir más allá, la inscripción de Ancyra basta para colocar á Augusto entre los bienhechores de la humanidad.—Como el arte sirve á la historia y ésta al arte, creemos de toda oportunidad estas reflexiones, puesto que una poesía lanzada por un gran poeta es muchas veces más mortífera que un libro, y es deber del crítico procurar que una cosa tan bella como es la poesía no destruya ó rebaje lo grande, lo noble y lo digno.—Ovidio será siempre simpático á la posteridad, porque se ignora la verdadera causa de su infortunio; pero ya sea un castigo político ó civil por una falta privada cometida en el seno de la familia de Augusto, cierto es que por un hecho particular del hombre no se puede condenar toda su razón de Estado. Y poderosa debió ser una ú otra, pues ni Tiberio, sucesor de Augusto, le alzó el destierro, impetrado por los amigos del poeta.

Si Campoamor toma aquí la acalorada defensa de un compañero, abogando por la independencia del escritor, en su concepto inocente, contra una disposición tiránica del poder, no es causa bastante para rebajar á Augusto á la clase de mero histrión, y perseguirle hasta el borde de la tumba, suponiendo aquella cínica pregunta á sus cortesanos al tiempo de morir.

LXXV.—*Antinomias del genio.*

Esta dolora, como la de *Los relojes del rey Carlos* y *Los grandes hombres*, pertenece á un género que el poeta explota con feliz éxito. No es de este lugar discutir si hay exactitud en los personajes retratados; la posibilidad es suficiente, y si no son estas las manías ó los caprichos, pueden serlo otros quizá más ridículos, porque la tesis se evidencia por sí misma de que los grandes hombres adolecen, como los demás, de debilidades y extravagancias á veces. Este género, de bastante novedad por cierto en la manera de exponerle el poeta, tiene mucho atractivo sin duda; pero, como toda sátira, es ocasionado á riesgos, pues que intenta rebajar por medio del ridículo las grandes figuras de la historia al nivel del vulgo; atentado que cometen, en su ceguedad, las pasiones políticas, y á veces el arte, con gran pesar nuestro; porque hacemos de él un culto, puesto que, después de la religión, es lo que más consuelo nos presta en las tristezas de la vida real. La exposición y narración están ejecutadas con sencillez, gracia y nervio. Se rivaliza aquí en fáciles redondillas con los buenos romances. Hay expresiones felices, como la de *aquel* sombrero y gabán ceniciento que todos conocemos.

LXXVI.—*Las doloras.*

Bajo este epígrafe el poeta trata de explicar á una dama distinguida su vida y su conducta en las composiciones llamadas *Doloras.* Los desengaños de amor y el hastío de la vida son objeto de esta composición, y es singular que el poeta se haya olvidado de que en esta forma de poesía ha tratado muchas veces con feliz éxito levantados asuntos de filosofía, de

religión, de historia, etc.; asuntos que no pesan menos que las composiciones eróticas en la balanza del mérito. Discreta reserva quizá, no hablar á una señora sino de los negocios de su casa, el corazón, que tan bien comprenden las mujeres. En ésta, como en la otra dedicada á Blanca Rosa, ha hecho revivir Campoamor con feliz éxito las antiguas coplas del arte de Castilla, medio olvidadas desde los tiempos de Jorge Manrique, en las celebradas y de todos conocidas á la muerte de su padre el Condestable, que tanto caracterizan el verdadero arte nacional, y tan superiores son en vigor y otras calidades á sus rivales, las lemosinas, tan ponderadas y de moda hoy entre los vates catalanes.

LXXVII.—*La gran Babel.*

Esta composición es digna de un estudio muy meditado bajo cualquier aspecto que se la considere. Su ideal fundamental es sorprendente, y parece como desgajada del gran libro del *Apocalipsis*, no remontándose á menor altura con medios más sencillos de forma y de exposición. Cuanto puede alcanzarse sin esfuerzo, sin tortura, sin violencia de algún género, está conseguido aquí con una sencillez encantadora.—Dos sonidos indeterminados expresan el aniquilamiento total en el tiempo de toda gloria humana, y cómo ante el ir y venir de los siglos irán pereciendo los hombres, las civilizaciones, las razas, las lenguas y todo el vasto concierto de las civilizaciones ante Dios, autor y creador de todas las cosas. Con el gracioso episodio de dos pájaros, se expone idea tan grande con toda la singularidad, gracia y novedad que sabe imprimir este poeta á la mayoría de sus cuadros.—¡Qué valiente es la parte IV, en la cual dice á Rafael que perecerá la lengua en que expresa sus inspiraciones, y que Dios comienza donde todo acaba.—Persona ilustrada, apasionado por la lite-

ratura, D. Rafael Cabezas, subsecretario del ministerio de Hacienda, y que sabe descansar de las rudas tareas de su cargo con los solaces de la poesía y de los estudios amenos, puede apreciar el mérito y las bellezas que tanto abundan en *La gran Babel;* bellezas que durarán larga fecha, pues nos parece muy remoto aún el tiempo en que la rica habla de Castilla

Dé por fin en tarará,
Ó remate en tururú.

LXXIX.—*Los dos cetros.*

Fray Luis de León, en su inmortal *Profecía del Tajo*, dejó al último Rey de la monarquía goda vencido en Guadalete y bajo el peso de una acusación terrible.—Campoamor, con gran nobleza de sentimientos, no menciona la falta particular del Monarca; se remonta á mayor altura, y considerando la naturaleza humana, prorrumpe:

Y á los que amengüen su gloria
Les ruego que hagan memoria,
Que hay manchas hasta en el sol.

Las causas que condujeron á la nación goda á su ruina no están aún muy claras; pero, ya fuesen de larga fecha unas, ya particulares del Rey otras, lo cierto es que la defensa del esforzado cuanto infortunado Rodrigo en aquella memorable catástrofe, que nos costó siete siglos de sangre, no se ha hecho hasta hoy con mayor elevación de juicio y de sentimiento.—Fr. Luis de León pintó un gran castigo; Campoamor un gran remordimiento.

Composición es esta muy agradable. Pertenece al género legendario, en el cual es tan rica nuestra lengua en el romance, su genuina forma; y sin embargo, estando esta dolora es-

crita en quintillas, no es inferior á ninguna en narración, sencillez, naturalidad y precisión. El asunto ó invención de esta poesía es peregrino, la exposición seductora, y el artificio lleno de ingenio y muy simpático. La dedicatoria al Príncipe de Astúrias, dignísima, solemne y llena de filosofía cristiana. ¡Qué contraste entre el Rey de cetro de oro y el Rey de cetro de caña! ¡Qué disyuntiva tan terrible para quien ha de llevar una corona! ¡Qué problema sobre la felicidad humana!—Mucho diríamos si hubiéramos de extendernos sobre esta hermosa dedicatoria, cuyas magistrales advertencias no puede comprender hoy, en su hermosa edad, nuestro querido Príncipe, á cuyos regios oídos no llegarán quizás nunca más nobles y levantados acentos.

Terminado queda este trabajo. Por él habrá visto el lector nuestra imparcialidad y formado su juicio sobre el mérito del poeta, uno de los primeros en la brillante pléyade de nuestros contemporáneos, y el que más popularidad ha conseguido quizá en todas las clases sociales: prueba inequívoca de sus facultades, y de que supo agradar, por la instrucción y el buen gusto á las clases cultas y elevadas, por el sentimiento á los que sufren, por el ingenio y la gracia á las damas y gentes de buen humor, por los refranes, sentencias y estribillos al pueblo, y por sus condiciones poéticas á todos. Si estas notas han servido de alguna utilidad, nos damos por muy satisfechos, como superior recompensa á su corto mérito; de lo contrario, morirán, si esto fuera posible acompañando á un libro á quien aguardan largas edades, como sinceramente creemos, y por afecto y amistad personal hacia su autor deseamos.

ÍNDICE.

DOLORAS.

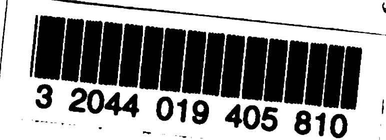
PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

QUINTA PARTE.

CANTARES.

SEXTA PARTE.


3 2044 019 405 810